

ESTUDIOS CLÁSICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO "MENÉNDEZ Y PELAYO" DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO XI

FEBRERO DE 1967

NÚM. 50

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITÉ DE REDACCIÓN: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, CARMEN CO-
DOÑER, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO,
SEBASTIÁN MARINER, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y JOSÉ S. LASSO
DE LA VEGA.

SECRETARIA DE REDACCIÓN: M.^a EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

SUMARIO

DISCURSOS Y PONENCIAS DEL III CONGRESO ESPAÑOL DE ESTUDIOS CLÁSICOS

Págs.

SESIÓN DE APERTURA:

Discurso inaugural de F. RODRÍGUEZ ADRADOS	11
Salutación de K. VON FRITZ	31

SESIÓN DE CLAUSURA:

Discurso de clausura del R. P. ELEUTERIO ELORDUY, S. I., <i>Séneca, preceptor de Nerón</i>	41
---	----

PONENCIAS:

J. S. LASSO DE LA VEGA, <i>La traducción de las lenguas clásicas al español como problema</i>	87
A. RUIZ DE ELVIRA, <i>Estado actual de los estudios de Mitología: análisis mitográfico y síntesis mitológica</i>	141

(Continuarán)



DISCURSOS Y PONENCIAS
DEL
III CONGRESO ESPAÑOL
DE ESTUDIOS CLÁSICOS



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

DISCURSOS Y PONENCIAS
DEL
III CONGRESO ESPAÑOL
DE ESTUDIOS CLÁSICOS

(Madrid, 28 de marzo - 1 de abril de 1966)



MADRID

1967

Depósito Legal: M. 567 - 1958

Gráficas Cóndor, S. A. — Sánchez Pacheco, 83. — Madrid, 1967. 2973

SESIÓN DE APERTURA



Se celebró el 28 de marzo de 1966, a las ocho de la tarde, en el Salón de Actos del Edificio Central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Componían la presidencia el Excmo. Sr. Subsecretario de Enseñanza Superior e Investigación, en representación del Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia; Ilmos. Sres. Directores Generales de Enseñanza Superior y Enseñanza Media; Sr. Vicepresidente de la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos; y Sr. Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y del Congreso.

**DISCURSO INAUGURAL DEL SR. PRESIDENTE DEL
CONGRESO, D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS**

Excmos. e Ilmos. Sres., queridos colegas y amigos:

La circunstancia de que haya coincidido el período de tiempo en que me honro en presidir la Sociedad Española de Estudios Clásicos con la fecha de nuestro III Congreso, según la periodicidad que desde el primero tenemos establecida, hace que hoy tenga la gran satisfacción de dirigirme a ustedes en este acto inaugural. Sólo la empañó el hecho de que, infortunadamente, nuestra inauguración se haya visto entristecida por el fallecimiento del profesor D. José M.^a Albareda, Secretario General del C. S. I. C. y tan ligado a través del mismo a nuestros estudios. Creo por ello que mis palabras iniciales deben ser para transmitir al Consejo, en cuya casa celebramos esta sesión, nuestro sincero pesar por tan gran pérdida. Por este motivo no hemos podido contar con la presencia en el acto del Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia, que había prometido su asistencia.

Cumplido este piadoso deber, quiero saludar ahora a todos los congresistas y decirles cuánto me satisface poder hacerlo. Y no tanto porque ello es señal de que ha llegado a puerto nuestra tarea preparatoria como por la ocasión que se nos depara a todos para conocernos mejor en el terreno científico y también en el personal, para cambiar impresiones sobre nuestras experiencias, para hacer una especie de balance de los últimos años y para cobrar ánimos a fin de continuar nuestra tarea, no siempre fácil, en el futuro.

Estos objetivos, tan importantes en todo Congreso, lo son tal vez de una manera especial en el nuestro. Si son comunes, en efecto, los lazos que nos unen a todos con los estudios clásicos, hay

que reconocer al propio tiempo que es grande el aislamiento que a veces existe entre nosotros. Procedemos ya de la enseñanza universitaria, ya de la media; ya de la estatal, ya de la privada o de la Iglesia; nos acompañan también los licenciados y estudiantes. Científicamente están los filólogos, los lingüistas, los arqueólogos y otras especialidades más. Hay quienes se interesan de preferencia por los temas pedagógicos. A destacar lo que entre todos hay, sin embargo, de común tienden las actividades de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y muy particularmente nuestros Congresos.

Pero no estamos solos en este esfuerzo nuestro. En la organización de este tercero que hoy se inaugura hemos contado con una serie de preciosas colaboraciones y ayudas que me cumple en este momento agradecer.

En primer lugar quiero dar las gracias al Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia y a las autoridades de su Ministerio, la presencia de varias de las cuales constituye una señal de aprecio para lo que nuestros estudios significan y un estímulo para continuar nuestra tarea. Pero no es solamente esto lo que he de agradecer, sino también el apoyo prestado por el Ministerio para la organización del Congreso. En este apoyo se incluye el de diversos departamentos que han facilitado la presencia del profesorado y han concedido ayudas para la asistencia a los actos.

También el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que tan ligados están nuestros estudios, ha ayudado a nuestro Congreso no sólo con medios materiales, sino también mediante la cesión de sus locales y la organización de una exposición de libros sobre nuestros estudios, exposición a la que, por otra parte, contribuyen asimismo algunas librerías privadas.

Es igualmente valiosa la aportación de la Universidad de Madrid y de su Facultad de Filosofía y Letras. Gracias al decidido apoyo del rector de la Universidad, podrán ustedes presenciar una representación teatral de Plauto organizada en colaboración por la Universidad y nuestra Sociedad. Y en locales de la Facultad serán ustedes acogidos hospitalariamente y se celebrarán, a más de algunas sesiones científicas, un concierto y una lectura escenificada de Esquilo, cuya realización se debe al esfuerzo de un grupo de profesionales y estudiantes del Teatro de Cámara "La Barca".

El Ayuntamiento de Madrid, por su parte, recibirá a los congresistas en su casa, lo cual he de agradecer sinceramente aquí al Excmo. Sr. Alcalde Presidente.

La lista de nuestros agradecimientos es todavía más larga. Incluye a los centros y organismos que se han hecho representar en nuestro Congreso: la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos y diversas asociaciones nacionales; las universidades y otros centros científicos españoles. Incluye también a los profesores extranjeros que nos honran con su presencia; a extranjeros y españoles cuyas ponencias y comunicaciones vamos a escuchar y que estoy seguro de que no defraudarán nuestra espera; a todos ustedes en general, pues su presencia es signo de confianza en los organizadores del Congreso y garantía de su éxito. Me complace el saludarles a todos de nuevo desde aquí y el desearles que su estancia entre nosotros sea grata y fructífera.

Pero, aun a riesgo de cansar su atención, no sería justo cerrar esta lista sin mencionar al menos a los miembros del comité de organización del Congreso, que han estado en todo momento a mi lado. Me refiero al secretario y tesorero de nuestra Sociedad, Sres. Mariner Bigorra y Calonge; a la vicesecretaria, Sra. Codoñer, y a los Sres. Fernández-Galiano y S. Lasso de la Vega. También a la Sra. Murcia, que nos ha ayudado eficazmente en la labor de secretaría. Y finalmente, aunque su relación con la organización del Congreso sea sólo indirecta, creo que debo aludir aquí a los autores de las dos últimas publicaciones de la Sociedad, dirigidas por el Sr. Sánchez Ruipérez, que han sido nuestra principal fuente de ingresos, aparte de las ayudas oficiales, para organizar el Congreso. Este desinterés con que diversos profesores han colaborado en las publicaciones de nuestra Sociedad es algo verdaderamente ejemplar y muy honroso para la misma.

Contando con todas estas colaboraciones hemos organizado un Congreso que, en sus líneas generales, sigue el plan de los anteriores. Las ponencias versan sobre temas centrales de muy diversos campos de los estudios clásicos y han sido encargadas a especialistas de prestigio. Solamente en torno a esos temas han sido aceptadas comunicaciones con objeto de evitar una dispersión excesiva. A este mismo fin se ha establecido que, salvo excep-

ción, no haya sesiones simultáneas. Hemos organizado dos coloquios en los cuales puedan debatirse temas realmente importantes: uno sobre la pedagogía de las lenguas clásicas; otro, que esperamos interese por su novedad, sobre la aplicación de la lingüística estructural al estudio de estas lenguas. Intentamos atraer la atención hacia este campo prometedor y, al tiempo, dar ocasión al desarrollo de estos estudios entre nosotros. Y, finalmente, no podía faltar, con motivo del centenario de Séneca, un recuerdo a nuestro filósofo, que estará a cargo del P. Elorduy en su intervención de la sesión de clausura.

Aparte de éstos y de los actos de tipo social, hemos organizado, como queda dicho antes, dos representaciones teatrales, un concierto, una visita al Museo Arqueológico, una exposición bibliográfica y una recepción de la propia Sociedad, acto que ha tenido que ser aplazado por lo luctuoso de la fecha de hoy. También, gracias a la embajada norteamericana, hemos recibido una película en color con una representación de la *Orestíada* en griego, que no se ha incluido en nuestro programa por ser de tipo escolar, pero que podemos proyectar si hay congresistas interesados en ello. Esperamos que todo este programa sea de su agrado. En cambio, no hemos podido mantener una promesa nuestra —y por ello he de dar aquí disculpas—, la de publicar una *Bibliografía de los estudios clásicos en España (1956-1965)* que fuera continuación de la publicada por nosotros y relativa al período anterior de 1939 a 1955. El Sr. Fernández-Galiano, que se encargó desinteresadamente de esta tarea, se ha encontrado abrumado por la inmensa cantidad de material recogido, y los cálculos realizados para tener el libro a tiempo para el Congreso se han venido abajo, pese al intenso trabajo realizado. Ello es sensible, aunque, de otra parte, esa misma sobreabundancia de publicaciones sobre nuestros estudios sea cosa grata de ver. Esperamos, de todas formas, que el libro pueda aparecer en pocos meses.

No es precisa su presencia, sin embargo, para intentar trazar un breve panorama sobre el desarrollo de nuestros estudios en España durante estos últimos años, continuando así esa especie de balance que cada cinco años realizamos con motivo de nuestros Congresos. Desde el punto de vista de las publicaciones científicas,

no parece que debamos vacilar en afirmar que, en líneas generales, continúa el ritmo de nuestra producción anterior. Esta producción se vierte en revistas que, por su número y calidad, habrían sido inconcebibles hace no demasiados años; en la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, a la que hay que añadir diversas traducciones independientes; en obras monográficas, relativamente abundantes. Vamos teniendo poco a poco manuales españoles, hechos de primera mano, sobre diversas especialidades de nuestras disciplinas. Son cada vez más frecuentes las traducciones de obras extranjeras sobre nuestros estudios, lo que demuestra un favor general del público. Hay en curso de realización proyectos que, el día en que se cumplan, señalarán un paso importante hacia adelante, tales los grandes diccionarios griego y latino que patrocina el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Hay que señalar, de otra parte, que, durante el período de que nos ocupamos, han mejorado considerablemente las condiciones en que trabajamos. Se han hecho fáciles los viajes al extranjero y, sobre todo, la adquisición de libros, gracias esto último al Fondo de Ayuda a la Investigación en la Universidad. También el Consejo Superior de Investigaciones Científicas mejoró considerablemente sus dotaciones, aunque por desgracia haya habido últimamente una drástica reducción.

De todas formas, conviene que no nos engañemos pintando la situación con un optimismo exagerado. Es excesivamente lento el ritmo de publicación de manuales de altura y de ediciones y traducciones de autores antiguos. Piénsese, para reducirnos a este último punto, que habría que rehacer la casi totalidad de las traducciones de autores clásicos existentes por haber variado tanto los textos como, sobre todo, las exigencias del estilo literario castellano. Continúan reeditándose una y otra vez traducciones que deberían haber sido sustituidas hace largo tiempo y que causan daño al ofrecer al público en general una imagen no aceptable ya de los autores antiguos. Marchan con lentitud y retraso la publicación de obras monográficas, la labor de exploración arqueológica y tantas cosas más. Los estudios clásicos tienen ya en España una entidad definida y un desarrollo casi sensacional en relación con épocas no muy distantes; pero después del

gran empujón de la década del cincuenta no han experimentado el progreso radical que deberíamos esperar.

En realidad, la razón fundamental está en una renovación más bien escasa del grupo de personas que trabajan en este campo junto con el descenso natural de la producción de algunas de ellas. Somos demasiado pocos en definitiva. La expansión de la enseñanza universitaria de nuestras materias es, a largo plazo, el único remedio contra esta enfermedad. Claro está que no basta con que aumente el número del personal universitario, con el cual colabora a veces en estas tareas el de otros centros. Sucede que nuestros estudios están demasiado localizados hoy en día en unas pocas ciudades; en las demás, los medios bibliográficos son por demás escasos. Hace falta una descentralización y una expansión a toda la nación de la actividad que se desarrolla hoy sobre todo en los centros primeramente aludidos, o sea, en Madrid, Salamanca y Barcelona. Ello supone personal y medios. Personal y medios que, por otra parte, son también necesarios en las secciones clásicas que actualmente funcionan y en el Consejo. Piénsese en el ritmo excesivamente lento, por ejemplo, de los diccionarios griego y latino antes citados, lo cual se debe a una dotación del todo insuficiente. O en cómo habría que realizar en toda España un esfuerzo sistemático para salvar los restos de las viejas culturas griega y romana, que están a punto de desaparecer en tantos lugares por causa de las nuevas construcciones promovidas por el turismo y la expansión urbana. Otros ejemplos más podrían ponerse.

No hay fórmulas mágicas para promover, al nivel científico y al de la divulgación, el florecimiento de nuestros estudios, considerable ya de todas formas y que es absolutamente indispensable si queremos que la enseñanza elemental del griego y del latín no degeneren en rutina sin interés. De un lado, es precisa una renovación y multiplicación del personal docente e investigador y una mejor dotación de los centros. De otro, la creación de un clima propicio y estimulante dentro de nuestro mismo ambiente e incluso en la Sociedad. Con la ayuda oficial y nuestro propio esfuerzo, espero que este camino pueda recorrerse. A este optimismo, ciertamente a plazo medio y no excesivamente breve, nos impulsa la consideración de lo que ya se ha hecho. Pues los estudios clásicos

han sido y continúan siendo una de las pocas ventanas por las que los hombres de letras de nuestro país se han asomado a panoramas universales que rebasan el estudio de la lengua, historia, literatura, arte, etc. de nuestro propio país, por otra parte indispensable. Continúan siendo, y queremos que lo sean aun más en el porvenir, un foco de universalismo cultural, de Humanismo en suma. No en vano han aprendido y aprenden en ellos otras tantas disciplinas sus métodos de estudio. De su vitalidad aquí mismo en España puede dar constancia el hecho de que los modernos estudios de lingüística estructural se hayan aplicado en nuestro país al estudio del griego y del latín antes incluso que al del propio español, y ello desde puntos de vista en buena medida originales. Esto nos satisface a nosotros como filólogos clásicos, pero si lo señalo aquí es para hacer ver cómo el desarrollo de nuestros estudios puede y debe tener trascendencia amplia dentro de toda la cultura del país.

Con esto paso a hablar de nuestras universidades, los centros que deben proveer tanto al desarrollo de nuestra bibliografía científica y de divulgación como a la formación de enseñantes de todos los grados. Aquí sí hay que señalar, en lo que respecta al número de estudiantes, un aumento masivo en estos últimos años. En realidad, el aumento ha tenido lugar en todos los sectores de la vida universitaria, pero tal vez sea éste uno de los campos en que más se ha hecho notar. Tal vez haya en él un tanto de inflación motivado por las buenas perspectivas de las llamadas "salidas" de la enseñanza media. En todo caso es totalmente evidente que tenemos hoy posibilidades de formar a alumnos con verdadera vocación y preparación que puedan el día de mañana ayudarnos o sustituirnos. Esta presencia de las nuevas generaciones, en forma mucho más destacada que hace algunos años, es, probablemente, el dato más optimista de la situación. Sólo hace falta que sepamos y podamos utilizar esta ventaja.

Porque el reverso de este panorama optimista consiste en las limitaciones de nuestros cuadros docentes universitarios y en las dificultades con que hasta el momento se ha chocado para ampliarlos. Dificultades que tienen un doble origen: de un lado, un número excesivamente escaso de graduados dispuestos a dedicarse

a la enseñanza universitaria; de otro, una limitación grande de los puestos dedicados a esta enseñanza. Ambos hechos están sin duda en relación y vemos síntomas de que en ambos haya mejoría rápida. Por de pronto, el Estado ha dado una prueba de buena voluntad al crear una sección de Filología Clásica en Granada, aunque luego, por una serie de coincidencias lamentables, a los dos años de creada continúe dicha sección sin un solo catedrático. La creación de esta sección es, sin embargo, solamente el comienzo del arreglo de un mal que es profundo y sobre el que, a fuer de sinceros, hemos de decir algunas palabras.

Hoy día se ha volcado tanto esfuerzo para favorecer el reclutamiento del profesorado de Enseñanza Media —esfuerzo loable, por supuesto—, que nos hallamos ante el peligro de que sea extremadamente difícil encontrar personas con vocación suficiente para dedicarse a la universidad, lo cual, en definitiva, redundaría en perjuicio de los estudios secundarios. Un alumno normalmente dotado puede obtener una adjuntía de Instituto al año de acabar la carrera y una cátedra a los dos, con la seguridad de que, si fracasa, encontrará todos los años una nueva oportunidad. El que quiere dedicarse a la universidad encuentra, en cambio, un panorama mucho más incierto. Ha de hacer una tesis y trabajo científico que llevan largo tiempo; no sabe cuándo va a tener la oportunidad de hacer una oposición; ni siquiera es fácil que obtenga una adjuntía, pues están generalmente ocupadas por quienes a su vez esperan una oposición, o simplemente aspiran a continuar en ellas indefinidamente. Incluso para las becas del Patronato de Igualdad de Oportunidades están en inferioridad de condiciones, pues los que van a Institutos saben desde el mes de junio que pueden contar con ellas, mientras que las dedicadas a la investigación en la Universidad y el Consejo se conceden con muchísimo retraso y los interesados han de afrontar el nuevo curso renunciando a las becas de Institutos y sin saber si podrán contar o no con las de la Universidad. Estamos siempre expuestos a que todos los mejores alumnos se vayan a los Institutos, lo que no creo que sea deseable.

Esta situación es más o menos general, pero resulta más grave en lo relativo a nuestros estudios, en que el acceso a la enseñanza universitaria es, en general, difícil. Por una inconexión entre los

planes de estudios de las universidades y de la Enseñanza Media, que arranca de épocas ya lejanas, no hay proporción entre las necesidades de profesorado de griego y latín en los Institutos y los medios de la Universidad para proporcionárselos, ni siquiera acortando los plazos para convertir a un licenciado en catedrático sin dejarle a veces madurar suficientemente.

Debiendo enseñarse griego y latín en todos los centros de enseñanza media, sólo existen tres secciones clásicas más la cuarta de Granada, aún, como decimos, sin catedráticos. Más grave es el hecho de que las cátedras de griego de las restantes ocho universidades españolas estén sin excepción desdotadas. En todos esos distritos universitarios, en cuyos centros de Enseñanza Media se estudia griego, falta un catedrático de griego en la Universidad. Es, si no me equivoco, una situación única. Por lo tanto, si la creación gradual de secciones clásicas es necesaria, la dotación de esas otras cátedras de griego de comunes es una necesidad urgente. Sé que hay otras atenciones que también lo son, pero yo rogaría al Sr. Ministro que mirara con simpatía, como estoy seguro de que lo hará, esta petición nuestra de que, en la medida que sea posible, se ponga remedio cuanto antes a esta situación.

Para el latín el panorama es más favorable por lo que se refiere a los estudios comunes, en los que hay cátedras dotadas, cubiertas casi todas. Pero, tanto en griego como en latín, la escasez de profesorado se deja otra vez sentir en las secciones clásicas. Basta hacer un pequeño cálculo del número de horas de estas asignaturas y de los catedráticos a ellas adscritos para darse cuenta de la desproporción que existe en relación con otras materias. Por referirme al caso que conozco más de cerca, el de la Universidad de Madrid, diré que hay en total 75 horas semanales de latín y 47 de griego o materias dadas por el profesorado de esta asignatura. Sucede además que, por una desigualdad que arranca de tiempos en que tanto las secciones como los comunes tenían un horario muy inferior, en las universidades con Filología Clásica los catedráticos de la sección, ya de por sí recargados, tienen que dar además Comunes. En cambio, en Historia, Historia del Arte, etc., hay catedráticos especialmente para Comunes, a veces hasta dos. Resulta claro que en estas universidades hace falta un aumento del per-

sonal, lo que sin duda irá lográndose progresivamente —estamos seguros de ello— gracias a las nuevas dotaciones.

Ruego a mis oyentes disculpen que entretenga su atención en estos pormenores en los que tal vez algunos no hayan reparado. Pero es que nos encontramos en el punto decisivo que puede hacer que se renueve el cultivo de nuestros estudios y dispongamos de profesorado abundante y preparado en la Enseñanza Media o que continuemos en el nivel, hasta cierto punto aceptable, pero más bien estancado, del presente. El estancamiento es, a la larga, decadencia. Nos hallamos en el momento crítico en que se puede romper el círculo vicioso y dar un importante salto hacia arriba. La clave para ello está en la Universidad.

De todas formas, resulta evidente que, como decíamos, representa un elemento de esperanza el hecho de que haya aumentado considerablemente en número y calidad la matrícula de nuestros centros superiores de estudios clásicos. No ha sido a ello ajeno, sin duda alguna, el hecho de la regularidad en la convocatoria de plazas para ingresar en el profesorado de Institutos. Puede decirse que durante este período se ha realizado un progreso en dirección al ideal de contar con un profesorado de lenguas clásicas en los Institutos, y en todos los centros de Enseñanza Media, suficiente y preparado. El camino que falta por recorrer es, sin embargo, largo todavía. Piénsese, por ejemplo, en el hecho antes recordado de la existencia de cátedras sin dotar de griego en ocho universidades, siendo una materia obligatoria en la sección de Letras del Bachillerato; aunque se vayan dotando y cubriendo, como esperamos, ello sólo puede suceder en forma progresiva, pues sería imposible hacerlo de golpe. En el Bachillerato, como sucede que la preparación de los licenciados y el número de éstos sólo gradualmente ha ido elevándose, el resultado es que en las oposiciones todavía quedan con frecuencia plazas sin cubrir. Y la repartición del profesorado por la geografía nacional es sumamente irregular.

Por otra parte convendría que reflexionásemos en el hecho de que no podemos desentendernos de los graduados desde el momento en que entran en la Enseñanza Media. Pues el mayor enemigo del profesorado de lenguas clásicas en este grado de enseñanza es el aislamiento. Lo es más que en otras materias, pues

el ambiente general es en ellas más favorable o la difusión de los conocimientos mayor. Este aislamiento tiene una serie de efectos desfavorables: desde quedar atrasado respecto a las posiciones e ideas actuales hasta tender a la mecanización y a la rutina, como suele ocurrir en toda enseñanza cuando el profesor no se renueva constantemente. A veces lleva incluso a un estado de escepticismo y resignada impotencia respecto a la propia capacidad para interesar y enseñar al alumno o a dudar uno mismo de la intrínseca importancia de la materia que explica. Algo se ha hecho para combatir este aislamiento: las revistas, algunos cursillos, nuestros mismos Congresos de Estudios Clásicos. Todo esto es insuficiente, sin embargo. En este campo tenemos ante nosotros muchísimo que hacer. Los cursillos deberían hacerse frecuentes y regulares y no limitarse en modo alguno, como a veces se hace, a lo pedagógico, sino ampliarse al estudio de las lenguas y literaturas antiguas. Hay modelos de esto en algún otro país. Los enseñantes tienen la necesidad urgente de volverse a encontrar para renovarse en su preparación, para cambiar impresiones y establecer contactos. Claro está que lo pedagógico es también importante. Sólo en fecha muy reciente se ha comenzado a dar una preparación en este terreno a los futuros enseñantes. Es algo verdaderamente laudable. Pero se pueden hacer muchas más cosas en este terreno.

No es la Universidad como tal, efectivamente, la que ha de procurar toda la formación del profesorado. Puede pedírsele que nos ofrezca licenciados bien preparados y en número suficiente, pero su obra ha de ser continuada más tarde. Hay una serie de instituciones que ahora comienzan a florecer y que pueden hacer una gran labor en este terreno no sólo contribuyendo a la formación del profesorado, sino atendiendo además al que ya ocupa sus puestos. Es una tarea beneficiosa para la enseñanza y en sus aspectos científicos debe colaborar, desde luego, la Universidad.

En cuanto a planes de enseñanza, no hay novedades que mencionar apenas, desde el último Congreso, si no es el sistema de señalar para un período de cuatro años los autores que deben ser estudiados en el griego y latín del preuniversitario. Frente a campañas que surgen de cuando en cuando, hay que proclamar

que en este curso ha habido, en lo que a estas lenguas respecta, un progreso notable. Ciertamente que se notan todavía los resultados de las dificultades para reclutar profesorado especializado; pero los que hemos estado en tribunales hemos notado, pese a todo, una mejoría gradual. En realidad, la mayor parte de las hostilidades con que choca este curso procede de los que sustentan la idea de que debe ser ya una especie de primer curso preparatorio de cada carrera superior. Desde este punto de vista se considera una pérdida de tiempo que alumnos que luego van a dedicarse a otros estudios se ocupen de griego o de matemáticas. Es éste un punto de vista estrecho que nosotros, naturalmente, no compartimos. Continuamos fieles a la idea de que existen materias de un interés formativo y básico que deben ser previas a una especialización exclusiva. El Bachillerato, incluido el preuniversitario, es el lugar propio de estas materias. Por lo que a la sección de Letras se refiere, hay que decir que sólo gracias al preuniversitario puede culminarse de un modo digno la tarea realizada en quinto y sexto de Bachillerato, que, en otro caso, sería totalmente insuficiente y, por lo tanto, poco útil.

Claro está que podría presentarse la cuestión de si es el mejor el sistema actual por el cual, en la práctica, son fundamentalmente los alumnos que van a Filosofía y Letras y a Derecho los que estudian el Bachillerato de Letras. A nosotros bien nos gustaría que también los alumnos que van a las carreras de Ciencias pudieran tener esta opción. Desde diversos puntos de vista, ello sería útil para los mismos. Existen, ya lo sabemos, dificultades de orden práctico y, de otra parte, dudamos si la sociedad española está suficientemente preparada para dejar márgenes mayores de libertad en la elección de las materias sin que esto provoque una catástrofe. No es el momento de entrar a fondo en este tema, que sólo rozo de pasada.

Al lado del Bachillerato superior y del preuniversitario está el Bachillerato elemental, con sus dos años de latín. Aquí, la difusión gradual, rápida en realidad, de la Enseñanza Media ofrece grandes esperanzas al tiempo que crea graves problemas. Si esta difusión consiste en propagar a todas las clases sociales una cultura que antes era privilegio solamente de las más favorecidas, parece claro

que el latín, que está tan entrañablemente unido a nuestra lengua nacional y que es un elemento formativo tan riguroso y exigente, debe pasar ahora a ser materia de estudio de un alumnado cada vez más amplio. A veces, sin embargo, hay que confesarlo, surgen entre nosotros ciertos temores. De un lado, existe sin duda dificultad para lograr que el profesorado aumente a un ritmo comparable al del aumento del alumnado; y es esencial, naturalmente, que si se da latín a más alumnos ello sea con profesorado competente. De otro, la llegada al Bachillerato, en ocasiones, de alumnos mal preparados para él y una cierta idea de que hay que poner el Bachillerato al nivel de una capacidad media que es con frecuencia deficiente, puede llevar a la tentación de bajar el nivel del Bachillerato en vez de subir el nivel de los alumnos. En realidad, esto se llevó a la práctica ya una vez cuando hace bastantes años se eliminó el latín del plan de estudios de determinados Bachilleratos, no sólo del laboral, sino también de los filiales y nocturnos. No necesito recordar aquí cuán amargamente se quejó nuestra Sociedad en aquella ocasión y cuán inútilmente luchó para modificar aquella legislación. Legislación que, en definitiva, queriendo facilitar las cosas a alumnos procedentes de determinadas clases sociales, en realidad les ofendía negándoles las capacidades intelectuales que se reconocen a las demás y los instrumentos culturales que éstas reciben.

Algunos de nosotros pensamos que tal vez fuera llegada ya la hora de subsanar esta anomalía unificando los distintos Bachilleratos de grado elemental e incluyendo en sus planes el latín con un número de años no menor que el existente hoy en el Bachillerato normal.

Otro riesgo que, no digo que ahora, pero siempre y de una manera diluida en el ambiente corren las lenguas clásicas en el Bachillerato, es el de ser sustituidas, directamente o mediante posibles elecciones, por las lenguas modernas. Su creciente importancia es de sobra evidente para todo el mundo. Pero que, como elemento de formación intelectual, el francés o el inglés sean comparables a las lenguas clásicas, debe negarse en forma terminante. Hoy sabemos mejor que nunca que son en definitiva variantes, no muy alejadas de nuestra propia lengua —los americanos hablan

del "Standard European", que incluye español, francés, inglés, etc.—. Además, tienden a ser enseñadas cada vez en forma más empírica y pregramatical, puramente imitativa y con miras únicamente a que el alumno adquiriera un instrumento de trabajo. Las viejas llaves culturales que son el latín y el griego, lenguas próximas y lejanas al tiempo a la nuestra, base además de conocimiento de toda la lengua intelectual europea, son algo completamente diferente. Debemos todos esforzarnos por hacer comprender en círculos amplios esta verdad. Todavía no se ha encontrado una materia que sustituya al griego y al latín en tantas cosas: su exigencia de rigor y de análisis fuera de los márgenes habituales de nuestras lenguas, pero sin llevar a un pensamiento puramente matemático, sino permaneciendo dentro de los modos de pensar de las ciencias humanas; su carácter, al propio tiempo, de vehículos de una cultura que nos une a nuestros más antiguos orígenes y al tiempo a los de los pueblos occidentales, que son los mismos que los nuestros.

Conociendo nuestros orígenes nos conocemos a nosotros mismos, lo mismo en aquello que nos une a ellos que en lo nuevo que la historia gana cada día. Vemos lo común y vemos lo diferente: la visión de lo común nos protege de la tentación de creer que todo lo ha inventado nuestro tiempo, de entregarnos al simplismo de las soluciones demasiado fáciles o a la angustia de los grandes problemas, como si fueran cosas recién descubiertas. Nos lleva a un mejor conocimiento de lo humano. La visión de lo diferente nos hace apreciar mejor aquello que realmente hay de nuevo en nuestras vidas. Por otra parte, ante el panorama de la nueva Europa que se dibuja, de la integración progresiva del mundo en general, encontraremos un micromodelo de estas nuevas formas políticas y sociales de la Antigüedad clásica. Un modelo, por otra parte, que no ha dejado de actuar a lo largo de los tiempos y que ha suministrado algunas de las tendencias que actúan ahora con más vitalidad. E incluso si contemplamos las nuevas naciones que ahora se constituyen en todos los rincones del globo, hallaremos mucho para comprender sus problemas en la historia primitiva de Grecia y Roma, en que hallamos igualmente el paso de los agrupamientos tribales a las nacionalidades, la lucha por la supe-

ración de mentalidades feudales, el esfuerzo por el encauzamiento de fuerzas vitales tan humanas como terribles.

Desde la enseñanza elemental hasta los grados más altos, nuestros estudios forman un todo coherente e indivisible. Aspiramos a que se desarrolle en forma armónica y con vida y energía internas, con renovación constante. A que ejerzan sobre la cultura literaria e ideológica de nuestro país un influjo que ha sido a veces escaso. A que podamos integrar cada vez más los estudios que nosotros realizamos en el panorama general del clasicismo mundial y a aportar incluso, si ello es posible, puntos de vista originales.

En un mundo que se transforma constantemente, los estudios clásicos continúan ocupando, sin embargo, un lugar de honor. En el antiguo mundo grecolatino se encuentra, como decíamos, el germen de muchas ideas que cada vez se abren cauce más imperiosamente a lo largo del mundo y que tratan de dar a la Sociedad una mayor humanidad, un orden más racional y libre. En la *humanitas* latina, versión de la vieja φιλανθρωπία o “amor al hombre” de los poetas y pensadores griegos, está efectivamente, en definitiva, el modelo intelectual y afectivo de lo que luego, a lo largo de la historia y más concretamente en nuestros días, tiende a cristalizar en fórmulas concretas.

No en vano en los pensadores antiguos encontramos ya el germen de tantas doctrinas de alta moralidad que fueron luego desarrolladas y difundidas por el cristianismo, que tan íntimos lazos contrajo con el pensamiento antiguo; de tantas ideas como la igualdad de los hombres sobre un orden más humano y civilizado, más tolerante y más ávido, al tiempo, de valores cooperativos, ideas que han seguido desde entonces brotando intermitentemente y cada vez con más fuerza. El pensamiento del Humanismo no está agotado, sino al contrario: pudiéramos decir que los fracasos del mundo antiguo a la hora de aplicar a la práctica algunas de las ideas de sus pensadores están compensados por el hecho de que gran parte de la historia contemporánea constituye una serie de esfuerzos por lograr esa misma aplicación práctica. No siempre tiene éxito el intento, es cierto, pero los esfuerzos en esa dirección continúan, como siempre que se opera con ideas que continúan vivas.

Pero el Humanismo es una cosa muy amplia y dentro de él ha de incluirse el cultivo de la ciencia con métodos cada vez más rigurosos. Ciencia y Humanismo, a veces contrapuestos, tienen idéntica raíz.

Por eso —y permítaseme esta digresión— nada más alejado de la verdad que la idea vulgar de que en el siglo del desarrollo de la ciencia y la técnica el estudio de las lenguas clásicas está fuera de lugar o de que se trata de cosas en sí incompatibles. El conflicto, si alguna vez lo hay, está en dificultades prácticas de aunar el estudio de materias múltiples y difíciles, sobre todo si se pretende una especialización prematura; no en otro lugar. Incluso el aprendizaje puro y simple de las lenguas clásicas es una buena propedéutica para los estudios científicos, como se ha probado con frecuencia. Y no hablemos del papel del vocabulario griego y latino en la lengua científica. Aparte de esto, precisamente este desplazamiento de la ciencia y la técnica hacia el centro de la atención general precisa un cierto correctivo en el cultivo de las ciencias humanas, de las que en un tiempo surgieron. Por otra parte, si la ciencia y la técnica pretenden una humanización de la vida, son Humanismo en acción, diríamos, ello no puede ser a costa de eliminar vastas parcelas del pensamiento humano. Dentro de éste, los estudios de Antigüedad clásica ocupan un lugar de honor. No pueden hoy pretender el casi monopolio cultural que tuvieron antaño, pero sí un papel importante.

En efecto, hoy que las diferencias culturales tienden a reducirse y que, en realidad, se está por primera vez en camino de una cultura universal, no está de más recordar que esta cultura universal que ahora se desarrolla tiene raíces griegas. A medida que disminuya, como es de esperar que disminuya, el nacionalismo cultural, es de esperar también que el aprecio por esta cultura, como base de común entendimiento que es, aumente. Así, la cultura grecolatina continuará siendo lo que siempre ha sido a lo largo de la historia de Occidente: un factor de unidad frente a las disensiones y desarrollos divergentes; un factor de continuidad y, al tiempo, un estímulo para nuevas inquietudes y conquistas en una dirección aproximadamente constante.

Las nuevas aperturas, que se hacen a expensas de posiciones rígidas y anquilosadas, no perjudican, en efecto, sino que benefician a la cultura clásica. Podría esto aplicarse también al caso de la Iglesia. Su relación con la cultura clásica ha sido siempre íntima y se puede decir incluso que ha mostrado generalmente respeto ante algunos aspectos de la misma que le eran extraños. Pues bien, hay que esperar que la zona de elementos del clasicismo, cuyos valores se reconocen, se amplíe ahora abarcando sectores de la religiosidad antigua o de filosofías distintas de la platónicoaristotélica, en la misma medida en que hoy se reconocen los valores religiosos y humanos del mahometismo y el induismo y de diversas filosofías. Podemos ahora ahondar en los precedentes antiguos de tantas facetas del pensamiento contemporáneo. Llegar, en suma, a un diálogo claro y franco con la Antigüedad, sin exclusivismos previos ni, naturalmente, idolizaciones extemporáneas. Esto puede compensar en cierto modo la nostalgia que inevitablemente sentimos ante el retroceso del latín en la liturgia.

No hay que decir que, de otra parte, los tiempos nuevos nos imponen nuevas exigencias. De un lado, en la pedagogía de las lenguas clásicas, ya lo hemos señalado; este sector exige una renovación constante. De otro, en todo nuestro trabajo científico y en la concepción misma del clasicismo, a la que acabo de aludir.

Hemos de continuar con el trabajo filológico tradicional, tan poco espectacular, pero tan importante como escuela de rigor y tan necesario para que podamos disponer de los instrumentos necesarios para el conocimiento de los clásicos: ediciones, traducciones, comentarios, estudios de toda índole. Hay que repensar, además, constantemente nuestra posición frente al problema del Humanismo. No podemos, hoy menos que nunca, reducirlo a un esteticismo trasnochado. Hay que introducir cada vez más una consideración social y política de los escritores de la Antigüedad clásica, verles luchando con nuestros propios problemas y adelantando soluciones que a veces se anticipan a las nuestras. Hay que, en todo caso, verles no como modelos inertes, sino como hombres que se debaten, a veces trágicamente, en un mundo ya complejo, aunque no tanto como el nuestro, y que dan expresión para todo el porvenir a la idea de lo humano con sus esperanzas y contra-

dicciones. Autores y períodos poco atendidos aguardan nuestra exploración y los nuevos puntos de vista pueden dar fruto incluso en los campos más agotados aparentemente. De igual forma, en lo relativo al estudio de la lengua estamos ante un momento decisivo en que hemos de conjugar los nuevos y más rigurosos métodos con una consideración de la lengua como vehículo de lo humano en general y no como un imperfecto código que en forma mecánica organiza unos pocos signos de una pobreza elemental. Una lingüística rigurosa y moderna en manos de hombres de tradición humanística, interesados por las sinuosidades del estilo y del pensamiento y no por la simple consecución de unos fines pragmáticos mediante simplificaciones apresuradas, es el regalo que los estudios clásicos podrían hacer al mundo, hoy tan vasto, de las ciencias lingüísticas, que nacieron precisamente en su seno.

He abusado ya de la paciencia de ustedes y he de terminar. La lista de los posibles objetivos de nuestros estudios en el futuro es demasiado amplia para intentar exponerla aquí; sólo he querido dejar constancia del hecho de que los estudios clásicos están en marcha en España y, si no todo es satisfactorio en el panorama que presentan, esperamos que vayan a más y no a menos. Objetivos y estímulos para alcanzarlos no nos faltan: ya los salidos de nuestra vocación y de nuestra misma conciencia del deber, ya el apoyo que estamos seguros de encontrar siempre en las autoridades educativas y al que es obligado corresponder con nuestro obligado afán. Esto, un estímulo más, es lo que aspira a ser nuestro Congreso; y mi deseo más ferviente en estos momentos es que lo sea en el más alto grado posible.

SALUTACIÓN DEL SR. VICEPRESIDENTE
DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE
ASOCIACIONES DE ESTUDIOS CLASICOS,
PROF. KURT VON FRITZ

Sr. Subsecretario, Sr. Presidente, Sras. y Sres.:

Es para mí un gran honor poder saludarles en nombre de la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos.

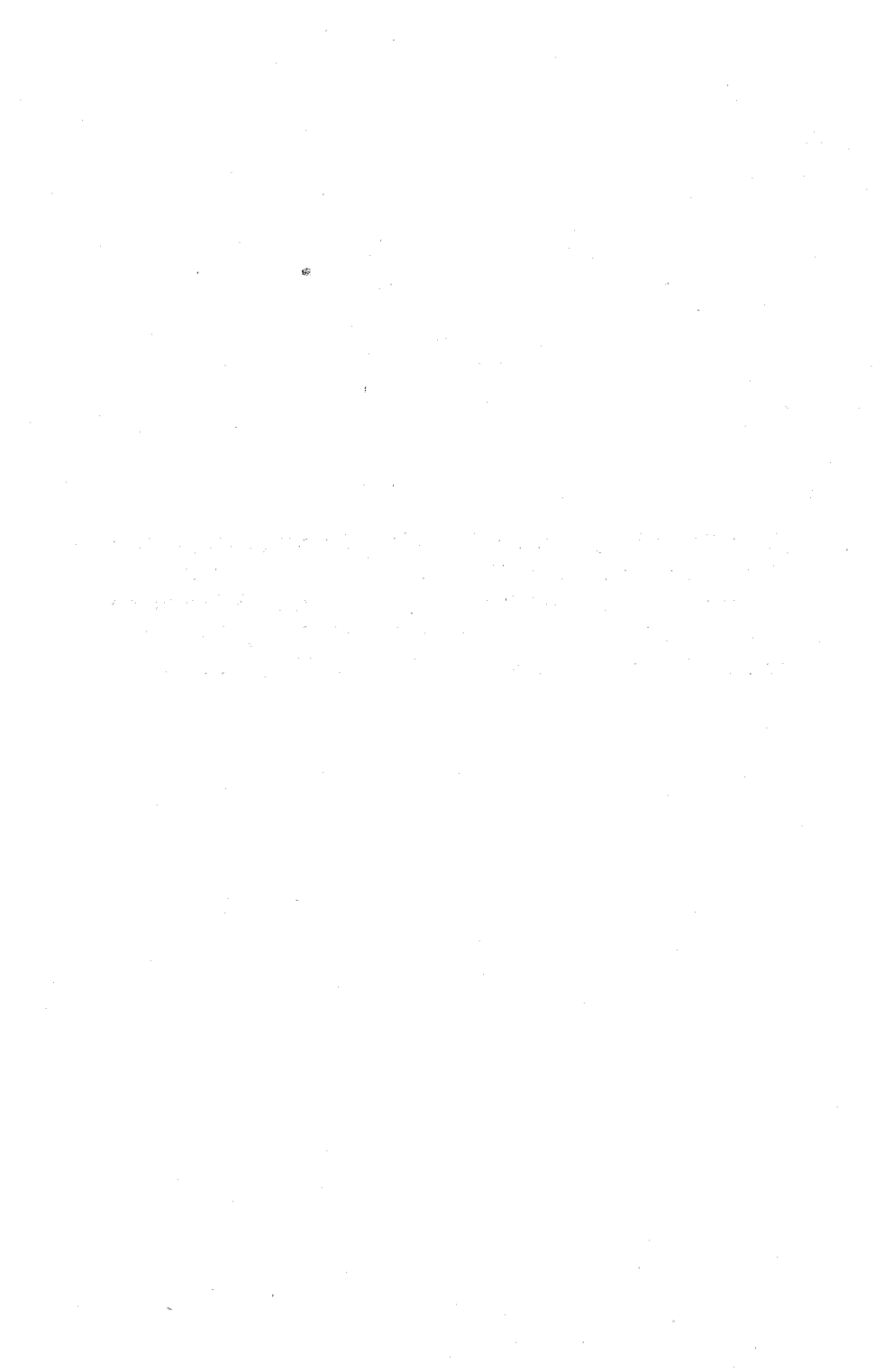
En todos los países occidentales se trabaja y estudia intensamente en el campo de la Antigüedad clásica. En los últimos tiempos, estos estudios se han extendido incluso hacia el Extremo Oriente y el continente africano.

Pero, mientras el número de publicaciones en este campo aumenta continuamente —como puede verse en la cada vez más voluminosa *Année Philologique*—, el conocimiento de la Antigüedad y su influencia en el pensamiento y la formación de los hombres ha disminuido rápidamente en casi todos los países occidentales. Pero, por fortuna, España es, en esta evolución que lamentamos, una excepción. Aquí la formación de los hombres de cultura se halla todavía penetrada del espíritu clásico.

No he tenido el honor de tratar a muchos españoles. Pero todos los que he conocido: mi colega en la "Columbia University" Federico de Onís; mi amigo Fernando de los Ríos; D. Antonio Tovar, con el que recientemente he tenido interesantes conversaciones en Urbana (Illinois), son hombres de la más alta cultura y penetrados del espíritu clásico.

De nuevo mi saludo y mi agradecimiento por su invitación.

A continuación, y después de pedir a los presentes un emocionado recuerdo para el recién fallecido Dr. D. José M.^a Albareda, Secretario General del C. S. I. C., el Excmo. Sr. Subsecretario de Enseñanza Superior e Investigación declaró abierto el Congreso en nombre del Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia.



SESIÓN DE CLAUSURA

Se celebró el 1 de abril de 1966, a las seis de la tarde, en el mismo Salón de Actos.

Componían la presidencia el Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Media: Sr. Vicepresidente de la F. I. E. C.; y Sres. Presidente, Secretario y Tesorero de la Sociedad y del Congreso.

DISCURSO DE CLAUSURA DEL R. P. ELEUTERIO ELOR-
DUY, S. I., PROFESOR DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
DE OÑA, TITULADO "SÉNECA, PRECEPTOR DE NERÓN"
Y DEDICADO A CONMEMORAR EL CENTENARIO DE
NUESTRO INSIGNE FILÓSOFO

Al homenaje que rendimos a Séneca se le deben aplicar sus propias palabras:

Habebo apud posteros gratiam.

La posteridad me lo agradecerá
(Ep. XXI 5).

Ad nos quidem nihil pertinebit posterorum sermo: tamen etiam non sentientes colet ac frequentabit.

Las palabras de la posteridad nada nos afectarán. Pero, aunque no las oigamos, nos honrarán y harán célebres (Ep. LXXIX 17).

Los hechos están dando la razón a Séneca. Pero resta saber si se la dan en el sentido que él quería expresar al exponer los motivos de su esperanza:

Nulli non uirtus et uiuo et mortuo rettulit gratiam, si modo illam bona secutus est fide, si se non exornauit et pinxit, sed idem fuit, siue ex denuntiatio uidebatur, siue inparatus ac subito. Nihil simulatio proficit.

Al vivo y al muerto nunca la virtud le fue ingrata, si fue en pos de ella con lealtad, si no fue ostentación y pintura, si era el mismo cuando le veían previo aviso o de improviso y de repente. De nada sirve la simulación (Ep. LXXIX 18).

Séneca no admite homenajes falsos ni discutibles. Sólo la verdad le puede honrar:

Veritas in omnem partem sui eadem est. Quae decipiunt, nihil habent solidi.

La Verdad es la misma por doquier. En la falsía no hay consistencia (l. c.).

El rigor con que Séneca exige los requisitos de la *claritas* obliga a fundar su homenaje en verdades indiscutibles. Pero ¿hay algo que no se haya discutido en la vida de Séneca? Debemos tener presente que son pocos los hombres que en la Historia han sido más admirados y atacados. Por lo tanto, la polémica siempre renovada en torno a su figura nos obliga a estudiar en su vida un hecho o un aspecto central del que depende el juicio definitivo de la Historia. Este hecho es, sin duda, la privanza de Nerón. Lo que a la Historia importa es la bola blanca, negra o gris de la sentencia sobre Séneca como consejero-rector del Imperio romano en uno de los momentos más cruciales de la Humanidad.

Otros aspectos de Séneca son marginales o complementarios. Su producción literaria posterior al 49 está en función de su puesto en la Corte. De especial importancia son tres escritos que debemos estudiar con especial cuidado: el discurso programático del reinado de Nerón, el tratado *De clementia* y, sobre todo —quisiera llamar la atención sobre este punto—, el *Ludus de morte Claudii*, objeto de las críticas más hirientes que se han dirigido contra Séneca.

Como se comprenderá, nuestro estudio ha de ser un zurcido de hechos, no de palabras, como corresponde a la redacción de una hoja de servicios. El resultado de nuestro trabajo nos ha llevado a la conclusión de que Séneca es el primer estadista y pensador que por su talento, por su humanismo y por su radicación metafísica en el mundo social del Occidente encauza sistemáticamente la administración del Imperio en un momento trascendental de su historia.

I

Primera fase. Preceptor de Nerón

La privanza de Séneca en la corte romana comenzó el año 49, y desde el 54 continuó consolidándose hasta el 61/62; el 63 se retiraba de la Corte para ser condenado a muerte el 65. Cada una de estas fases tiene un sentido característico en la vida de Séneca. La fase primera comienza cuando Agripina, recién casada con Claudio, se fijó en el filósofo desterrado en Córcega para hacerle preceptor de su hijo Domicio, niño a la sazón de once años.

Séneca se dio cuenta de que iba a correr los riesgos de una aventura sensacional y peligrosa: "Dicen que la primera noche vio en sueños que era preceptor de C. César" (Suetonio, *Nerón* VII 1). Es decir, que su nuevo alumno se le aparecía identificado con el emperador Calígula, que por envidia trató de asesinarle doce años antes. Los críticos que censuran al filósofo cordobés por haber aceptado la preceptoría de Nerón suponen que había sido libre en su elección. En realidad, los planes de Agripina no daban lugar a opción al cambiar por Séneca a los profesores anteriores Berilo y Aniceto (Josefo, *Antig. Jud.* XX 183 ss. y Suetonio, *Ner.* XXXV 2):

Agripina, para no ser famosa sólo por sus crímenes, pide el indulto del destierro a favor de Anneo Séneca y consigue además

para él la pretura como medida grata al público, por la fama de sus estudios; con el fin de que la niñez de Domicio creciera con tal maestro y para servirse de sus consejos en las aspiraciones de dominio. Porque se creía que Séneca por el recuerdo del beneficio sería fiel a Agripina; y contrario a Claudio por los malos tratos y por la injuria (Tácito, *An.* XII 8).

Según Suidas s. v. Ἀλέξανδρος Αἰγαιοῦς, además de Séneca también Alejandro de Egea y Queremón eran profesores de Nerón. El *cursus honorum* que emprendía el filósofo cordobés estaba lleno de incógnitas. Suetonio dice que "Nerón descubrió muy pronto la verdad del sueño en las primeras manifestaciones que pudo dar de su crueldad nativa" (Suetonio, *Ner.* VII 2). La *immanitas naturae* brotó en Nerón como herencia familiar. Se la debía a sus padres. Al nacer Nerón y recibir su padre Domicio Enobarbo los parabienes de sus amigos, les dijo con sarcasmo que "de él y de Agripina nada podía nacer que no fuera detestable y funesto para el Estado" (Suetonio, l. c. Para otros datos sobre la infancia de Nerón, cf. Hohl s. v. *Domitius Nero* en *Real-Enc.* supl. III 1918, cols. 349-394).

Es un dato interesante que Mesalina sospechó que Domicio llegaría a ser el rival de su hijo Británico y trató de matarle; pero un dragón defendió al hijo de Agripina (Suetonio, *Ner.* VI 4). Este hecho fabuloso inspiró a Agripina la idea de hacer para su hijo un brazalete con los despojos de una víbora hallados a la cabecera de la cama de Domicio. Con este brazalete terrible le conoció Séneca. El padre de la criatura falleció cuando Domicio contaba tres años. Claudio le arrebató los bienes que le pertenecían de la herencia paterna y confió la educación del niño a su tía Domicia Lépidia, que le dejó a los cuidados de un bailarín y un barbero. La perversa naturaleza del adolescente le arrastró muy pronto a excesos alarmantes: a su hermano Británico, hijo de Claudio y de Mesalina, una vez que fue adoptado por Claudio con el nombre de Nerón, trató de infamarle como a hijo adúltero (Suetonio, *Ner.* VII 4). Además, "para agradar a su madre, que había procesado a su tía Lépidia, Nerón adujo contra ésta un testimonio decisivo con el fin de perderla (Suetonio, l. c.). Séneca nada podía hacer contra las intrigas combinadas de madre e hijo.

Agripina tomó la precaución de prohibirle que iniciara en la filosofía a Nerón. A Séneca sólo le quedaba abierto en esta época el campo de la elocuencia y de las letras, posibilidad que aprovechó para encauzar al joven príncipe según los criterios no clásicos de su humanismo, alejándole de los *ueteres oratores*, a los que sustituyó por sus propios escritos (Suetonio, *Ner.* LII 1). Nerón, como veremos, aceptó plenamente esta orientación y fomentó el cultivo de todas las *liberales disciplinae*.

El magisterio de Séneca le preparó pronto para las actuaciones públicas, en cuanto fue adoptado por Claudio, el 25 de febrero del 50, por gestiones del liberto Palas, gran favorito y favorecedor de Agripina (Tácito, *An.* XII 26). La adopción de Domicio fue aprobada por el Senado:

Al presentarse en el foro concedió donativos en especies (el *congiarium*) al pueblo, gratificaciones a los soldados y, en una revista de los pretorianos, presentó él mismo el escudo y después dio las gracias a su padre en el Senado. Delante del mismo Claudio, cónsul a la sazón, defendió a los boloñeses en latín y en griego a los rodios y a los troyanos. Como *praefectus urbi* comenzó a administrar justicia en las fiestas latinas. Los abogados más célebres rivalizaron llevando a su tribunal asuntos no corrientes y sencillos, sino de la mayor importancia, aunque Claudio lo tenía prohibido" (Suetonio, *Ner.* VII 6-8).

Esta brillante actuación pública de los catorce a los dieciséis años debió de halagar sobremanera a Agripina, que por su parte aprovechó el tiempo para eliminar del imperio y de la vida a su marido Claudio y sacar triunfante la candidatura de su hijo para la sucesión del trono imperial. Suetonio refiere así el triunfo definitivo de Nerón:

A los diecisiete años, promulgada la noticia de la muerte de Claudio, entre las seis y siete se adelantó a los soldados de guardia, pues antes por el mal tiempo no pudo hacerlo, ya que eran imposibles los auspicios, y, siendo saludado como emperador en las gradas del palacio, fue llevado al campo de los pretorianos en litera y de allí a la curia después de una breve alocución a la tropa. Se retiró ya muy tarde, colmado de inmensos honores, y rehusó sólo el título de *pater patriae* por su corta edad (Suetonio, *Ner.* VIII 1).

Séneca y Burrus habían sido, sin pretenderlo ni quererlo, instrumentos dóciles de Agripina. Ambos pasarían a ser, en la segunda fase de su privanza, los consejeros preferidos de su hijo. Pero los dos privados no podían olvidar que a la aclamación imperial de Domicio había precedido el asesinato de Claudio hábilmente perpetrado por Agripina. Nerón no había sido autor, pero sí testigo de este crimen, como dice Suetonio: *cuius necis etsi non auctor at conscius fuit* (Ner. XXXIII 1). Nerón no disimuló el crimen cometido por su madre, pues alababa las setas como manjar de dioses, ya que con ellas había sido envenenado Claudio.

Con estos datos tenemos una idea general sobre la fase primera de la privanza de Séneca. En ella resaltan las escenas de perfidia y crueldad combinadas de Agripina y de Nerón, fundamento de su triunfo en la sucesión del trono imperial. Pero es preciso advertir que este aspecto no da idea de la preparación técnica de Nerón para su nuevo cargo ni de la influencia ejercida por Séneca en su alumno. Nerón había de destacar tanto por su perversidad como por la grandeza de sus obras y medidas justas de gobierno, base de la prosperidad del imperio del 54 al 62, que no se explica sin la excelente preparación adquirida desde el 49 al 54 bajo la dirección de Séneca. De ello volveremos a hablar.

II

Segunda fase. Séneca, consejero imperial

Por vez primera en la historia, el 13 de octubre del 54 eran puestas en manos de dos provincianos las riendas del poder. Eran Séneca el cordobés y Burrus, natural de las Galias, encargados de aconsejar y dirigir a un emperador todavía falto de experiencia. El encumbramiento de Nerón se había efectuado sin más solemnidades que la aclamación castrense. Nadie tuvo tiempo para pensar en el derecho de sucesión, que según Claudio hubiera recaído en Británico y no en su hijo adoptivo Domicio. Agripina tuvo la habilidad de ganar para sus planes a los jefes militares del preto-

rio, destituyendo previamente a los que le podían ser contrarios y logrando que se confiara este cargo a Burrus. No es fácil saber qué ideas tenía aquella mujer sobre el derecho a la sucesión en el trono imperial. Probablemente había oído discutir sobre el δίκαιον φύσει y el δίκαιον νόμῳ expuesto ya por Calicles en los diálogos de Platón (cf. *Gorg.* 482 e y *Rep.* 359 c). Mas para Agripina hubiera sido absurdo someter la naturaleza, la fuerza y el talento a normas jurídicas impuestas por las leyes o por las opiniones de los filósofos. Su hijo Nerón pensaría y obraría siempre lo mismo que su madre. El brazalete del dragón era su insignia. Lo cierto es que en los episodios de octubre del 54 el pueblo romano, el Senado y los magistrados fueron sorprendidos por los hechos siendo observadores mudos de los acontecimientos. Los comicios no tenían ya la eficacia necesaria para que el pueblo impusiera sus decisiones. El *consilium principis* organizado por Augusto y sostenido por Tiberio en su época primera no había desaparecido del todo, pero había ido languideciendo ya al declinar el reinado de Tiberio y se había eclipsado desde Calígula y Claudio. Séneca nada tenía que hacer en aquella crisis dinástica. Burrus, como jefe del pretorio, apoyó desde el principio a Nerón. Ambos, Séneca y él, seguirían actuando mientras no surgieran fuerzas de resistencia que los derrocaran.

Una pregunta fundamental surge a la vista de la situación romana del 54: ¿qué valor tenían en realidad las instituciones tradicionales de la república y las innovaciones del principado? Para fijar el alcance de esta pregunta es preciso no proyectar nuestro concepto jurídico de institución, carente de sentido en la Roma anterior a Séneca y Nerón. Como ha hecho notar Ávaro d'Ors¹, "el pensamiento político de Roma resulta extraño y sin sentido para la teoría política moderna, que gira en torno al 'Estado'". Ahora bien, el concepto moderno de institución política es una estructura dependiente del Estado, por lo menos para su aprobación. Las instituciones actuales colegiales y no colegiales poseen una vigencia jurídica en su aspecto social aun independientemente de las personas físicas y de los objetos materiales en que radican².

¹ D'ORS en pág. 115 de *Sobre el no estatismo del Imperio romano*, en *Est. Clás.* IX 1965, 107-164.

² Cf. ELORDUY *Persona e institución*, en *Est. de Deusto* XIII 1959, 13-47.

La estructura del Imperio romano carecía de un elemento necesario para poderse identificar con nuestro concepto de Estado, que lleva en sí la propiedad de poder crear o autorizar las instituciones jurídicas; era el elemento local, del que prescindía Roma, cuya constitución se apoyaba en los *ciues* y no en la *ciuitas*, como ha observado el profesor d'Ors. En cambio, la *πόλις* griega, exclusivamente limitada al territorio amurallado, carecía del elemento jurídicosocial de la ciudadanía. En nuestro concepto de Estado, y hasta cierto punto en nuestra concepción de las instituciones jurídicas, entran necesariamente los dos elementos material y formal como integrante de la persona jurídicomoral. Más tarde veremos cómo precisamente con Séneca y su doctrina característica de cosmopolitismo comienzan a ser necesarios los dos elementos para el concepto de patria.

La Roma antigua, que no hubiera comprendido la existencia de una soberanía sin soberano ni la pervivencia de títulos de derecho o de dominio sin poseedores de los mismos ni la existencia de bienes fundacionales o de colegios sin miembros que los integraran ni voluntades de difuntos sin instrumentos probativos de las mismas, se movía en una concepción política y jurídica totalmente diversa de la tradición cristiana. Tal vez pudiera decirse que la Roma antigua conocía *institutita*, es decir, cosas instituidas, objetivadas en realidades concretas y palpables, más que instituciones *subsistentes en sí mismas*³.

Precisamente con la nueva mentalidad occidental provinciana de Séneca apunta en la cultura un orden jurídico subsistente en sí mismo como una realidad trascendente y concreta, poco definido todavía al principio, pero cada vez más determinable en las instituciones inspiradas en un nuevo humanismo distinto del clásico.

No vamos a detenernos de nuevo en la exposición de este pensamiento de Séneca, que incidentalmente hemos tocado en otro lugar⁴. Baste recordar conceptos fundamentales de la ideología de Séneca como son el de la *fides celtibera* y la honradez⁵. En cuanto a la honradez personal nos consta cómo Séneca fue el único de los escritores antiguos que estudió sistemáticamente el doble aspecto de la *claritas* como honor inherente a la persona y

³ Cf. ELORDUY o. c. 46.

⁴ ELORDUY *Séneca. I. Vida y escritos*, Madrid, 1965, 47-62.

⁵ Sobre la *fides celtibera* puede verse RODRÍGUEZ ADRADOS *La fides ibérica*, en *Emerita* XIV 1946, 128-209, y RAMOS LOSCERTALES *La "deuotio" ibérica*, en *An. Hist. Der. Esp.* I 1924, 7-26.

como manifestación o conocimiento público de la prestancia de la misma. Fue también Séneca el primero, que sepamos, en establecer el concepto de un *dominium* que, sin ser sacral, como el de los pontífices jurisconsultos primitivos de Roma, respondía al concepto de *dominium excellens* suprahumano de la Europa prearia, que seguiría vigente en los siglos posteriores. Ese concepto aparece en la mentalidad patristica de Agustín y en la doctrina teológicojurídica de Molina y Suárez. Estos rasgos podrán tal vez iluminar algunos de los pasajes más notables de los *Anales* de Tácito, relativos al influjo de Séneca como consejero de Nerón.

Séneca hubo de enfrentarse con criterios radicalmente distintos de los que dominaban en la corte romana, primeramente con Agripina, causante principal de la crisis de octubre y dueña de la situación en Roma. Apoyada en el favor de su hijo Nerón, aunque sin consultarle para nada, Agripina comenzó por dar muerte a Junio Silano, nieto de Augusto, conocido en palacio con el mote de *pecus aurea* por sus inmensas riquezas. Inmediatamente fue asesinado también el liberto y defensor acérrimo de Claudio, Narciso, envenenado *inuito principe*. Agripina contaba para estos crímenes con el liberto Palas, superintendente de las finanzas, gracias al cual Claudio había incurrido en la doble torpeza de casarse con Agripina y de adoptar como hijo a Domicio (Suetonio, *Claudio* XXVIII 2; Tácito *An.* XIII 2-4). Al principio de esta segunda fase de su convivencia con Séneca aparece Nerón influido por los dos grupos antagónicos de Agripina y Pallas, por una parte, y, por otra, Séneca y Burrus empeñados en atajar los pasos del crimen a su protectora. Tácito lo atestigua con su concisión impresionante:

Idaturque in caedes nisi Afranius Burrus et Annaeus Seneca obuiam issent (An. XIII 2, 1).

El desengaño de Agripina debió de ser muy grande al observar que sus dos favoritos no se dejaban mediatizar como el liberto Palas por los honores y el poder. Los dos provincianos tenían un concepto de derecho natural insobornable que no se había visto hasta entonces en los rectores de la política romana. Tácito prosigue la semblanza de los dos consejeros:

Hi rectores imperatoriae iuuentae et, rarum in societate potentiae, concordēs, diuersa arte ex aequo pollebant (l. c.).

Dos rasgos a cual más raros. A Burrus y Séneca no se les denomina *amici principis*, sino *rectores imperatoriae iuuentae*, aunque más tarde se les llama *seniores amici* (Tácito, *An.* XIII 12) y finalmente el mismo Séneca, al retirarse de Nerón, se cuenta entre los *amici* (*An.* XIV 54). Pero la privanza de Séneca no se equiparaba a la de un *amicus principis*. Gracias a su situación privilegiada, podían Séneca y Burrus frenar e incluso dominar los desafueros de la omnipotente Agripina, a la cual hasta entonces nada había negado Nerón. Tácito introduce, además, otro concepto histórico incompatible con los de *amici* y de *consilium principis* al decir que Séneca y Burrus, gozando de poderes iguales, actuaban de perfecto acuerdo *in societate potentiae*. Dentro de la *societas potentiae* atendían cada uno, según su arte y profesión, a diversas esferas del gobierno. Los poetas contemporáneos cantaban con tan faustos comienzos la vuelta de la edad de oro (Dión Casio LXI 4, 1), sin que sucesos graves para Roma ocurridos en Armenia, nación amiga ocupada por el rey parto Vologaeses, turbaran la seguridad del imperio. Los consejeros de Nerón movilizaron las tropas del Oriente y Vologaeses tuvo que abandonar Armenia entregando rehenes a Roma. Era un triunfo de Nerón, aunque no decisivo todavía, conseguido por la serenidad y brazo fuerte de Séneca y Burrus.

La *societas potentiae* de los dos privados logró también imponerse totalmente en el palacio. El joven emperador se hallaba dominado por la seducción de sus compañeros, el citarista Terpnos (Suetonio, *Ner.* XX 1), Salvio Otón y Claudio Senecio, y por el amor de Acté, que sus tutores Burrus y Séneca le permitieron como una concesión necesaria para poder contrarrestar el influjo de Agripina, que se creía cada vez más relegada. Oscilante Nerón entre estas influencias contrarias, vio cada vez más claro el peligro creciente que para él constituían la ambición y perversidad de su madre, decidiendo entregarse totalmente al influjo de Séneca (Tácito, *An.* XIII 1). Por este tiempo, *taedio tandem maternae memoriae* (Suetonio, *Ner.* VI 8), dejó el brazalet. Se impusieron las

ideas de Séneca sobre las del instinto feroz. La irritación y despecho de Agripina contra ambos consejeros se manifestó en amenazas abiertas contra la soberanía de su hijo (Tácito, *An.* XIII 14, 5) al ver que Séneca y Burrus, en vez de secundar sus planes de dominio matriarcal, la combatían abiertamente consiguiendo para ello el privarle incluso de la ayuda del liberto Palas, su poderoso y opulento colaborador. En su desesperación comenzó entonces a favorecer a Británico como heredero legítimo de Claudio. Nerón reaccionó bárbaramente eliminando a Británico. Las hostilidades llegaron a envenenarse hasta el punto de sentirse Nerón inseguro y pensar en la destitución de Burrus, a quien se acusó de conspirar con Agripina (*An.* XIII 20). Séneca evitó el peligro mediante un interrogatorio de Burrus a que se sometió a Agripina en presencia de Séneca (*An.* XIII 21). De esta manera pudo consolidarse la acción de ambos privados durante la segunda fase de su convivencia con Nerón.

A la tercera fase de la privanza pertenecen los últimos episodios de la tragedia con el asesinato de Agripina el año 59 y después el destierro y muerte de Octavia, asesinada bajo la instigación de Popea. Sabina Popea consiguió primeramente malquistar a Nerón con Burrus. La desaparición de su colega, sustituido por Tigelino y Rufo Fenio, debilitó la potencia de Séneca (*An.* XIV 52, 1), que finalmente el año 63 dio por terminada su misión de consejero de Palacio.

III

Planificación orgánica

De singular importancia para la historia fue el intento de Séneca en la planificación orgánica del Estado romano. Era tal vez el primer pensador político que tenía la posibilidad de proyectar una organización racional del Imperio a base de instituciones históricas de un pasado glorioso. Como medida previa a la actuación del nuevo *princeps*, el Senado había decretado que se honrase a Claudio con un *funus censorium*, tal vez por haber restaurado y ejer-

cido el oficio de censor interrumpido desde Planco y Paulo, que lo ejercieron el 22 a. J. C. (Suetonio, *Claud.* XVI 1). También se le decretó la *consecratio*, de la que luego hablaremos más. El protocolo funerario del censor prescribía que se vistiera de púrpura tanto al cadáver como al orador de la familia encargado de la *laudatio*. Éste era Nerón. Pero todo el mundo sabía que la *laudatio* estaba compuesta por Séneca, quien se adaptó en grandes líneas al esquema clásico habitual de los funerales, que nos es conocido por Polibio (VI 53-54). Tácito describe así el acto:

El día del funeral, el príncipe comenzó la *laudatio* evocando la antigüedad de la familia, los consulados y triunfos de los antepasados, con gran atención suya y de los oyentes. Recordó también las artes liberales y que nada funesto sobrevino a la república en su tiempo. Se le oyó con gran interés (*An.* XIII 3, 1).

En esta parte tradicional del rito descrito por Polibio se oyó a Nerón con el respeto impuesto por las circunstancias. Pero al pasar a la prudencia y sabiduría del finado, nadie pudo contener la risa, aunque el discurso estaba compuesto con toda la maestría que se podía esperar de un ingenio tan ameno y conocedor de los gustos del tiempo, como observa Tácito. La risa incontenible de los senadores revelaba la grave crisis que padecía Roma.

En las laudaciones clásicas, al elogio del finado se añadían hazañas insignes de los presentes. Séneca omitió esta parte. No la podía desarrollar sin ofensa del Senado y de los ciudadanos romanos, aunque en tiempos pasados constituía un capítulo esencial para el patriotismo cívico y para los ideales de la juventud. Séneca la sustituyó con la nueva planificación que se proponía a Nerón como programa político de su reinado. Los planes de la república no correspondían ya a la voluntad de los ciudadanos, sino a la prudencia del *princeps* y a su poder. A él le tocaba, por tanto, en el acto solemne de los funerales de su antecesor exponer las perspectivas políticas del porvenir. Para ello tenía en sus manos la plenitud del poder.

Séneca, el consejero provinciano de Hispania, era el primer estadista que se creyó en la precisión de trazar para Nerón las líneas generales de una organización política en un momento de

transición importante. En los actos castrenses de la aclamación, al proponérsele al joven príncipe el título de *pater patriae*, declinó el honor contestando discretamente: *cum meruero*. Ahora debía poner las bases para que un día pudiera obtener por sus méritos, con el título de *pater patriae*, una gloria más real que el *funus censorium* y la *consecratio* decretados a Claudio por el Senado. La impresión producida por el discurso de Nerón dejó huella en la historia de Roma. Dión refiere el acuerdo tomado por el Senado de que el discurso se grabara en una columna de plata que los cónsules debían leer al comienzo de su magistratura. Era, por lo tanto, una especie de ley constitucional resumida por Tácito con gran precisión.

En el preámbulo se hablaba de la *auctoritas patrum* y del *consensus militum*. Nerón, en efecto, se esforzó, por lo menos en el *quinquennium* primero, en dar el mayor realce a la *auctoritas patrum*, al mismo tiempo que con jefes militares como Burrus en el pretorio y Corbulón en Oriente mantenía el *consensus militum*, base de su propia *potestas* de emperador, que absorbió cada vez más los poderes y la *maiestas* del pueblo romano.

El *summum imperium* y la *maiestas populi romani* habían sufrido una desvalorización progresiva a medida que los diversos comicios y sus atribuciones legislativas, electivas y judiciales fueron perdiendo en importancia hasta quedar en puros nombres o en ceremonias a principios del siglo IV de nuestra era. El proceso del languidecimiento de los comicios arranca especialmente de Julio César y tiene una crisis alarmante con la omnipotencia de Octavio. Augusto trató de disimular la desaparición de las instituciones republicanas, pero concediéndoles sólo unas atribuciones formales. Con la concentración de las magistraturas en su propia persona, y sobre todo con la *potestas tribunitia* obtenida el 23 a. J. C., podía paralizar el ejercicio de toda autoridad no grata. Claudio trató de restaurar por el Senado ceremonias antiguas en Italia el año 47; pero sus planes quedaron en pura utopía (Tácito, *An.* XI 14-15). El discurso de Séneca prescinde del *populus romanus* y de sus instituciones, porque nadie tenía fe en ellas, y trata de restaurar lo que se pudiera salvar mediante el funcionamiento autónomo y responsable del Senado, combinándolo con el prin-

cipado en una diarquía orgánica. Se trataba en realidad de cesiones otorgadas a la aristocracia por un monarca absoluto.

El anuncio programático de esta reorganización podía parecer vano e incluso alarmante si no se ofrecían garantías al nuevo orden. El recuerdo de Mesalina, la política notoria de Agripina, la fogsidad pasional del mismo Nerón, suscitaban temores demasiado fundados para que el Senado se entregase a esperanzas de una prosperidad bien consolidada. Sin duda con el propósito de comprometer al mismo orador, confirmaba Séneca las promesas con argumentos más o menos especiosos, pero sin duda oportunos al ser pronunciados en aquellos momentos por labios de Nerón:

Recordó los consejos y ejemplos que tenía para inaugurar egregiamente el Imperio, su juventud no comprometida en guerras civiles ni discordias domésticas, sin rencores, sin agravios ni deseos de venganza (Tácito, *An. XIII* 4).

Séneca tenía demasiada visión y experiencia para creer disipados los peligros. Pero en su opinión, contra la doctrina de Posidonio y la práctica legislativa de los romanos y aun las respuestas de los pontífices, jurisconsultos primitivos de Roma, pensaba que las leyes debían ir precedidas de preámbulos adecuados (*Ep. XCIV* 38). Después de este prólogo del discurso pasaba a su parte dispositiva, que contiene las seis cláusulas siguientes en la redacción de Tácito:

Entonces describió la forma futura del principado, evitando todo lo que a la sazón era malquisto. Dijo que no sería juez de todos los asuntos, para que medrase la potencia de unos pocos teniendo dentro a puertas cerradas a acusadores y reos. Nada sería en su hogar objeto de soborno y ambición. Su casa estaría separada de la república. El Senado gozaría de sus antiguas atribuciones. Italia y las provincias públicas recurrirían a los tribunales de los cónsules, que darían acceso a los padres conscritos. Él atendería al cargo de los ejércitos (*An. XIII* 4).

Séneca trataba de armonizar jerárquicamente bajo el poder ilimitado del príncipe las atribuciones del Senado. Su proyecto de diarquía orgánica era un régimen mixto, monárquicosenatorial, donde el príncipe tendría el mando del palacio y del pretorio

además del imperio proconsular de las legiones en las provincias no senatoriales. El Senado, en cambio, representaría todas las estructuras históricas del Imperio en las provincias encargadas a su gobierno. Una vez que por las guerras civiles y el gobierno autócrata de los emperadores precedentes se había atrofiado la capacidad vital y creadora de la *maiestas populi romani* y la de sus comicios, urgía conceder la máxima autonomía posible al Senado y a la magistratura, aunque coordinándola con las atribuciones del príncipe en el palacio y en las provincias proconsulares. Tácito añade:

Nec defuit fides, multaque arbitrio senatus constituta sunt
(*An.* XIII 5, 1).

Dos años más tarde podía confirmar la misma opinión:

Manebat nihilo minus quaedam imago rei publicae (XIII 28, 1).

Pero es preciso tener presente el *nihilo minus*! Es el adverbio limitativo que expresa las dificultades emergentes para la realización del plan de Séneca grabado en la columna de plata del Senado. Tácito alude con esa expresión a la lucha sostenida primeramente contra las pretensiones de Agripina de intervenir en el Senado; después a los comentarios públicos sobre las garantías del programa gubernamental. Unos desconfiaban de la inexperiencia de Nerón; otros volvían sus ojos a Burrus y Séneca, *multarum rerum experientia cognitos* (*An.* XIII 6).

El resultado dependería de que usara de *honestis an secus amicis*, y del jefe militar que eligiera (para las provincias), es decir, en que fuera egregio, sin odios personales, o más bien rico y apoyado en valimiento conseguido por la ambición" (Ibid.).

El Senado manifestó su agrado al ver que se confiaban las legiones de Oriente a Corbulón y la seriedad con que Nerón cumplía con los deberes de su cargo consular sin permitir que su colega L. Antistio suscribiera por adulación las actas del mismo Nerón. El príncipe, por otra parte, dio pruebas de lenidad y clemencia, "que Séneca divulgaba, ya sea para dar constancia de los buenos consejos que daba o para gloriarse de su ingenio por boca del príncipe" (Tácito, *An.* XIII 11). El célebre historiador parece aludir indirectamente al tratado *De clementia*, que por este tiempo

componía Séneca elogiando la conducta de Nerón. Pero inesperadamente ocurrió el suceso lamentable del asesinato de Británico. Nerón procuró disimular sus efectos, ya con dádivas, ya con una hábil propaganda de las necesidades en que se vio para tomar estas medidas y otras que hubo de adoptar más tarde contra la violenta reacción de Agripina. El *Ludus de morte Claudii* fue con esta ocasión la defensa más eficaz de los derechos de Nerón frente a las aspiraciones de Británico, al mismo tiempo que un toque de alarma, como el tratado *De clementia*, para atajar la proclividad de Nerón a la venganza. El programa político del discurso inaugural que acabamos de resumir y el análisis de los dos tratados iluminados por los datos históricos de Tácito y de Suetonio ofrecen una base documental importante para ir conociendo la influencia doctrinal y técnica ejercida por Séneca en la prianza imperial.

IV

Diversos conceptos del poder

El sistema político de Séneca, acogido con universal aplauso, tropezaba en realidad con dificultades insuperables para ser entendido y aceptado. Ante todo contrariaba, como hemos visto, a Agripina. Séneca se vio en la alternativa de incurrir en su hostilidad o de ser infiel a las responsabilidades de su oficio de consejero. Para Agripina, lo mismo que para su hermano Calígula, el poder era un instrumento al servicio de las pasiones humanas. Para ahorrar explicaciones recuérdese un brillante festín del último en que daba risotadas sin que se supiera el porqué y, preguntándole de qué se reía los cónsules, que estaban a su lado, les contestó entre carcajadas: “¿De qué me voy a reir sino de que me basta sólo un gesto para que vosotros dos seáis degollados?” (Suetonio, *Calíg.* XXXII 7).

Lo peor del caso era que Nerón participaba del concepto del poder que la familia de los Julios parecía heredar con la sangre. Para Nerón, lo mismo que para los antiguos romanos y en general para todos los pueblos formados con ideales de imperio y con-

quista, el derecho natural era el derecho del más fuerte administrado hábilmente e impulsado por el amor al triunfo. Séneca pone en labios del príncipe, precisamente al comienzo de su reinado, un ingenuo monólogo revelador de sus ideales:

¿Soy yo quien entre todos los mortales agradé y fui elegido para hacer en la tierra oficio de dioses? ¿Yo el árbitro de la vida y de la muerte? ¿Está en mis manos dar a cada uno su suerte y su puesto? ¿Son éstos los labios que mueve la fortuna para dar a cada cual lo que quiere? ¿De mis respuestas esperan los pueblos y las ciudades los motivos de su alegría? ¿Sólo a una voz mía se ciñen tantos miles de espadas detenidas por mi palabra? ¿A mi jurisdicción compete decidir qué naciones hay que arrasar, cuáles hay que trasladar, a cuáles hay que dar o quitar la libertad, a qué reyes hay que hacer esclavos y a quiénes hay que ceñir la corona, qué pueblos hay que destruir o construir? (*De clementia* I 1, 2).

Este concepto yusnaturalista del poder lo expresó más tarde con palabras de amenaza, ebrio de soberbia por los triunfos como artista profesional. Suetonio lo recogió en su biografía:

Fuera de sí, hinchado por tantos cuasi éxitos, decía que ninguno de los príncipes había sabido lo que le era permitido, y profirió muchas palabras nada equívocas, de que no había de perdonar a los demás senadores, y que había de suprimir el orden senatorial en la república y entregaría los ejércitos y las provincias a caballeros y libertos. A la verdad, nunca al entrar y salir [en el Senado] dio el ósculo ni respondió a los saludos, y al comenzar en el istmo los trabajos claramente hizo votos para que la empresa resultara bien para él y para el pueblo romano sin hacer mención del Senado" (*Ner. XXXVII* 5-6).

Aparentemente existe una profunda diferencia en las ideas atribuidas a Nerón en estos dos párrafos de Séneca y Suetonio. En realidad, la única diferencia está en el estilo. Nerón, alumno de Séneca, emplea un lenguaje aparentemente respetuoso y tímido, e incluso, si se quiere, religioso, ante el poder de un dios inmanente en el cosmos y en la historia y relativizado conforme a las medidas míticas del imperialismo clásico. En cambio, el Nerón de Suetonio habla en los últimos años de su vida con una autosuficiencia irreverente arrogándose una libertad moral y política sin

fronteras. No era fácil para Séneca combatir esta concepción mítica del poder ilimitado. La táctica que empleó, ya desde la *Consolatio ad Polybium*, fue la de considerar el poder regio como una participación del poder trascendente de la divinidad, que desciende al soberano para mirar por el género humano como el alma por el cuerpo. Séneca compara en ambos escritos al César con los dioses subalternos, que sostienen el mundo como el Atlas de los mitos, o como las estrellas que presiden el movimiento y vida del universo:

Y ya que hice mención de los dioses, con toda razón propondré al príncipe este modelo para que le imite, siendo él para los ciudadanos como quiere que sean los dioses para él. ¿Cómo? ¿Nos conviene tener a los dioses inexorablemente airados contra nuestros pecados y faltas? ¿Queremos que nos sean enemigos hasta perdernos? ¿Qué rey estará seguro de que los arúspices no hayan de recoger sus huesos? Y si los dioses placables y justos no castigan al punto los delitos de los poderosos con sus rayos ¿cuánto más justo es que un hombre puesto al frente de otros hombres administre el imperio con mansedumbre pensando cuándo es más hermoso y grato a los ojos este mundo, si con un cielo sereno y puro o atravesado por truenos no interrumpidos y rayos que le hacen temblar? (*De clem.* I 7, 1-2).

Puesto a decirle las verdades, Séneca le recuerda a Nerón que sus obligaciones son mucho más estrictas que las de sus súbditos:

¡Cuántas cosas hay que no te están permitidas, que se nos permiten a nosotros por merced tuya!... Nuestros pasos los conocen pocos; podemos salir, volver y cambiar de traje sin que lo sepa el público. Tú no puedes ocultarte, como tampoco el sol" (*De clem.* I 8, 2-4).

Pasajes de este tono testifican en realidad el *quam honesta praeciperet* de Tácito aplicado a Séneca (*An.* XIII 11). El tiempo demostraría que el efecto conseguido en el alumno no pasó de ser precario. Todo el mundo podía darse cuenta de los peligros que encerraba el oficio de consejero imperial. Séneca no retrocedió ante el peligro ocultando la verdad. Tal vez Nerón le toleraba mal que bien los avisos, pues en realidad necesitaba de Séneca, quien asumía al mismo tiempo el oficio de defensor del emperador con maestría insuperable. La *Apocolocyntosis* o *Ludus de morte Claudii*

es el panfleto político dedicado por Séneca en defensa de la legitimidad de Nerón frente a las pretensiones de Británico y de Octavia, apoyadas incluso por Agripina al ver que Nerón, defendido por Burrus y Séneca, le impedía someter el imperio a sus caprichos y rencores. En efecto, como consejero, Séneca trataba de corregir los sentimientos y criterios de su alumno, pero defendiendo con lealtad su persona y sus derechos.

V

La defensa de Nerón

La *Apocolocyntosis* es la obra más discutida y reprobada de Séneca desde el punto de vista de la caballería. Los críticos modernos no han podido clasificar el género literario a que pertenece y se hallan perplejos ante la actitud burlesca del noble moralista que se ensaña en la figura del emperador muerto. Como indicamos en otro lugar, Séneca escribió el panfleto por otros motivos de deber religioso y social. Pero éste es sólo un aspecto. La defensa de Séneca acaba de aparecer brillantemente expuesta desde un punto de vista nuevo por el investigador germano Konrad Kraft⁶, que centra su investigación en el aspecto jurídico-legitimista de la *Apocolocyntosis*.

Prescindiendo de puntos marginales, la tesis central de Konrad Kraft no admite réplica. Por razones de brevedad la condensaremos exponiéndola un poco a nuestro modo. La *Apocolocyntosis* es una doble parodia procesal de la *consecratio* de Claudio discutida primero ante la curia de Júpiter en el cielo y después en la *cognitio causae* del infierno. Como prelude orientador del proceso se presentan primero las garantías del expediente o la credibilidad de la exposición que se va a seguir. Mercurio, el *Caesaris ultor* de Horacio (*Carm.* I 2, 44), protector por lo tanto de la dinastía Julia, se presenta a las Parcas a pedir la muerte de Claudio. Séneca no

⁶ KRAFT *Der politische Hintergrund von Senecas Apocolocyntosis*, en *Historia* XV 1966, 96-122.

revela las simpatías o antipatías por las familias reales, porque en su tiempo las conocían todos los romanos. Para nosotros es instructivo observar cómo Mercurio se declara enemigo de Claudio y, por lo tanto, de Británico, rival de Nerón. El mensajero de los dioses seduce a una de las Parcas llamándola *femina crudelissima*, por complacerse hace ya sesenta y cuatro años en los tormentos que experimenta un pobre hombre para poder vivir, diciéndole al fin: *Fac quod faciendum est: dede neci*, “haz lo que has de hacer: mátalos” (*Apoc.* III 1, 3).

Cloto observa que deseaba dejarle un poco más de tiempo para que concediera la toga a todos los griegos, galos, hispanos y britanos. Es muy de Séneca atribuir a los dioses estos sentimientos de igualdad universal. Pero en el panteón romano no piensan así. Mercurio se opone a los deseos de Cloto, que al fin saca de un cofre tres husos, uno de ellos el de Claudio y otros dos para que le hagan compañía, y entre los cantos jubilosos de Febo Apolo, protector también de los Julios, corta el hilo de la vida a Claudio y regala a Nerón los años que aún le correspondían a su padre adoptivo. Mercurio, dios de las artes y protector de los Julios, otorga, por lo tanto, una buena serie de años de reinado al joven Nerón. Con esto está orientado el proceso celeste. No es ningún secreto que en el cielo cuenta con ambiente más favorable Augusto, bisabuelo de Nerón, que su rival Marco Antonio, abuelo de Claudio.

En el Olimpo anuncian a Júpiter que viene un hombre extraño, que no es griego, ni romano, ni de nación alguna conocida. Es un síntoma más de que el proceso va a depender de la prosapia. Júpiter, sin sospechar de qué se trata, envía a Hércules, gran explorador del orbe, para hacer las primeras averiguaciones sobre el origen del advenedizo. Hércules le lanza un verso de Homero preguntándole de dónde es y de qué ciudad. Contento de encontrarse con un experto en Filología, que tanto le gusta, Claudio le contesta sugiriendo ladinamente que es el César con otro verso de Homero: “De Ilión. El viento me ha traído hacia los Cicones”. A lo cual agrega otro verso más exacto, también de Homero: “Allí compré la ciudad y los perdí”. Por sus pretensiones de filólogo, Claudio cae en la ligereza de reconocerse funesto a Roma.

Hércules se lo hubiera creído a no ser por la Fiebre, que le descubrió los embustes del forastero: "Es un mentiroso. Te lo digo yo, que he vivido tantos años con él. Nació en Lyon. Es del municipio de Marco. Como te digo, nació a dieciséis millas de Vienna. Es un galogermano. Y, como los galos, se apoderó de Roma" (*Apoc.* VI 1). Al verse descubierto por la Fiebre, Claudio, furioso, manda que se la acerquen como para cortarle el cuello. Pero nadie le obedece. De pronto Hércules cambia de actitud y de tono diciendo a Claudio: "Hazme caso. No digas tonterías... ¡Pronto, di la verdad para que no tenga yo que sacudirte las extravagancias!" (*Apoc.* VII 1). Y para asustarle más le canta como un trágico sus aventuras terrestres hasta llegar al Ródano y al Saona: "¿Es aquella tu tierra natal?". Lo dijo con decisión, aunque con miedo de recibir algún golpe del "tonto", mote que le daba Nerón alargando la palabra *morari* (Suetonio, *Ner.* XXXIII 2). Para calmarle, Claudio le cuenta cómo le honró oyendo sin parar pleitos contra su templo: "No sabes la miseria que hube de aguantar oyendo a los abogados noche y día".

Aquí hay una laguna en los manuscritos. Es el pasaje donde Hércules toma ante Júpiter la defensa de Claudio como vástago de Marco Antonio y suyo. La relación familiar de Marco Antonio con Hércules está atestiguada por Plutarco (*Marc. Ant.* 36, 60). La *cognitio causae* tiene lugar en la curia de Júpiter con gran barullo de los dioses por haber admitido allí a un extraño. Júpiter manda expulsar a Claudio y comienza a pedir el parecer de los cónsules. El primero es Jano, "hombre astuto que mira adelante y atrás. Habló mucho por vivir en el Foro. El notario no le pudo seguir, y por eso no refiero lo que dijo para no cambiarlo. Habló de la grandeza de los dioses y de que no se da ese honor al vulgo" (*Apoc.* IX 2-3).

Después habló Diespiter, cónsul segundo, que vivía de la venta del derecho de ciudadanía. Hércules se le acercó y le tiró de la oreja. Diespiter dijo que Claudio tenía algo de afinidad con Augusto y no menos con su abuela la diosa Augusta, afirmando al fin: *Censeo uti diuus Claudius ex hac die deus sit*. Hércules se movía sin parar de una a otra parte diciendo: "No me votes en contra, es pleito mío. Después te haré lo que quieras en recompensa"

(*Apoc.* IX 6). Los votos estaban divididos, pero se inclinaban hacia Claudio hasta que se levantó a hablar, en vez de dar el parecer, el dios Augusto, que pronunció un discurso impresionante. Nunca había hablado hasta entonces en el cielo, pero ya no se podía contener por la vergüenza:

¿Para esto impuse la paz en tierras y mares? ¿Para esto terminé con las guerras civiles? ¿Para esto fundé la ciudad con leyes y la hermosé con monumentos? No sé qué decir... me da vergüenza el Imperio. Este, que parece incapaz de matar una mosca, mata a los hombres con la facilidad con que se le cafa el dado del cubilete. Pero no puedo fijarme en los males públicos viendo los de mi casa. Este que veis se cubría con mi nombre y me lo agradeció matándome a mis dos bisnietas, las Julias, una por la espada, otra por hambre, y a mi tercer nieto Silano... Y dime tú, dios Claudio, ¿por qué a estos y a estas que mataste, los condenaste sin oír su causa? Finalmente el dios Augusto escribió en la tableta su sentencia pidiendo que se le expulsara del cielo en término de treinta días y del Olimpo en el plazo de tres días.

De la interpretación del *Ludus* así orientada deduce Kraft que el motivo fundamental del panfleto es la propaganda política a favor de Nerón. Admitida esta interpretación quedan anuladas las críticas de los autores modernos sobre la conducta de Séneca, que no hizo más que defender a su augusto alumno contra una campaña política injusta, cargada de amenazas para la paz del Imperio y favorecida en parte por la *consecratio* de Claudio, decretada por el mismo Senado. Esta conclusión de Kraft parece inexpugnable. Únicamente discrepamos de él, en cuanto a la participación que atribuye al filósofo en la *consecratio*, por las razones aducidas en nuestra *Vida de Séneca*⁷.

Nadie echó en cara a éste entre los contemporáneos la composición del *Ludus* como lo habrían hecho si hubiera sido una manifestación de venganza personal. Una *condemnatio*, como es prácticamente la *Apocolocyntosis*, sólo podía justificarse por motivos de bien público. Un choque de Británico y Nerón hubiera sido una desgracia pública peligrosa para la subsistencia misma del Imperio. Agripina lo estaba fomentando al verse defraudada

⁷ ELORDUY o. c. (en n. 4) 158-167.

por la conducta de Séneca y Burrus, que cortaban los pasos a sus planes de ambición. La *Apocolocyntosis* alejaba el fantasma de una guerra sangrienta. Fue muy significativa más tarde la actitud de Publio Silio, enemigo personal de Séneca, que acusaba a éste de atacar no a Claudio, sino a los amigos de Claudio.

La tesis de Kraft esclarece, por lo tanto, una verdad básica, aunque no toda la verdad sobre la *Apocolocyntosis*. El panfleto responde no sólo al papel de defensor de la legitimidad de Nerón, como propugna Kraft, sino también al cumplimiento de todos los otros deberes de Séneca respecto al príncipe. Es decir, además del aspecto jurídico de la legitimidad defendida en el *Ludus*, éste constituye una revisión sistemática de los defectos de la administración en tiempo de Claudio, que Séneca pone de relieve para que sean evitados en el nuevo reinado de su alumno. Es, a nuestro juicio, un escrito político, con intenciones jurídicas y preventivas, desarrollado en tono jocoso y de difícil clasificación entre los géneros clásicos. Tiene elementos satíricos sin ser sátira, burlescos sin ser una burla, críticos sin ser una crítica. Podría figurar entre algunos géneros afines a la sátira, que los romanos y occidentales creyeron ser un producto propio no importado de Grecia. Tácito califica a Séneca de ingenio ameno, sin duda por producciones como ésta del *Ludus*. Lo cierto es que los contemporáneos entendieron el panfleto y nadie se lo criticó.

VI

Comentario del "Ludus"

Para no seguir paso a paso todo el desarrollo del *Ludus* como sistema de procedimientos administrativos que Séneca desea inculcar a Nerón, podemos recoger los puntos principales que contiene siguiendo el mismo procedimiento de su autor. Séneca, como es sabido, era amigo de hacer comentarios de sus obras. Lucilio, su amigo y corresponsal, conocedor de este método de Séneca, le pedía resúmenes de su filosofía moral. Séneca accedió gustoso a sus ruegos:

Commentarios, quos desideras, diligenter ordinatos et in angustum coactos ego uero conponam: sed uide, ne plus profutura sit ratio ordinaria quam haec, quae nunc uulgo breuiarium dicitur, olim cum latine loqueremur, summarium uocabatur. Illa res discenti magis necessaria est, haec scienti. Illa enim docet, haec admonet. Sed utriusque rei tibi copiam faciam (Ep. XXXIX 1; cf. CVI 2, CVIII 9, CIX 7).

Séneca estaba acostumbrado a hacer estos resúmenes tanto para enseñar como para recordar las enseñanzas a su alumno Nerón. El *Ludus Claudii* era una pieza literaria demasiado importante para que Séneca o Nerón, o los dos juntos, no lo comentaran en notas críticas breves para analizar la administración de Claudio y de sus antecesores. Si releemos con esta intención la *Apocolocyntosis*, las notas críticas, unas positivas y otras negativas, saltan espontáneamente, como ocurría al mismo Séneca y sus colaboradores con los múltiples comentarios que escribió y que en parte han llegado a nosotros a través de la literatura senecquista medieval. Basta hacer la prueba con el *Ludus* escogiendo algunas frases de interés político, especialmente para la administración de la justicia. Lo haremos a modo de *breuiarium*, numerando las sentencias en el mismo orden del original. A cada una de las alusiones jocosas e intencionadas añadiremos la enseñanza probable que Séneca parece haber pretendido en ella.

1. — *Quid actum sit in caelo ante diem III idus Octobris anno nouo, initio saeculi felicissimi, uolo memoriae tradere (Apoc. I 1).* Levantar actas y examinarlas es fundamental en el método de administración propugnado por Séneca.
2. — *Si quis quaesiuert unde sciam, primum, si noluerit, non respondebo (I 1).* Informe que se da, informe que debe acreditarse con el nombre del informante.
3. — *Quis umquam ab historico iuratores exegit? Tamen si necesse fuerit auctorem producere, quaerito ab eo qui Drusillam euntem in caelum uidit (I 2).* La poca fe que muchas veces merece la historia es la ausencia de testigos capaces de jurar los hechos aducidos. Un tribunal, si procede con seriedad, exige testigos jurados.

4. — *Ab hoc ego quae tum audiui, certa, clara affero* (I 3). Los informes de los testigos han de ser ante el tribunal claros y ciertos.
5. — *Puto magis intellegi, si dixerō: mensis erat October, dies III idus Octobris. Horam non possum certam tibi dicere... tamen inter sextam et septimam erat* (II 2). La fecha, elemento esencial de la historia. Hechos sin cronología merecen poca fe. A poder ser, aun la hora exacta en la que ocurrió el suceso.
6. — *Claudius animam agere coepit nec inuenire exitum poterat* (II 4). La descripción del suceso debe ser lo más minuciosa que se pueda.
7. — *Exspirauit autem dum comoedos audit, ut scias me non sine causa illos timere* (IV 2). Un toque de atención al príncipe por su afición desordenada a la convivencia con los artistas e histriones, especialmente el citarista Terpnos.
8. — *Quae in terris postea sint acta, superuacuum est referre. Scitis enim optime, nec periculum est ne excidant memoriae quae gaudium publicum impresserit* (V 1). Las actas del Senado, con el *funus censorium* y la *consecratio*, están a disposición de todos en los archivos públicos del Senado. Por lo demás, el juez no tiene por qué preocuparse por todos los pormenores irrelevantes dentro del proceso que se ventila.
9. — *Claudius gaudet esse illic philologos homines, sperat futurum aliquem historiis suis locum* (V 4). Las Letras cultivadas en cierta medida son necesarias. Pero el gobernante está ante todo para el deber... Claudio sospecha que sus historias le van a dar fama de erudito en el porvenir. Se engaña, ya que lo único que le exigirá la posteridad es el cumplimiento de los deberes de la administración. La *admonitio* va claramente contra el peligro de Nerón al dejarse arrastrar por sus aficiones excesivas al arte.
10. — *Et imposuerat Herculi... nisi fuisset illic Febris, quae fano suo relicto sola cum illo uenerat* (VI 1). Los mejores testigos son los familiares y los conocidos. Aquí el testigo que orienta a los jueces es la Fiebre, que había acompañado a Claudio en toda su vida.
11. — *Claudius... oblitus nugarum intellexit neminem Romae sibi parem fuisse, illic non habere se idem gratiae* (VII 3). En Roma lo podía todo como dueño del poder, pero ante la justicia definitiva las dignidades pasadas nada significan.

- 12.— *Ante templum tuum ius dicebam totis diebus mense Iulio et Augusto* (VII 4). Un conato de soborno para defender el sistema anacrónico de las *causae continuae*, que Nerón habrá de modificar.

- 13.— *Tu scis, quantum illic miseriarum tulerim, cum causicos audirem diem et noctem... multo plus ego stercoris exhausti* (VII 5). Nerón había de mirar más por la dignidad del tribunal, al que Claudio desprestigió con su falta de sentido común.

- 14.— *Tandem Ioui uenit in mentem, priuatis intra curiam morantibus senatoribus non licere sententiam dicere nec disputare...* (IX 1). La administración de la justicia es asunto público, pero encomendada a funcionarios designados para la misma. Las personas privadas no pueden intervenir en las últimas decisiones del gobernante y del juez. En las cartas apócrifas de Pablo y de Séneca se alude a la obligación que tiene el hombre privado de retirarse una vez expuesto su parecer sobre los hechos.

- 15.— *Is multa diserte, quod in foro uiuebat, dixit, quae notarius persequi non potuit, et ideo non refero, ne aliis uerbis ponam, quae ab illo dicta sunt* (IX 2). Lo que se dice debe pasar a las actas con la mayor escrupulosidad para su estudio. Séneca advierte el peligro que existe en cambiar el sentido de los testimonios cuando no se transcriben al pie de la letra. Palabras cambiadas no hacen fe.

- 16.— *Multa dixit de magnitudine deorum... Itaque ne uidear in personam, non in rem dicere sententiam, censeo ne quis post hunc diem deus fiat...* (IX 3). La sentencia del dios Jano es una evasiva impropia de la *cognitio* que usa el método socorrido de perderse en generalidades doctrinales en vez de dar el parecer sobre el hecho personal y concreto de que se trata.

- 17.— *In hoc terra marique pacem peperit? Ideo ciuilia bella conpescui? Ideo legibus urbem fundauit, operibus ornaui...* (X 2). Las ciudades no se fundan con guerras ni con monumentos artísticos, ni siquiera con leyes, sino a base de la concordia humana.

- 18.— *Non uacat deflere publicas clades intuenti domestica mala. Itaque illa omittam, haec referam* (X 3). Augusto había hecho del Imperio un feudo personal. Los tribunales públicos, más en especial cuando los asuntos pertenecen al gobierno, han de ocuparse de los intereses del bien común y no de las aspiraciones personales.

- 19.— *Dic mihi, diue Claudii, quare quemquam ex his, quos quasque occidisti, antequam de causa cognosceres, antequam audires, damnasti? Hoc ubi fieri solet? In caelo non fit* (X 4). Lo primero y más básico de

todo derecho es oír al reo. En la justicia humana puede transgredirse esta norma, pero no en la justicia divina.

20. — *Turpius est quod nescisti quam quod occidisti* (XI 2). En efecto, es muy grave el que un juez dé una sentencia injusta, pero todavía es más vergonzoso el que dictamine sin saber lo que dice.
21. — *C. Caesarem non desiit mortuum persequi* (XI 2). El respeto a los muertos prohíbe el perseguirlos. Séneca no hubiera podido redactar esta frase si el motivo que le impulsó a componer el *Ludus* hubiera sido el vengarse de un muerto. Cf. *Epigr.* IV: *Res est sacra, miser.*
22. — *Deflete uirum quo non alius potuit citius dicere causas, una tantum parte audita, saepe ne utra. Quis nunc iudex toto lites audiet anno?* (XII 6). Los tribunales no pueden admitir torneos retóricos ni querellas turbulentas indefinidamente prolongadas. Nerón corregirá radicalmente en su *stylus curiae* el desorden de la administración del tiempo de Claudio.
23. — Los capítulos XIII y XIV contienen el sumario de la acusación, que no debe faltar antes de la sentencia.
24. — Πάντα φίλων πλήρη (XIII 6). El panfilismo en un hombre cruel es monstruoso. Séneca critica la ostentación de los *amici*.
25. — *Adparuit subito C. Caesar et petere illum in seruitutem coepit; pro-
ducit testes etc.* (XV 2). Séneca escribirá más tarde: "No hay rey que no venga de esclavos, ni esclavo que no venga de reyes" (*Epíst.* XLIV 4). Es lo que ocurre en el proceso infernal de Claudio, a quien Calígula, castigado con la *condemnatio*, encuentra en el infierno, impugnándole con los pretendidos derechos adquiridos con procedimientos crueles durante su reinado.

Los escritos de Séneca destacan en la literatura clásica por su inmensa riqueza en máximas morales. Pero ordinariamente estas máximas vienen arrojadas en metáforas y comparaciones que con frecuencia están inspiradas en principios jurídicos y en costumbres procesales. Este carácter moralizador y jurista de los escritos de Séneca ha producido en no pocos críticos la falsa impresión de que Lucio Anneo quiso pasar por un jurisconsulto romano. En realidad, Séneca poseía conocimientos jurídicos cuya profundidad y amplitud es difícil de precisar. Pero estuvo muy lejos de querer

figurar como un profesional al modo de Cayo Casio, su contemporáneo, una de las grandes eminencias del saber jurídico al comienzo de la época clásica del derecho romano. Séneca no era jurisconsulto ni quería serlo. Ya Cicerón, renunciando a figurar como jurisconsulto, pues tampoco lo era, consideraba⁸ su profesión de orador como más importante y noble que la de los juristas (cf. *De oratore* I 36, 165 y I 37, 171). Cicerón estimaba su posición en la república como muy superior a la de sus amigos jurisconsultos, el augur Q. Mucio Escévola y Servio, por la capacidad que le confería su oratoria en los asuntos políticos. La comparación entre el jurista y el hombre político resultaba mucho más positiva un siglo más tarde a favor de Séneca. Cayo Casio, el gran jurisconsulto de su tiempo, apenas tomaba la palabra en el Senado. Lo hizo de forma impresionante en el proceso seguido contra los esclavos de Pedanio Secundo, asesinado por uno de ellos. Pero su intervención, aunque resultó victoriosa, constituyó el anacronismo inmoral y vergonzoso de un profesional del Derecho, desconocedor absoluto de las exigencias de la persona humana inocente, que en este caso eran los cuatrocientos esclavos de la casa de Pedanio, condenados a muerte por el criterio estatal primitivo y feroz de Cayo Casio (Tácito, *An.* XIV 42-43). La mayoría de los votos senatoriales apoyaron la sentencia del jurisconsulto, ahogando unas *dissonae uoces* que alegaban la edad, el número y el sexo de los más como pruebas claras de su inocencia. Entre estas voces discordantes sonó probablemente la de Séneca. La multitud agolpada a la puerta del Senado trató de impedir la condena de los cuatrocientos esclavos inocentes. A Cayo Casio le apoyó con una sentencia aún más feroz Cingonio Varrón, que trataba de incluir en la lista de los reos aun a los libertos inocentes de Pedanio Secundo. Nerón se creyó en la precisión de apoyar con las armas la decisión senatorial respecto a los esclavos, pero, inspirado en sentimientos reiteradamente expuestos por Séneca en sus escritos, se opuso a la condenación de los libertos, prohibiéndola *ne mos antiquus quem misericordia non minuerat per saeuitiam intenderetur* (*An.* XIV 45, 5).

⁸ Cf. SCHULZ *Geschichte der römischen Rechtswissenschaft*, Weimar, 1961, 52-53.

Las conductas respectivas de Séneca y Cayo Casio demostraban que el gran jurisconsulto no podía ser consejero del Estado ni capaz de asesorar dignamente al príncipe en el gobierno del Imperio. Los juristas podían y debían ser escogidos como consejeros para litigios del derecho civil, ordinariamente pertenecientes al campo de la justicia conmutativa, pero no comprendían las exigencias de la persona humana en el derecho penal y mucho menos en derecho público, como podía hacerlo Séneca por su gran conocimiento de múltiples aspectos de la cultura humana. Éste es el motivo por el que pudo aconsejar al príncipe en los asuntos propios de la primera autoridad del Imperio, que no debía bajar a dirimir los litigios financieros de los ciudadanos. El *Ludus* está orientado a la administración imperial de la justicia, y esto para insistir en las líneas generales prudenciales y técnicas de la organización.

Los puntos principales de las críticas y avisos de Séneca en las veinticinco máximas que hemos escogido se reducen a varios temas especiales de la organización general. El primero es la necesidad de obtener y archivar documentos fidedignos y ricos en datos concretos y demostrativos. El segundo es la imperiosa necesidad de someter a un estudio detenido los expedientes judiciales. El tercero es el orden ejemplar que debe reinar en el proceso de las *cognitiones* con la separación de las diversas interpelaciones de demandantes y demandados en cada una de las causas y la pausa adecuada para analizar sus respectivos informes. El cuarto es la ausencia de las partes en el momento de estudiar las sentencias. El quinto, la abundancia de medios burocráticos oportunos para el proceso. Estas normas las tiene en cuenta Séneca especialmente para las *cognitiones extra ordinem* como la *causa* de Claudio, en la cual se apela o se provoca al tribunal de Júpiter, en cuya curia oficial se celebra la *cognitio causae*; Séneca prescinde intencionadamente de las *cognitiones ordinariae* de los magistrados y aun de las del mismo Senado como ajenas a la atención del César salvo en casos extraordinarios. En estos sectores de la administración ordinaria había consejeros de sobra, especialmente en el campo del derecho civil y de los procesos penales ordinarios, como acabamos de indicar. Séneca intervenía en la corte de Nerón como consejero orientador de los procedimientos generales de la admi-

nistración: sólo él podía hacerlo en su tiempo a juicio de todo el mundo, según indica Tácito en la frase conocida sobre Séneca y Burrus, a quienes la opinión pública designaba como *multarum rerum experientia cognitos* (An. XIII 6, 4).

En efecto, tal vez en todo el mundo antiguo no existió un talento más organizador y un consejero experimentado en tantos campos del saber teórico y práctico como Séneca. Por la educación recibida en casa de su padre adquirió una gran familiaridad con los oradores más prestigiosos de su tiempo en los ejercicios retóricos de las *suasoriae* y *controuersiae* relativos a asuntos jurídicos y políticos. Como humanista, Séneca destacó entre los mejores escritores de la Antigüedad: autor de una personalidad original e inconfundible, brilló tanto en la poesía epigramática y satírica como en el género más serio de la tragedia. Por su elocuencia sobresalió en tiempo de Calígula hasta el punto de provocar la envidia del emperador, que quiso condenarle a muerte. En Egipto, en el palacio de sus tíos, los gobernadores de aquella provincia, vivió muchos años en contacto íntimo con las personalidades más conspicuas de Oriente y de los negocios de aquellas partes del Imperio. Como especialista en la historia de las religiones compuso tratados notables que han llegado fragmentariamente a nosotros, lo mismo que otras obras de geografía política sobre las regiones de Oriente. Los asuntos de Occidente, especialmente de Hispania y Galia, le eran familiares por sus relaciones domésticas y por su esposa Paulina. El mundo del mar Egeo le era conocido por su trato continuo con Galión, su hermano mayor, gobernador de Acaya en los años 50/52. Los historiadores le consideran como uno de los expertos que más influyeron en la apertura de Britania al mundo romano. En filosofía se distinguió como la cabeza más potente del mundo romano, aunque, precisamente por la multiplicidad de sus conocimientos teóricoprácticos, ha dado la impresión de que aún sus doctrinas metafísicas son un aspecto de la filosofía práctica o de la moral. Séneca triunfó, además, como industrial, ya que sus fincas eran consideradas por los mejores agrónomos de la Antigüedad como ejemplares en el cultivo y la producción. En sus ratos de ocio tuvo además tiempo para cultivar la investigación estrictamente científica en sectores nada fáciles

como el de la astronomía. Se cree que fue gracias a sus consejos por lo que Nerón envió al interior de Etiopía a dos centuriones encargados de estudiar las fuentes del Nilo. El conjunto de estas cualidades excepcionales, en cada una de las cuales compite Séneca con los mejores de la Antigüedad, hacía de él un consejero excepcional dotado, además, de una sensibilidad sociológica extraordinaria que le indujo a organizar a sus propias expensas la manutención de miles de personas modestas a las que alimentaba en trescientas mesas servidas diariamente. Entre ellas debió sin duda de incluir a muchos esclavos, ya que Séneca aconsejaba como un rasgo propio del verdadero hombre el admitir a la propia mesa a los esclavos de la casa de uno.

VII

Reorganización del "stylus curiae".

Conociendo los rasgos temperamentales de Claudio y los de Nerón se hubiera podido esperar que el primero, por su afición innata al estudio y a los asuntos jurídicos y por su carácter más bien retraído y aun por su cobardía, hubiera tratado de establecer un orden meticuloso en la organización de los diversos departamentos del gobierno, y especialmente en la justicia. En cambio, de Nerón se hubiera creído que iba a prescindir de las precauciones más elementales para imponer, como Calígula, el imperio de su fuerza pasional y de sus ambiciones. No fue así, por lo menos a los comienzos del reinado de Nerón. En esta época del 54 al 62 hay que deslindar la conducta personal del príncipe de su conducta de gobernante. Por una especie de transacción tácita, Burrus y Séneca tomaron la actitud prudente de distinguir en lo posible ambos campos, privado y público, sin extremar las exigencias del aspecto moral y privado de la vida de Nerón para poder imponer, en cambio, su autoridad en los métodos de un gobierno estable y próspero. El príncipe tuvo el instinto suficiente para dejarse impresionar por la excepcional capacidad crítica y orientadora de Séneca en todos los campos del saber y de la

vida, hasta entregarse en manos de su privado en horas tan desesperadas como las que atravesó el 59, cuando asesinó a su madre.

Pero más que los reflejos instintivos de aquel episodio dramático nos importa conocer la conducta de Nerón en el gobierno ordinario bajo la influencia del maestro sobre el alumno. La eficacia del sistema de Séneca, como dice Tácito, dependía de las personas que rodeaban al príncipe, es decir, de Séneca y de Burrus. En la preparación personal de Nerón para el gobierno, la influencia de Séneca fue muy superior a la que tuvo sobre su educación moral. Muy especialmente adoptó Nerón las sugerencias del maestro en la organización de las audiencias y juicios introduciendo procedimientos de una objetividad y discreción desconocidos hasta entonces en la política de Roma. Suetonio describió en pasajes importantes la diferencia de organización del trabajo en los reinados de Claudio y de Nerón; dice así, hablando de la preparación adquirida durante la enseñanza de Séneca:

Casi desde niño cultivó todas las disciplinas liberales. Pero su madre le alejó de la filosofía advirtiéndole que ésta era ajena a un futuro gobernante. Séneca le apartó igualmente de los antiguos oradores para retenerle más tiempo admirándole a él mismo. Inclinado a la poesía, compuso versos con gusto y facilidad. No es cierto que publicara versos de otros como suyos propios, según se ha dicho. Yo he tenido en mis propias manos sus borradores con versos conocidísimos escritos de su propia mano, y fácilmente se ve que no están copiados ni transcritos al dictado de otro, sino compuestos como por quien los piensa y da a luz, pues tienen muchas tachaduras, adiciones y correcciones sobreescritas (*Ner. LII 1*).

El secreto de la organización administrativa introducida más tarde por Nerón comienza a iluminarse por esta preparación remota que Séneca habría de completar en los años siguientes con su talento organizador y experiencia planificadora. Suetonio describe de este modo la organización del trabajo en el reinado de Nerón:

Al administrar justicia no respondía a los demandantes más que al día siguiente y *per libellos*. Tomó por norma en las *cognitiones* interrumpir las acciones continuas, exigiendo que cada una

de las partes interviniera en turnos separados. Siempre que se retiraba para consultar, no deliberaba en común o en público, sino que leía en silencio y en secreto las sentencias de cada uno, y pronunciaba su sentencia propia como si fuera de la mayoría. Durante mucho tiempo no admitió en la curia a los hijos de los libertos, y retiró los honores a los que tenían concedidos por príncipes anteriores... Otorgó condecoraciones triunfales aun a sujetos del orden de los cuestores y del ecuestre, incluso sin méritos militares. En ciertos asuntos envió mensajes al Senado, no por los cuestores, sino haciéndolos leer por un cónsul (*Ner.* XV 1).

Claudio no había acertado a tomar ninguna de esas precauciones. Procedía desconcertado por el tumulto de las discusiones provocadas por los abogados rivales en las *causae continuae*. Los *causidici* le hacían juguete de todas sus impertinencias. Ocurría, según Suetonio, que “cuando Claudio se retiraba del tribunal, no sólo le llamaban a voces, sino que le retenían agarrándole del paño de la toga. Hubo litigante griego que le llamó viejo y tonto, y no faltó quien, creyéndose ofendido en su honor, le tiró a la cara el punzón con que escribía dejándole malherido” (*Claud.* XV 4). Todo este caos procesal del tiempo de Claudio terminó con las cualidades de organizador que Séneca comunicó a Nerón ya desde los catorce años.

El rasgo característico más importante de este procedimiento está en la separación de los turnos de los demandantes y demandados usada por Nerón. La novedad no era ciertamente tan radical que fuera desconocida en los tribunales romanos. En la Pasión del Señor se advierte cómo Pilatos desarrolla el examen del reo en diversos actos, incluso enviando al Señor al domicilio que tenía Herodes en Jerusalén. Más tarde, ya en tiempo de Nerón, en los tribunales de Jerusalén y de Cesarea, el tribuno Claudio Lisias y los procuradores Félix y Festo proceden en la vista de la causa con método menos atropellado que el que Suetonio atribuye a Claudio. Con todo, es una novedad importante el que Nerón aplaze de un día para otro el examen de la causa tomándose todo el tiempo necesario para estudiar en particular, *per libellos*, tanto el expediente como las sentencias de los miembros adjuntos del tribunal.

Es la forma que Séneca se imponía a sí mismo en el estudio de sus asuntos.

Con los datos de Tácito y de Suetonio concuerdan otros testimonios sobre las reformas administrativas, legislativas y judiciales introducidas en el *quinquennium Neronis* hasta el retiro de Séneca. La misma literatura cristiana, con ocasión del primer proceso paulino ante el César, da idea de la seriedad con que se procedió en la tramitación de la causa. Séneca no hubiera permitido en forma alguna que un conflicto tan complejo se hubiera resuelto atropelladamente, sobre todo tratándose de un asunto grave que le era conocido por su hermano Galión, que había intervenido en Corinto en el proceso de San Pablo ante su tribunal. La organización neroniana obligaba al reo acusado de agitador a hacer un historial minucioso de su conducta bien documentada. El apóstol pudo, desde su casa alquilada, informar sin trabas y sin prisa acerca del contenido y métodos de su apostolado a todo el pretorio, cumpliendo así el anuncio de que había de presentarse al tribunal del César. Las cartas apócrifas de Séneca y Pablo dan a entender que los informes orales alternaron con la documentación escrita del reo tal como lo requería un proceso tan nuevo e intrincado. El historiador Eusebio, al narrar las vicisitudes de los dos procesos paulinos celebrados en Roma, termina dando su impresión general de que Nerón al principio (es decir, en la época de la privanza de Séneca) se mostró más suave con la doctrina de Pablo, y en cambio más tarde, entregado a sus desafueros criminales, condenó a los apóstoles lo mismo que a otros (*Hist. Ecl.* II 22, 7).

VIII

Crítica de la reforma de Augusto

Las censuras dirigidas por Séneca contra los vicios del gobierno imperial no se refieren sólo al tiempo de Claudio. Así, por ejemplo, en el discurso inaugural de Nerón se atacaba más bien a Augusto al decir que en el palacio no se admitiría a las partes contendientes *ut clausis unam intra domum accusatoribus et reis*

paucorum potentia grassaretur (Tácito, *An.* XIII 4). Estas palabras se refieren al *consilium principis* tal como fue organizado por Augusto más que a la administración de Claudio, que ordinariamente atendió a los pleitos delante del templo de Hércules. La *potentia paucorum* era una afección que envenenaba la política romana en el seno mismo del *consilium principis*. El mal provenía de los tiempos de Octavio Augusto como tributo pesado que hubo de pagar a la amistad aparente y calculada para triunfar de sus amigos y enemigos en su carrera asombrosa de poder, de crueldad, de grandeza, de ambición y de clemencia. Ni Séneca ni nadie en Roma se atrevía a atacar directamente el nombre de Augusto, sobre todo viviendo en el palacio. Con todo, en los comienzos del reinado de Claudio, Séneca hizo de Augusto una semblanza compleja, como de hombre profundamente agitado en busca de una paz que nunca pudo poseer en su gloria (*De breuitate uitae* IV 1-6). En el *Ludus* se reconoce a Augusto como hombre egoísta que sólo piensa en sí y en su familia. No es, pues, extraño que también en el discurso inaugural se haga una crítica disimulada, pero radical, del *consilium principis*, foco de las celotipias y enemistades de la corte imperial. Séneca, pues, trata de extirpar este tumor maligno de la administración imperial mediatizada por los *amici* del príncipe.

Este tema de capital importancia ha sido agitado con criterios diversos que desfiguran a nuestro juicio el papel desempeñado por Séneca como privado o consejero de Nerón. Los estudios más importantes que conocemos son los de F. Stella Maranca, relativo sólo a Séneca y al *consilium*⁹, y una obra más extensa de J. Crook sobre la historia del *consilium* desde Augusto hasta Diocleciano¹⁰.

Stella Maranca, fundándose en el hecho de que el Senado de la Roma primitiva era, según Livio XXIII 3, 5, un cuerpo consultivo, no legislativo, deduce que, al conseguir el Senado atribuciones legislativas en el principado hubo de formarse para las funciones del antiguo Senado un nuevo cuerpo consultivo, que

⁹ MARANCA L. *Anneo Seneca nel "consilium principis"*, en *Rend. Ac. Naz. Lincei* XXXII 1923, 282-301.

¹⁰ CROOK *Consilium principis, Imperial Council and Counsellors from Augustus to Diocletian*, Cambridge, 1955.

fue el *consilium principis*. Éste asumió también atribuciones punitivas, según un pasaje de Séneca (*De clem.* I 9, 3) en el que se describe a Augusto convocando el *consilium amicorum* para vengarse de L. Cinna. Otro sector más amplio de actividades del *consilium principis*, formado principalmente entre los *amici primae admissionis*, era la aplicación de las leyes, pues, según E. Cuq¹¹, al *consilium* se le asignó en tiempo de Nerón el título de “cour régulatrice de la jurisprudence”, o, como dice Humbert¹², el oficio de un “véritable conseil de justice ou d’État au contentieux”. Para la demostración de su teoría, Stella Maranca aduce con profusión, entre otros documentos, pasajes del mismo Séneca (especialmente en *De clem.*, *De benef.*, *Epist.* y *Cons. ad Polybium*) relativos a la configuración del *consilium* de Nerón y a su actividad tanto en la administración de los negocios propios del César como en los debates del Senado. En su estudio aduce todo cuanto recogen Tácito, Suetonio y Dión sobre la intervención de Séneca en la corte de Nerón.

El profesor John Crook, en su obra general sobre el *consilium*, dedica también especial atención a Séneca como “adviser” de Nerón. A su juicio, el trabajo de Stella Maranca es una contribución de modesta importancia para el tema, parte por la idea errada de Stella Maranca sobre el *consilium*, pues lo considera como más formal y permanente de lo que era en realidad, y parte también por culpa de Séneca. En las alusiones de éste no se halla lo más significativo en el conocimiento que tuviera del *consilium*, sino en la escasez y rareza de las citas dedicadas al *consilium principis*. Séneca, en realidad, apenas ilumina la naturaleza del *consilium*. Después de llamar la atención sobre esta penuria de datos acerca del *consilium* en las obras de Séneca, Crook recoge sus pasajes principales alusivos al tema y los episodios narrados por los historiadores sobre las relaciones de Séneca con el *consilium*, que fundamentalmente son los debates senatoriales en que intervino o se supone que intervino el filósofo.

¹¹ CUQ *Le conseil des empereurs d'Auguste à Diocletien*, París, 1884, 314.

¹² HUMBERT s. v. *Consilium principis* en DAREMBERG-SAGLIO *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, I 2, París, 1887, 1452-1453.

La refutación que el profesor Crook hace del trabajo de Stella Maranca parece justa, pero no explica en forma satisfactoria el porqué del relativo silencio de Séneca sobre el *consilium principis* ni su actividad como consejero de Nerón. Los episodios de Tácito sobre los *amici* en el reinado de éste se pueden explicar entendiendo el término *amicus* en su sentido vulgar. Las actividades de Séneca en el Senado no tienen relación con su amistad con el príncipe ni con su carácter de consejero imperial. En la *Apocolocyntosis* se describen las relaciones entre Claudio y sus *amici* con un criterio muy peyorativo. Entre las acusaciones de Publio Silio contra Séneca, la más grave es que éste era *infensus amicis Claudii*. La acusación induciría a creer que tampoco tuvo gran estima de las relaciones de Nerón con otros *amici* fuera de Burrus. Tales datos podrían ser sintomáticos de la mala opinión de Séneca sobre la institución o cuasi institución de los *amici* y del *consilium principis* como un engranaje inútil y mal acoplable a la organización del Imperio. Este punto nos parece de importancia para conocer el criterio que tuvo Séneca de la organización imperial en su puesto privilegiado como consejero de Nerón.

En efecto, no es creíble que Séneca desconociera el papel desempeñado por los *amici* y el *consilium principis*. La corta historia del Imperio le era perfectamente conocida no sólo por el contacto que mantuvo con la corte imperial desde joven, sino también por la narración de las guerras civiles y de la política posterior redactada por su padre y preparada para la publicación por el mismo Lucio Anneo. Además, su experiencia personal de los *amici* tanto de Claudio como de Nerón fue muy desfavorable. Los grupos amicales que rodearon a ambos emperadores fueron corrompiendo el ambiente romano. La pérdida del valimiento de Nerón la sufrió Séneca por los manejos e intrigas de los *amici Caesaris* indeseables que fueron minando cada vez más las relaciones del emperador con los dos ministros del *quinquennium* en los años de la mayor prosperidad conocida por el Imperio. Tácito refiere la campaña insidiosa de los amigos disolutos, a quienes la autoridad del consejero genial e incomparable se les hacía pesada por sus mismos méritos. De ahí las insinuaciones a Nerón para que no permitiera que nadie le oscureciera en su gloria y en su poder, como si todavía fuera

un niño incapaz de regir el Imperio (*An. XIV 52*). Séneca examinó más tarde la *amicitia* oficial, tanto en la historia como en la propia experiencia, extrayendo la conclusión de que quien les considerase verdaderos amigos no tenía noción de la amistad:

No sabes cuál es el precio de la amistad si no comprendes que a quien le das un verdadero amigo le das algo que no sólo es cosa rara en las casas, sino aun en los siglos, tanto más escaso cuanto se le cree más abundante. ¿Cómo? ¿Crees que son amigos esos que no caben en los *nomenclatores* ni en la memoria ni en las manos? No son amigos los que en grupo tocan a la puerta y están apuntados en la primera o en la segunda admisión (*De benef. VI 33, 4*).

Hay quien considera como una característica propia del Imperio esa organización de *amici* de primer orden, que entraban en el *consilium principis*, y *amici* de segundo orden o *secundae admissionis*. También en tiempo de Séneca, según parece, corría esa opinión. Pero el filósofo la ridiculiza creyendo que se trataba de una costumbre antigua de las cortes orientales establecida en Roma ya en época de Graco:

Es costumbre antigua de reyes y de quienes tratan de pasar por tales la de tener masas de amigos. Es rasgo de soberbia cotizar muy alto la entrada o el tocar la puerta de entrada, y estimar como gran honor el sentarte junto a la puerta para poner el primero el pie en casa, que tiene además otras muchas puertas interiores que excluyen aun a los admitidos. Entre nosotros fueron los primeros Graco y después Livio Druso en establecer la separación de las turbas, admitiendo a unos en secreto, a algunos con otros y a los demás en montón. Así tenían amigos primeros y segundos, pero no verdaderos... Al amigo se le tiene en el pecho, no en el patio (*De benef. VI 34, 1-5*).

Este análisis psicológico de la amistad oficial envuelve una reprobación terminante del *consilium principis* como organismo híbrido medio político, medio social, acoplado por Augusto a su propia casa y al Senado. El primer emperador se hubo de quejar amargamente de que sus *amici* le ocultaban las verdades menos agradables y más necesarias. Lo que había ocurrido a principios de siglo a Augusto se repetía con mucho más descaro en la corte de

Nerón desde el 63. Pero la crítica de Séneca no podía ser más explícita sin exacerbar la hostilidad de los *amici* omnipotentes Popea, Tigelino y el grupo de los homosexuales Faón, Esporo y Epafrodito. No hacían falta ojos de lince para presentir las postrimerías caóticas de aquella farsa. Pero si el análisis psicológico de aquel *consilium* absurdo resultaba manifiesto a todo el mundo, no todos podían comprender por qué el *consilium principis* integrado por *amici* tenía que ser por su misma naturaleza una pieza inajustable en el engranaje del Imperio.

Séneca aplicaba a la sociedad y al Estado las leyes metafísicas de la amistad y de la *fides celtibera* basadas necesariamente en una moralidad universal e inmutable. Por su falta de moralidad básica, el *consilium principis* amical no podía encajar como organismo institucional ni siquiera como estructura administrativa al servicio del príncipe, y tampoco podía ser una comisión especial dentro del Senado, o un organismo intermedio entre el príncipe y el Senado. Al revestir en sí la autoridad suprema, el *princeps* era la representación participada de la divinidad en el gobierno del mundo. Se le debía una fidelidad absoluta no por los intereses particulares del *consilium amicorum*, que era necesariamente partidista, sino por exigencias superiores de orden jurídico y moral. Los consejeros o ministros de la primera autoridad del Estado no han de actuar como servidores o amigos de su señor, sino como cooperadores en el ordenamiento universal objetivo y verdadero de la sociedad humana. Así lo comprendió Séneca en su misión de consejero. No entró en el círculo de Nerón como amigo de Agripina o de Claudio, sino como maestro responsable de la educación del joven príncipe. Al ocupar éste el trono imperial, tampoco debía actuar Séneca como amigo y copartícipe en el mando, sino como el *rector iuventutis* o director competente y fiel de su alumno. El *consilium principis* no podía ser una Peña amical en torno al emperador.

Tampoco tenía sentido como comisión senatorial integrada por los *amici* del emperador para asegurar a Augusto y a sus sucesores el control del Senado, que debía constituir el prototipo de las instituciones sociales al servicio del bien común. La actuación de Séneca en el Senado es poco conocida. Se supone que intervino

conforme a sus sentimientos, ganando o perdiendo las batallas según estaba la Cámara preparada para una labor legislativa, judicial o administrativa conforme a los ideales filosóficos de Séneca. En su privanza imperial, Lucio Anneo es el consejero técnico del príncipe en una época de reformas trascendentales del Imperio romano y del mundo, pero técnico políticomoral, no jurisconsulto. Publio Suilio le acusaba de actuar como un virtuoso de aquella abogacía a la que Fritz Schulz no quiere atribuir la posesión de la ciencia y del derecho ¹³.

Ya hemos visto cómo en tiempo de Séneca los juristas, como Casio, apenas intervenían en la vida del Imperio. Sólo más tarde, al intervenir en las actividades burocráticas del Estado, se acercarían en el siglo II a cierta afinidad con el espíritu racional y organizador que inspiró la política de Séneca. Pero el *consilium* del siglo II ya no sería un *consilium amicorum*, sino una función profesional al servicio del Estado. Ésta es la reforma profunda iniciada a nuestro juicio por Séneca como consejero de Nerón. De establecer una comparación, tal vez podría verse en el esquema estatal de Séneca una anticipación de las monarquías medievales o renacentistas, donde el monarca, asistido por algún privado profesional o por comisiones de técnicos, no precisamente amigos, gobernaba los pueblos juntamente con las Cortes, como ocurría en Castilla o en Aragón. Pero estas comisiones, lo mismo que las Cortes, estaban integradas por caballeros que, antes que amigos del monarca, debían ser consejeros dotados de un sentido insobornable de responsabilidad como lo fue Séneca.

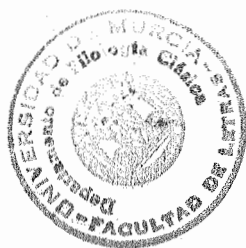
Tal es en forma esquemática la hoja de servicios del consejero Séneca, muerto en cumplimiento del deber. Algunos críticos, como Agripina, Nerón y Popea, le juzgaron falto del espíritu servil, adulator y pronto a la complicidad que era necesario para medrar en la Corte. Otros, en cambio, nos vemos obligados por los hechos a aplicarle, como elegía o como epitafio, el juicio medieval: "¡Qué buen vassallo si oviesse buen señore!"

¹³ SCHULZ o. c. 50.

Tras las intervenciones del Sr. Calonge, que presentó a los asistentes una recapitulación de las tareas del coloquio sobre Didáctica, y del Sr. Rodríguez Adrados, que evocó los momentos culminantes del Congreso y se congratuló de los resultados obtenidos, el Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Media cerró el acto con un vibrante discurso en que puso de relieve la apasionante actualidad de los fundamentos clásicos para el pensamiento de Occidente y aseguró a los asistentes la elevada consideración en que tanto el Excmo. Sr. Ministro como él tienen a la presencia de los estudios helénicos y latinos en la Enseñanza Media.

A continuación, declaró clausurado el Tercer Congreso Español de Estudios Clásicos.

PONENCIAS



LA TRADUCCIÓN DE LAS LENGUAS CLÁSICAS AL ESPAÑOL COMO PROBLEMA

Ponente: D. José S. Lasso de la Vega

Presidentes: D. José Alsina

Prof. Eugenio Coseriu

D. David Gonzalo Maeso

D. Sebastián Mariner

Prof. André Rivier

D. Francisco Rodríguez Adrados

29 de marzo de 1966.



Precauciones antes de hablar

Si lo que voy a ofrecer a ustedes hoy fuesen unas *Reglas y consejos para el probo traductor del griego y latín* podría mi designio realizarse, más o menos pulcramente, en el tiempo —bien poco menos de una hora— que presumo va a durar este discurso mío. Quiero decir, en fin y por lo pronto, que, sin que yo me desdeñe de los recetarios, es un hecho que mi modo de ser intelectual me los veda. Ello es que esto que voy a ofrecer a ustedes es todo lo contrario de un manojo de reglas del arte traductoria. Voy a pasar por el trance de arriesgar una doctrina a carta cabal, con todas las de la ley. El propósito implica sus exigencias comprometedoras para mí y para ustedes; también, ni que decir tiene, todos los peligros y pretensiones que cualquier ejercicio de probidad intelectual necesariamente lleva asidos.

Las recetas andan sueltas a voleo y se enjaretan sin compromiso, al acaso y sin mucho hilo. Se estiran a voluntad o se contraen adonde el albedrío nos solicita. Se ensantan sin más cuerda que la de nuestro antojo. Quedamos en franquía para dejar de formular ésta o aquélla o para formularlas de prisa y corriendo y al paso que mejor nos acomoda, para profundizar supererogativamente en ellas según nuestro propio régimen. Los motivos de su selección el autor no los declara ni hay para qué los declare, ni por qué secretas químicas se pronuncia o despronuncia así o así. Podemos entresacar, remachar, poner en su punto esta o esotra fórmula, o podemos simplemente poner algunos puntos sobre algunas íes. Escribimos con más despacio y doctrina sobre tal o cual ingrediente

adjetivo —secundario o terciario— y concedemos a otro —de primer rango— la carantoña fugaz, a todo vapor, de la alusión. Todo ello, según nos viene en voluntad y, por tanto, pudiendo someterlo sin mengua a la medida del tiempo que para hablar nos es otorgado. Hay muy distinto proceder con la doctrina. Ella es, por lo mismo de serlo, sobremodo díscola con las amputaciones y exige inexorablemente una cierta duración para ser exgurgitada. Bien se me alcanza que, en el caso presente, la desproporción entre lo que fuera preciso decir para declarar totalitariamente la doctrina y el tiempo de que dispongo, severamente tasado, resulta extrema. Me encuentro, pues, en el frontis de este discurso ante la forzosidad de advertir taxativamente, honestamente, que el texto que voy a leerles ha sido, bien a pesar mío, más y más solícitamente exonerado de todo aquello que precede y sigue a la doctrina, o dígase, de sus demostraciones previas y de sus desarrollos o aplicaciones a ejemplos concretos. Lo siento de todas veras.

En estos últimos meses, ante una audiencia recogida de colaboradores inmediatos, vengo explayando latamente y sin agobio —“no se ganó Zamora en un ahora”— aquellas demostraciones. Excurionando circunstanciadamente por muestras concretas —de diversa catadura— de entender la traducción de los clásicos en nuestra lengua o en otras, las venimos sometiendo al escalpelo de un comentario apurado. Sin lastre ahora ni matalotaje para ello y no queriendo yo hacer un libro de un discurso, he debido renunciar a toda prolijidad y menudencia. Pertenece a la verdad del caso que confiese que tal operación de poda me es a dos trances: me enfada y, todo a la vez, me alivia y socorre. No pretendo censurar, desairar, formar a nadie un catálogo de culpas, ni enmendar la plana a mis paisanos sacando a la vergüenza, de público y a tambor batiente, los deslices gordos o pequeñuelos de las piezas de su labor. Buscándoselos refinadamente no pretendo ponerlos como un trapo para humillarlos y deprimirlos¹. No quiero darme pisto poniéndolos en solfa ni zarandeándolos. Yo también, en mis horas de contrición y modestia, me cuento entre los merecedores de algún

¹ En una palabra, que no es mi intento repetir la operación que, en un campo distinto (traducciones del francés al alemán), practica WIDMER *Fug und Unfug des Uebersetzens*, Colonia, 1959, 46 ss.

que otro pescozón. Busco adrede caracterizar, es decir, señalar la situación y graduar la fisonomía de esos traslados en el cuadro de las diferentes posibilidades del arte traductor. Pero vele aquí que, de tanto en tanto, la censura sale a relucir y un cierto vapuleo asoma por el escotillón. Desuncidos quedan ahora estos pliegos, escamondados de tales botones de muestra. No es que no me arreste yo, si se tercia el caso, a compromisos ingratos y me retraiga por cálculo de dar mi parecer —bombo o palo— para no exponerme a incomodos y resquemores. Es que hacer asiento, no del todo sino muy a cuartas, sobre tales comentarios requeriría, calculo, de cuatro veces el tiempo que para conferenciar me ha sido ahora concedido.

Así, pues, no se asusten. Ésta es la composición de lugar que me he hecho: enfilaré el asunto ofreciéndoles solamente un breve enjambre de tesis y las estudiaré con la menor congestión posible de datos por si alguna de ellas puede servir a ustedes de algo. No las tomen como una serie de problemas insuficientemente problematizados, como un rosario de discreteos fortuitos y desperdigados o de cuestiones que están aún a la expectativa de su ordenación. Creo tenerlas ya ordenadas; pero voy a presentarlas renunciando siempre a las tecnuerías de su demostración y casi siempre a un buen golpe de sus desarrollos, cosas entrambas de las cuales justamente benefician y toman todo su jugo. Muñón desgajado de su cuerpo, endeblecida de datos muy valederos, ello dará a mi exposición un aire abstracto, un tonillo magistral y decisivo que no me favorece. Y, sin embargo, ni por asomo quiero echármelas de maestro. Estas páginas nacen sin huellas magistrales ni resabios de insolencia. Tómense como confesiones y no como dogmatismos.

En fin, que tienen ustedes que fiarme su confianza, no para creer a pie juntillas cuanto yo estoy por decir y sostener, sino de que tengo, aunque queden tácitos, mis motivos —acaso atendibles, respetables— para pensar así. Razones puntuales que, si ahora taciurnas, quizá abran luego la boca cuando estos papeles —medidos hoy por el tictac impasible del minuterero que corre a todo correr— pasen de las linotipias a las *Actas* de este Congreso, el tercero de los que, con su ritmo lustral, nos ha ido reuniendo y purificándonos un poco. Tal vez entonces, si el tiempo y la ocasión son propicios,

solvente mi deuda y haga colgar de cada tesis la discusión y corollario que venga más a pelo. Puede que, de entre las ejemplificaciones propísimas, dé suelta entonces a alguna que ahora secuestro y la veamos en letra de molde. Podrán ustedes, con mayor conocimiento de causa, aquiescer a ellas o rechazarlas. También me gustaría adjuntar a lo aquí leído, como contera y remate, un apéndice más documentado que aborde la aplicación de estas tesis a los problemas que la traducción al español de unos textos, ejemplares también para estos fines, nos plantea: los poemas homéricos. Aunque quizá la complicación aberrada del asunto no se avenga a quedar para lo último de esta exposición, en el furgón de cola de unos apéndices, y exija, para ser sondada, espacio de más momento, lugar de mejor ocasión. En el entretanto tenga el señor oyente por dicho que estoy incondicionalmente a su disposición para rendirle cuanta mejoración, datos e ilustraciones sobre lo ahora sustentado de mí requiriere. Demos, pues, punto aquí a estas palabras urgidas del preámbulo y entremos a hablar de la doctrina.

La traducción en presente y en pretérito

¿Cómo, cuándo y por qué viven las obras literarias? Nacidas de una vivencia, viven en tanto que son vividas. Perpetúase en ellas una vivencia a la que el poeta ha dado forma. El instante se torna duración a través de los años y de los años, a lo largo de las generaciones; lo pasajero se dilata por toda la prolongación de los tiempos. Están entre la vida y la muerte. Lo inmortal debe ser vivido para ser no sólo inmortal, sino también vivo, para asumir propiedades de carne y sangre. Cuando ya nadie hay que lo viva, huye para nunca volver, se escapa de la vida hacia la inmortalidad. Pero si lo inmortal necesita de quien lo viva para vivir, ¿por razón de qué el viviente busca lo inmortal? Porque él mismo es mortal, aspira a hacerse inmortal, a infinitarse, y, a su manera, puede llegar a serlo cuando vive verdaderamente algo grande que actúa sobre él y le acrecienta. Aunque no alcance la región de lo inmortal, aunque ésta no le sea conseguidera, su vida se avalora y ennoblece. Por eso ha escrito Nietzsche que el hombre para ser grande “ha

de colocarse verazmente, realmente, en relación con todo lo grande". En la obra literaria, hija de un padre poeta y de la lengua su madre, el artista ejercita su derecho a exorcizar la grandeza por y en la lengua. Esa obra entonces "vital nutrimento lascerà poi quando sarà digesta". Mas ¿cómo se digiere una obra literaria? De los dogmas de la religión decía Hobbes que deben tomarse para la cura del alma mismamente como las píldoras del galeno para la cura del cuerpo: enteras y no a menuzas. Las obras literarias actúan como dogmas: hay que aceptarlas enteras, maceradas en nuestra propia sangre, o enteras rechazarlas. Un verso es parte del todo; pero el todo es la suma de todas, absolutamente todas las piececillas, sus palabras. Con esas palabras tomamos contacto de diversas maneras²: oyéndolas, leyéndolas y recitándolas, copiándolas por escrito, aprendiéndolas de memoria, interpretándolas y, vamos al decir nuestro tema, traduciéndolas.

¿Qué es la traducción? ¿Cuál es su naturaleza y fundamento y hasta dónde se extiende eventualmente su validez? ¿Es la traducción un contacto cultural que afecta a toda una nación enfronada con otra? ¿Es simple reacción y careo de un poeta ante otro poeta? ¿Resucita en la traducción, copiante servil, una postura vital obediente a la tradición que el original representa? ¿Es desfiguración de la obra extraña, antigua, bajo la impresión de nuestra propia modalidad moderna? ¿Es tuerta o derecha la traducción que reconoce o la que ignora la diferencia entre las lenguas? ¿Despierta el texto traducido y llega a su propia manera, a un sentido plenario que nunca de antes poseyó, de suerte que por la traducción se potencia a sus posibilidades máximas? ¿Cuáles son las relaciones entre traducción e interpretación, hasta qué punto se identifican y dónde empiezan, con respecto a la interpretación, los derechos insobornables de la traducción? Éstas deberían ser algunas —sólo algunas— de las cuestiones a espumar de entre todo un avispero temático. No ando yo tan desapercibido como para no notar que éstos son temas demasiado elevados para tratarlos de mogollón. Tampoco son cuestiones episódicas que podamos orillar, sino que constituyen el horizonte mismo en que se sitúa nuestro tema. Pero conste de

² Cf. BOEHRINGER *Das Leben von Gedichten*, Breslau, 1955³.

introito que yo quiero hablarles de la traducción literaria, de un fenómeno que pertenece no tanto a la lingüística o a la antropología —las clásicas o las estructurales—, o a la psicología y sociología³ cuanto a la literatura. La literatura empieza allí donde de la lengua se desatan fuerzas de que no requerimos como simples medios de comunicación y que, incluso cuando sirven a esos fines, los sirven lo preciso para sobrepasarlos luego por la libertad del arte. El arte, comprometido con unos fines, supera, al tiempo mismo, esos fines a los que sirve. A la traducción literaria le afectan, sin embargo, y del modo más crudo, los peligros que surten de las fronteras internas y líneas divisorias entre las lenguas. Cuanto más sutil sea y más altaneras sus miras, tanto más —y en los más de los respectivos— sufre esas limitaciones y, en verdad, las sufre poéticamente, pues pretende nada menos que, al consustantivarse con el original, conquistar su propia plenitud. De esta hecha aquellas limitaciones la estorban siempre; pero siempre también la acucia la necesidad irreprimible de acercarse más y más al original. No puede —¿cómo iba a poder?— saltar por encima de la imposibilidad objetiva de la traducción, que entre dos lenguas se interyecta, y, sin embargo, no quiere ni sabe ni puede dejar de aplicarse al empeño ilusionado, ilusorio, de la traducción.

Las cuestiones con que aquí nos las habemos no han recibido, no reciben, ciertamente respuestas dadas de una vez para siempre. Al par y al paso de los tiempos se plantean constantemente a nuestra reflexión como una tarea a cuya realización debemos siempre remitirnos. No es un azar que las respuestas más explícitas, discre-

³ De entre la literatura más reciente destaco, sin vacilar un amén, dos estudios a todo trapo en los que arde un cuarto de siglo de fatigas de la Lingüística, estructural y antropológica respectivamente, sobre el problema de la traducción: MOUNIN *Les problèmes théoriques de la traduction*, París, 1963, y NIDA *Toward a Science of Translating*, Leiden, 1964 (con nutrida bibliografía). Una excelente sistematización de los problemas lingüísticos, no sólo prácticos, de la traducción encuentro en la disertación de JUMPELT *Die Uebersetzung naturwissenschaftlicher und technischer Literatur*, Berlín, 1961. Algo inferior me parece la parte lingüística del libro de FEDOROV *Vvedenie v teoriju perevoda*, Moscú, 1958², si bien, entre la bibliografía soviética más reciente, se cuentan libros excelentes: el volumen colectivo *Masterstvo perevoda*, Moscú, 1959; la antología *Russkie pisately o perevode*, Leningrado, 1960; y el coloquio *Teorija i kritika perevoda* (ed. por B. A. Larin), Leningrado, 1962.

pantes en varias parcialidades, han sido formuladas en los tres momentos críticos que conoce la historia de la tradición clásica en Occidente: el humanismo romano, cristianizado luego; el humanismo renacentista que incoa los tiempos nuevos; y el nuevo humanismo que da paso a la edad contemporánea⁴.

Los griegos no tradujeron. Los romanos, sí, espoleados en la poesía y aguijados en la filosofía por la escuela de los griegos. No es menester quebrarse de sutil para percibir, al primer nacer panorámico de una mirada curiosa, un achaque común, que pocos omiten, en la idea que de la traducción se hicieron romanos y renacentistas. Es ello cosa aparente y que salta por los ojos. La traducción es⁵ un palenque de duelo, parto de la lucha —*certamen atque aemulatio*— en que se echan a pelear, de solo a solo y cuerpo a cuerpo, traductor y original. Es en éste grito de vencido y en aquél canto de victoria y todopoderío. Señoreando, mandoneando libremente sobre el original, sojuzgándolo, la traducción enriquece la lengua vernácula. Estas trazas muy aparentes de imperatividad y de aumento o enriquecimiento quedan siempre al descubierto. Entre original y traducción se interpone indefectiblemente un cristal de aumento. “Cuando se traduce, se conquista”; pero hay modos y modos de conquista. La conquista en fuerza de mañas y la conquista merced a mañas de fuerza. La más segura es quizá la que se paga al precio de la propia fidelidad. No es ésta la que atrae a Cicerón⁶ cuando comenta sus versiones demosténicas y dice aquellas cosas: “Traduzco los pensamientos; pero sus formas o, como podría también decirse, sus figuras, las traslado en una lengua ajustada a nuestra costumbre (*uerbis ad nostram consuetudinem aptis*). Por eso no he traducido palabra por palabra, sino más bien el

⁴ Sobre todo esto véanse entre otros: AMOS *Early Theories of Translation*, Nueva York, 1920; HECK *Uebersetzungsprobleme im frühen Mittelalter*, Tubinga, 1931; LARWILL *La théorie de la traduction au début de la Renaissance*, Munich, 1934; SCHWARTZ *Theory of Translation in Sixteenth Century Germany*, en *Modern Lang. Rev.* XL 1945, 289-299; FRAENZEL *Geschichte des Uebersetzens im 18. Jahrhundert*, Leipzig, 1914; DRAPER *The Theory of Translation in the Eighteenth Century*, en *Neophilologus* VI 1921, 241-254; WEST *La théorie de la traduction au XVIII^e siècle*, en *Rev. Litt. Comp.* XII 1932, 330-355.

⁵ Quintiliano X 5, 4.

⁶ *De optimo genere oratorum* 5.

estilo general (*genus*) y el sentido (*uim*) de las palabras extranjeras". San Jerónimo descubre la oreja más francamente y dice⁷ aquellas otras cosas: "El traductor traslada a su propia lengua el sentido de la extraña como si ésta fuera un prisionero (*quasi captiuos sensus*) con el derecho del vencedor (*iure uictoris*)". La famosa epístola de Lutero sobre la traducción⁸ observa la misma pragmática: de paso que cree que pesa sobre él la sublime misión de restaurar la Escritura, en lo cual bien puede tener razón, no le arredran, convencido de que está en posesión de la llave de su sentido, las infidelidades a la letra, en lo cual bien pudiera no tenerla. Podríamos multiplicar las citas. Un prólogo del propio autor es cosa que siempre sobra. Un prólogo galeato del traductor no puede faltar nunca. En numerosa ringla, y con unos u otros términos, confiesan estos traductores su ideal de fidelidad —relativa fidelidad— al sentido, pero de absoluta libertad en la forma.

Traducción y tradición

Pero ¿se compadece, según buena filosofía, con la idea misma de la traducción una libertad así entendida? Si buscamos los elementos constitutivos de la idea de traducción tal y como vive en el uso corriente de la lengua y del pensamiento, advertimos que lo primero que nos ocurre, a la primera oída de esta palabra, es pensar, cuando menos, en dos cosas o sujetos: una que transmite y otra a la que algo se transmite. La relación entre los dos sujetos en presencia en el acto de la traducción no es, evidentemente, recíproca. No se trata de una discusión, de una búsqueda en común, de un diálogo. No es *stricto sensu* un diálogo. No: uno habla, el otro escucha y repite. Por naturalidad su estructura es morfológicamente disímil de aquella de las discusiones entre Sócrates y sus amigos y adversarios. Allí, a despecho de sus diferencias de nivel, todos hablan en un mismo plano, dan y, todo a la vez, reci-

⁷ *Ep. ad Pammachium de optimo genere interpretandi.*

⁸ *Sendbrief vom Dolmetschen.* Puede verse en la edición separada de K. Bischoff, que recoge los demás textos de Lutero sobre el particular (Tübinga, 1965²).

ben algo. Aquí no hay diálogo, sino transmisión. La traducción es repetición, eco y resonancia, desdoblamiento misterioso. Es arte de reflejo en que se retrata y duplica el original. Su naturaleza es reflexiva, no inspirada.

Además, en nuestro caso específico, se asienta concisamente otro distingo y contraste: la sucesión en el tiempo. Ciertamente que el cambio en doble sentido que en el diálogo acaece, ocurre también en el tiempo. La respuesta es siempre posterior a la pregunta, la réplica viene después de la objeción. Pero cuando dos hombres hablan el uno con el otro, cada uno piensa al otro como siéndole simultáneo cualesquiera sean los desniveles —edad, autoridad— que entre ellos se interfieran. La traducción, nuestra traducción, no tiene lugar en la simultaneidad. El que la recibe, la recibe como un sucesor, un hijo, un discípulo, un heredero que la recibe para sí y, acaso, para la generación futura. Todo esto es de una perogrullería chillante; pero no es ocioso comenzar por recordarlo.

Muy dados al juego etimológico —cascanueces que rompe la costra tópica de los vocablos para descubrir su almendra— decimos que en la traducción es residente un *trans* que está netamente articulado en el verbo *transmitir*, en el sustantivo *tradición*. Cuando un sabio comunica a sus discípulos sus propios descubrimientos o un poeta a su público sus propias vivencias, no traduce: enseña, crea. O se traduce o se crea. El imperativo es crucial: o a derecha o a izquierda. El tercio está excluido. La idea completa de la traducción no se realiza más que cuando comunicamos algo que hemos recibido. “Yo he recibido lo que os he transmitido”, ἐγὼ γὰρ παρέλαβον... ὃ καὶ παρέδωκα ὑμῖν; *quod a patribus acceperunt, hoc filiis tradiderunt*. En frases de este género —la primera es de San Pablo, la segunda de San Agustín— se hace patente la estructura interna del acto por el cual se transmite la tradición. Y en nuestro caso —humanistas clásicos—, la traducción ejerce su benéfico ministerio en cuanto que es el acueducto y pasarela inevitable de nuestra tradición.

Representaciones y términos capitales, capitalísimos, que han estado, tiempo y tiempo, asociados al concepto de tradición se abarcan precisivamente en el de traducción. La idea de conservar aquello que se transmite, puro, nada omitido, nada añadido. La idea de

tesoro, de depósito inviolable sustraído a la jurisdicción de su depositario y guardián. En tercer lugar, el recuerdo “virtud teologal, do germina y arranca a volar la esperanza”. La urgencia vital de la traducción le viene de que el hombre, dicho platónicamente, tiene más o tanta necesidad de recordar —recordar es traer de nuevo al corazón— que de aprender.

Estamos dando sobre nuestro tema los primeros golpes de arco y ya han percibido ustedes, a juego limpio, mi melodía. Se arrola y va autorizada por todo un coro de voces que, cuando en Europa se despertaba el sentido histórico y la tolerancia cultural, pregonaron de consuno, como prima condición del traducir, el respeto y la fidelidad al original. En la cofradía de esas voces, y no unas cualesquiera, nos alistamos. Por una feliz revolución y trastorno, la traducción tomó entonces nuevo giro. Traducir es un *ir hacia* el original, un ir al otro lado, hacia lo extraño por mor de lo extraño. Enderezada, empero, la traducción hacia fines muy diferentes de la conquista del original *iure uictoris*, su dignidad no se amengua. Acaso, o sin acaso, se enaltece. Pues también mediante esta aproximación fiel, transidos del original, puede conseguirse un *trans-ir*, un *ir sobre*, transición y tránsito más allá de nosotros mismos. Mal haría quien juzgara ser esto no más que un juego de palabras mío. La influencia fecunda siempre ha consistido en la revelación, repentina o gradual, de la propia genialidad creativa por virtud de la claridad que se desprende y recibe de un gran modelo ajeno. Es la influencia, de una parte, del que la ejerce, magisterio, y de otra parte, del que la recibe, herencia. El resultado es, acaso, la originalidad. En ese *ir por* puede estar nuestro *por-venir*. En la fidelidad más estricta puede nacernos, en nuestro y desde nuestro hoy, nuestra libertad mejor.

Por donde en la fidelidad viene a dar la traducción como en su centro. Pero ¿de qué grado y de qué especie ha de ser la preservación, o la renovación, del original con los medios de la propia lengua? Bien examinada, esta demanda carece de razonable fundamento y, sin embargo, sobre este punto cada traductor piensa a su modo y a su modo ha pensado cada época. La relación espiritual que une al individuo o al espíritu de la época con el original opta siempre al predicamento de fidelidad, se epitetiza de fiel. La tra-

ducción infiel a la forma lo es a nombre de la fidelidad al contenido. Las “bellas infieles” al sentido —malhechores de alta guía— no se confiesan justiciables del crimen que cometen: el pasaporte y cédula clásicos en que, en normalidad, se escudan es su sedicente fidelidad a la forma. Es aquí donde se origina cabalmente nuestra problemática y es aquí donde, sin más dilación, debemos definir lo que entendemos por fidelidad en la traducción, darle contorno, perfil y límite y declarar hacia qué hito apunta y tiende.

“Non ut interpres sed ut orator?”

El lema, malditísimamente repetido, “el autor traducido debe hablarnos como, de ser español, habría hablado a españoles de nuestra época” es, al ver de algunos, el ápice mismo de la fidelidad cumplida. Luego de sacudírseos con semejante tontería, exceptúan expresamente que cualquier traductor pueda traducir a cualquier autor e instan de la traducción la congenialidad entre el traductor y su época y el autor y la suya. A esta manera de traducción —traducir “por la idea”— llamaba Goethe “paródica” perspicuamente⁹ “en tanto pretende sólo apropiarse el sentido ajeno y volver a expresarlo con los propios medios”. A todos nos son familiares ejemplos —ciudadanos o ilotas en nuestra república literaria— de este género de traducción. Pueden aspirar a un lugar en nuestra literatura si el traductor lo merece personalmente como artista. En la historia de la literatura griega o latina no ocupan, por supuesto, lugar alguno. Pues no son fieles al original e intentan suplantarlos. Fuerzan al autor traducido a venir y a vivir con nosotros y, si dicen preservar la individualidad del autor, es a costa de sus cualidades nacionales. Con lo cual dicho se está que tampoco aquella individualidad se salva.

Olvidan esas traducciones histrionisas las conexiones secretas, necesarias, que ocurren entre individuo y nación. Ignoran que la vida de la lengua no otra cosa es que acción y fecundación mutua entre el espíritu de la nación y el del individuo, que la obra lin-

⁹ *Noten und Abhandlungen zu bessern Verständnis des west-östlichen Divan.*

güística es hija de verdadera generación sexuada. El individuo configura sus pensamientos propios bajo la presión coactiva, inevitable, temible, de su lengua. Su pensamiento se elabora constantemente sobre el pormenor lingüístico. Está con él concordado íntima y espiritualmente. Que el traductor debe escribir como lo habría hecho el autor del original en nuestra lengua, “decir a la española y en estilo de nuestro siglo”, es —escribe Humboldt¹⁰— “un pensamiento que pasa por alto que, cuando no se habla sólo de hechos y de ciencia, ningún escritor habría podido escribir lo mismo de la misma manera en otra lengua”.

En el corro literario tienen derecho a acogerse los ejercicios formales de destreza y virtuosismo, las imitaciones, las paráfrasis y las metáfrasis, las versiones meramente informativas para el gasto diario, las traslaciones auxiliares —inamenas o peripuestas— en página frontera al original, las versiones de clase —“ejercicios para cinco dedos” cuando no castigo de forzados y trabajo de galeras— “ed altri tali”. Serán remedos de mediano valer y poco fuste o serán modos nobilísimos de gestación literaria. Lo que no son, son traducciones, ni Cristo que lo fundó. Otros son sus fines, otra su actitud, otros sus medios. Ostentan su infidelidad ya a las claras ya a las oscuras, ya al desnudo ya con hoja de parra. Las adaptaciones, arreglos y refundiciones del teatro griego, hoy tan a la moda, son, a las veces, muy para celebrar. Algunas incluso, como la adaptación de *Las troyanas* que en fecha muy reciente ha puesto en tablas Sartre¹¹, saben mucha filosofía y dicen, en francés bulevarero, mucha política de la que ahora se usa. Andan por esos mundos de Dios otras muchas que bailan otros bailes, y no son menos estimables. Las apreciamos por todo extremo. Pero, sin descenderlas de su jerarquía, es la pura verdad que entre ellas y la traducción se interpone una frontera que las convierte en mundos incommunicantes. Cuando pretenden saltarse la raya, les decimos suavemente lo que Bentley¹² al literato Pope, autor de una inter-

¹⁰ Introducción a su traducción del *Agamenón* (*Gesammelte Schriften* I 8, Berlín, 1909, 135).

¹¹ Eurípide. *Les troyennes*, adaptación de J. P. Sartre (París, 1965; se estrenó el 15 de marzo de ese año).

¹² Cf. SUEHNELT *Homer und die englische Humanität*, Tubinga, 1958, 170.

pretación de Homero “estilo reina Ana”: “un bello poema, señor Pope; pero no le llame usted Homero”.

El secreto de la traducción fiel es el resultado de un feliz ayuntamiento —problema de máximos y mínimos— entre la entrega al original y la renuncia a uno mismo. El traductor se apercibe de la extrañeza que, con respecto a la propia, hay en la lengua que traduce y pretende que el lector se aperciba de ella igualmente, con lo cual —y sólo por esta dichosa vía— ganará conciencia de lo específico de su propia lengua, de su castellanía o francesidad. La lengua de la traducción realiza sus posibilidades en el sentido y dirección de la lengua del original, en la trayectoria de su época, nación y autor. No sólo no es la lengua corriente, sino que obliga al lector a un duro trabajo. Deja en paz al autor y lleva hasta él, a sus entrañas y redaños, al lector. Ninguna violencia sobre el original, que se conserva ileso. Todas las violencias tolerables —*quidlibet audendi*— sobre la lengua de la traducción, castigada en la forma a más no poder hasta obligarla a reproducir no sólo lo que en la lengua original hay de ἔργον, sino también de ἐνέργεια, por algo a modo de doloroso alumbramiento de la actividad creadora. Al desviarse de la lengua corriente, hasta llegar a un término razonable, la lengua de la traducción reproduce “le pas dans le pas” el talante creador del original y precisamente en su misma dirección: τῇ ταῦτὸν ἰχὺς μετιόντι¹³. La productividad estilística del original se reproduce como productividad estilística en la traducción. Las oscuridades de la traducción que sean características, deben conservarse; y también entrar en juego de cuenta lo que en ella haya de insólito y gigantesco. Es torpeza, y torpeza insigne, que el traductor se empeñe en postrar y rendir ante él las obras que traduce. El entregarse a los demonios de la propia inspiración, el soltar el grifo de su estro, el irse por bernardinas, en una palabra, el sentimiento de prepotencia desapoderada no es lo propio del traductor. Éste no pretende ganarle el barlovento al original. Pone su estudio en acercárselo y en devolverle humilde el fondo en que nació. Hay un talento del traductor y qué verdad es que son muy pocos los que lo tienen.

¹³ Fedro 276 d.



Consecuencia fecundísima en consecuencias se nos yergue imperativa: fidelidad —en toda la extensión de la palabra— al estilo nacional, fidelidad apegadísima a la individualidad del autor traducido. No una vaga impresión de extrañeza y remota semejanza, sino una impresión definidamente extraña. Lo que es en la pintura el talento del retratista, transcribir la individualidad del modelo, ése es, en literatura, el talante del traductor. Extrañamiento del lector que se entraña en la lengua del autor: esto, y no más, es lo que hay que subrayar con Schleiermacher. Silenciamos nuestra voz, nos inhibimos y nulificamos y oímos de nuevo, como por milagro, la voz del poeta. No hay otra fórmula, es verdad.

No recuerdo en cuál de sus escritos, pero sí recuerdo que en alguno de ellos, Gogol ha dejado dicho que el traductor perfecto pone entre el original y el lector un cristal tan diáfano e inadvertible que el ojo de éste no lo percibe¹⁴. Esto último es ya un colmo: pero, señor de mi ánima, para verse uno a sí mismo lo mejor es el alinde de un espejo. Narcisino ideal de las traducciones infieles, criaturas especularias en que se miran a sí mismos los traductores, pero que nos velan a los autores. Al proverbio de que nada se hace visible sino “a través del cristal con que se mira”, hay que oponer esta coleta: “por primera vez”. Ese cristal es necesariamente para nosotros un vidrio coloreado. A su través, por su interposición y medianería, rememoramos el exotismo, la extrañeza del original, descubrimos formas afines y formas contrapuestas a las nuestras propias. Sólo así, conociendo la extrañeza de lo que no somos nosotros, se prepara nuestra propia agnición o reconocimiento. La voz ajena y la nuestra suenan sin apostillas ni escolios y no sordas y confundidas, como a cencerros tapados. Cada una da de sí irrefragable testimonio, la una hablando, la otra callando elocuentemente.

Aunque lo he dicho y repetido, a repetirlo vuelvo y aún me quedan no pocas repeticiones de ello, hasta que la insistencia fatigue al lector a modo de un tímpano: traducir no es traducir cuando no preservamos la forma nacional e individual del modelo.

¹⁴ La imagen ha hecho fortuna y se habla de traducciones coloreadas e incoloras: cf. MOUNIN *Les belles infidèles*, París, 1955 y FORSTER en págs. 16 ss. de *Translation: an Introduction*, en el vol. col. *Aspects of Translation* (ed. A. H. Smith), Londres, 1958, 1-28.

El drama del lenguaje

A seguida de la aseveración copiada reconozcamos, a fuer de sinceros, lo ilusorio de pedir semejante gollería. Aquella reproducción, sin repintaciones ni retoques, es, como se supone, asaz dificultosa. En resolución, algo impracticable. Esto es tan sencillo de decir como de entender, y se ha dicho incontables veces y se ha entendido otras tantas. Son estas consideraciones muy de clavo pasado, los más molidos lugares comunes, cosas de muy viejo abolengo, sobadas, sabidas y resabidas, contadas y recontadas, y no tendría sentido repetir o resumir lo dicho por Schleiermacher, Humboldt y tantos otros en famosas peroratas académicas¹⁵. No he de volver a hacerlo, mayormente tomando en cuenta que, entre nosotros, Ortega lo hizo de modo magistral en un muy conocido ensayo¹⁶.

La palabra, la lengua en la que pensamos y sentimos, es medio de comunicación; pero es también barrera y barro estorbo que se interpone entre los espíritus e impide su genuina comunión. El secreto, el verdadero secreto, es inefable y, en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes. Unamuno, que sentía muy humboldtianamente la condición apofática del hombre, lo ha expresado¹⁷ con berrinche lapidario: "¡Miserable menester el de escribir! ¡Lastimoso apremio el de tener que hablar! Entre dos que hablan media el lenguaje, media el mundo, media lo que no es ni uno ni otro de los interlocutores, y ese intruso los envuelve y, a la vez que los comunica, los separa". El pensamiento reposa en pre-juicios; y los pre-

¹⁵ El lector desmemoriado recordará que la de Humboldt la citamos en nota 10. La de SCHLEIERMACHER, presentada en la Academia de Ciencias de Berlín el 24 de junio de 1813, lleva por título *Ueber die verschiedenen Methoden des Uebersetzens* y puede verse en *Sämliche Werke*, III 2, 207-245. Quiero citar también a GADAMER *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, Tubinga, 1960, 361 ss., que es, en la especie, de lo más recomendable.

¹⁶ ORTEGA Y GASSET *Miseria y esplendor de la traducción*, en *Obras completas* V 433-452. Cf. también *Comentario al "Banquete" de Platón* (ibid. IX 751-767).

¹⁷ *Ensayos* I 506 (Madrid, 1942).

juicios, en la lengua. Una lengua, en efecto, es una filosofía potencial¹⁸. No cabe hablar, no cabe pensar —hablar en silencio, *verbum cordis*¹⁹— sino con nuestras propias palabras. Pero entre lengua y pensamiento entran en juego inevitables desajustes: “entre los labios y la voz algo se me va muriendo” ha escrito Neruda. Hablar es, por ello, constitutivamente una disciplina de insinceridad y, contra lo que creen los ingenuos, nadie dice lo que piensa ni nadie dice lo que su corazón le dicta. Las palabras no sirven sino para ocultar la intención y decir otro de lo que se piensa. Entre dos individuos que hablan la misma lengua el desfase es grande, nos encierca y aísla de nuestro prójimo y nos convierte en sempiternos ensimismados y monodialogantes. Gorgias el primero ha madrugado en definir esta ley de inefabilidad del lenguaje: τρίτον ὅτι εἰ καὶ καταληπτόν, ἀλλὰ τοὶ γε ἀνέξοιστον καὶ ἀνερμήνευτον τῷ πέλας²⁰. Entre dos lenguas diferentes el desfase es todavía mayor y, por supuesto, en razón directa del alejamiento temporal y cultural entre ambas: ¡qué difícil es conversar y hacer amistad, desde nuestra contemporaneidad, con los muertos!

La lengua es la mayor esclavitud del hombre. No es más sino porque en cada lengua los pensamientos se ordenan de modo distinto y los fenómenos se contemplan de modo distinto. Distinta es la concepción del mundo a que responde la “forma interna” (Plotino hablaba ya del ἔνδον εἶδος) de esas lenguas. Vuelvo a citar²¹ a Unamuno: “¿Que todo puede decirse en castellano corriente y moliente a todo ruego? No es verdad..., las lenguas son en todo rigor intraducibles, aunque no impenetrables: cabe comercio entre ellas”.

No es el juicio lateral y exclusivista de un filósofo del lenguaje: es una verdad como un templo. Y lo que, en un estrato básico, es esta incorrespondencia fatal y necesaria entre las lenguas, se

¹⁸ Véase, si se quiere, lo que escribimos en págs. 211-216 de *La lectura de textos filosóficos en la clase de griego (Didáctica de las lenguas clásicas)*, Madrid, 1966, 207-228).

¹⁹ PLATÓN *Teeteto* 190 a define la διάνοια: λόγον ὃν αὐτὴ πρὸς αὐτὴν ἢ ψυχὴ διεξέρχεται περὶ ὧν ἄν σκοπῇ.

²⁰ Fr. B 3 Diels-Kranz.

²¹ *Ensayos* I 397.

revela, en un plano más superficial, en aquellos rasgos diferenciales que cualquier profano percibe y que presentan a las lenguas como formas de expresión de un estilo nacional. El francés es sociable, preciso, más claro que profundo y, habiendo salido del Medievo hecho a imagen y semejanza de la Escolástica, es una lengua bastante abstracta. El alemán es insistente, gusta de las perspectivas y matices subjetivos. El italiano es ágil y pintoresco, manantial espontáneo y no fuente matemáticamente construida. El español es realista, dramático, afectivo y popular. ¡Cuánta disimilitud se interyecta entre el genio nacional de otras lenguas y la vieja cepa castellana de la nuestra!

Forma y contenido, palabra y pensamiento son accidentes de una misma sustancia, unidad irrompible. No es, por ello, posible abstraer el sentido de una palabra, el contenido de un poema, de las formas de su apariencia sensible y necesaria, de su aparición primera, para luego fundirlas y amalgamarlas con las palabras de otra lengua, que son piezas de otro todo funcional, de otro sistema. Las palabras están colocadas en cadena interminable, donde cada eslabón es un medio para el próximo y tiene el valor relativo del lugar que ocupa en la cadena. Ello es, en resumen, que, por fas o por nefas, la traducción, faena desesperada y desesperante, la auténtica traducción es imposible.

Pero, además, se convierte en un fraude cuando el traductor pone todo su empeño en disimular, a través de versiones modernizantes, esa incorrespondencia fatal entre las lenguas. En el prefacio de su traducción inglesa de la *República* —ejemplo ya clásico de aquel género de versiones— critica Cornford el traslado, mucho más fiel, de su compatriota Jowett: “Cualquiera —dice— que lo abra y encuentre el juicio (en 549 b) de que el mejor guardián para la virtud del hombre es la ‘filosofía atemperada con la música’ (λόγου μουσικῇ κεκραμένου), se asombrará de la idea de que, en orden a prevenir relaciones irregulares con las mujeres, lo que mejor debe hacer es tocar el violín en los intervalos del estudio de la metafísica. Puede haber cierta verdad en esto; pero sólo después de haber leído extensamente en otras partes del libro descubriría que no es eso lo que Platón entendía al describir el λόγος, combinado con la μουσική, como la única salvaguarda

segura de la ἀρετή". Así que Cornford prefiere traducir "una mente razonable y cultivada", "a thoughtful and cultivated mind". Con esta traducción, empero, fuerza es reconocer que el lector pierde por completo el sentido que, en el citado texto, posee el anterior πρὸς ἀρετήν. Traducida la filosofía platónica al lenguaje del siglo xx se priva al lector —que, si lee a Platón, es porque, normalmente, se interesa por la historia de la filosofía— de la posibilidad de comprender cómo el pensamiento de Platón se organiza en torno a determinados conceptos clave, uno de los cuales es justamente el de ἀρετή.

Si, por prurito de modernidad, traducimos el título del tratado aristotélico περὶ ψυχῆς por algo así como *El concepto de la razón* o *Pensamiento y percepción* y ponemos los pensamientos del filósofo en la lengua actual de la psicología, la novela psicológica o la teología que se ocupa de la inmortalidad del alma, traicionamos, a la vez, al individuo Aristóteles y al pensamiento de su época²².

Lo mismo si, en lugar de inventar, si es preciso, un vocablo como *fetación* para trasladar el término κόημα, con el que nos topamos en el *De la generación de los animales*, recurrimos al lenguaje de la biología moderna y hablamos de embrión o de óvulo fertilizado.

En *República* 438 a (τοῦτο... φάθι με τότε βούλεσθαι λέγειν, εἰ ἄρα νῦν ξμαθες, ὅτι ὅσα ἐστὶν οἷα εἶναί του, αὐτὰ μὲν μόνα αὐτῶν μόνων ἐστὶν τῶν δὲ ποιῶν τινων ποιά ἅττα), Cornford traduce "esto es, si ahora me entiendes, lo que quiero decir cuando digo que, de dos términos correlativos, uno está calificado si —y solamente si— el otro lo está también"; pero Platón habla de *cosas* y no de *términos*, y tan inocente cambio de vocablo comporta sencillamente el cambio de toda una metafísica por otra diferente. En las *Categorías* (1 a 20) nos dice Aristóteles que, de entre los seres, los hay que pueden predicarse de una sustancia, pero que no están en la sustancia, como le ocurre a *hombre*. Nosotros nos preguntamos: ¿Una *cosa* puede predicarse? ¿Un *término* puede *estar en*? Nos asalta la tentación de distinguir, en estos casos, entre "hombre" y hombre y, por supuesto, podemos volver a escribir las *Categorías* diferenciando cuidadosamente entre la cosa

²² Cf. FURLEY *Translation from Greek Philosophy*, en *Aspects of Translation* 52-64.

y el término; pero el griego no distingue y nuestra traducción debe ser tan clara y no más clara que el original. La ambigüedad del original no debemos oscurecerla totalmente con nuestras luces modernas.

Pondré otro ejemplo, muy general, como último botón de muestra. Se refiere a las posibilidades que el uso sustantivador del artículo ofrece a la lengua filosófica griega. Cuando Platón escribe τὸ λευκόν, τὸ καλόν, etc. sin que sea menester añadir un αὐτό, esas expresiones pueden referirse tanto a formas, ideas o universales (la blancura, etc.) como a individuos de un género particular. Acaso, de entre diez ejemplos, nueve se refieren a universales y sólo el décimo al individual "lo blanco". Un giro como "lo blanco, lo justo" es, ciertamente, extraño en nuestra lengua, y traducir "la blancura, la justicia" nos dará un buen sentido en nueve de diez ejemplos. Podemos variar nuestra traducción según convenga al contexto; pero Platón emplea una sola y la misma expresión, y nuestro oficio es traducirlo, no analizar su lenguaje. Sólo esa ambigüedad de las expresiones platónicas nos permite comprender la ambigüedad de su doctrina de la relación entre el mundo sensible y el inteligible. Dificulto que un buen filósofo, incapaz de leer a Platón en griego, pueda jamás comprender este punto. Por una parte, tenemos la doctrina de la *participación* (μέθεξις): las cosas blancas son blancas porque participan de la blancura (universal). De otra parte tenemos la doctrina de la *imitación*: las cosas blancas son blancas porque imitan la forma de lo blanco (individual). Además, si no traducimos con fidelidad literal a Platón, tampoco el lector podrá comprender nunca el sentido de la crítica aristotélica de las ideas platónicas, que al estagirita le parecían entes lógicamente imposibles, justamente por ser a la vez universales e individuos. Nunca el lector se hará cargo del *progreso* de la filosofía cuando ésta se le sirve en traducciones modernizadas. El respeto a la estructura lingüística del original es una exigencia rigurosa, porque, como ha escrito Wittgenstein, "alle Philosophie ist Sprachphilosophie". Naturalmente, cuando el traductor es consciente de la seriedad de su oficio, sus dificultades se multiplican. Abre el texto de apariencia más sencilla, la *Apología* platónica, y comienzan a saltar, por todas partes, términos griegos que carecen

de su correspondencia no ya ajustada, pero ni siquiera adecuada, en español: δαιμόνιον, αἰδώς, ἁμαρτημάτων, θεοὺς νομίζειν, etcétera. ¿Nos extrañará saber que D. Loenen²³ ensaya veinticuatro distintas variantes para traducir la primera línea de la *Apología* y que, por supuesto, ninguna es enteramente satisfactoria?

Si la lengua fuera vestido de quita y pon del pensamiento, como quería Kant, la traducción sería posible; pero —y perdónesenos la irreverencia— los pensamientos no son coristas en ejercicio, infusadas las pobrecitas en esta y otra vestimenta. Si la lengua fuera, como quieren Wilamowitz y Reiners²⁴, el cuerpo mudable de un alma transmigratoria y peregrina, la traducción sería posible: consistiría en una curiosa especie de metempsicosis o incorporación sucesiva. Pero, con la venia de Kant y pese a quien pese, la lengua es mucho más que cáscara, vestido o cuerpo: la lengua es “la casa del ser”, y si éste, inquieto inquilino, se muda de casa, resulta que *es* ya otro ser.

Vejamen y miseria de la traducción. ¿Que el ideal de la traducción estriba en reproducir el *sentido* del original revistiéndolo con otra forma verbal, embutiéndolo en otro cuerpo? No, mentira, embuste convencional: final y fatalmente, y mal que nos pese, venimos a caer en la cuenta de que aquello que en una obra parece traducible atesora muy parvo valor comparado con lo verdaderamente valioso de la misma, que es intraducible.

Muy generalmente, los grandes artistas son más conscientes que nadie de la intraducibilidad de sus obras. Sería el cuento de nunca acabar citar aquí sus opiniones, despectivas o reticentes, sobre las traducciones; y digo yo que estos señores, cuando tal dicen, sabrán lo que se dicen. Por citar disparmente, a roso y velloso, he aquí unas cuantas. “Las comparo —escribe Gide— al cochero que pretende hacer ejecutar a su caballo movimientos que no le son naturales”. Y la señora Staël: “Una música compuesta para un instru-

²³ Cf. DE VRIES en el folleto col. *Is de Griekse literatuur vertaalbaar?*, Zwolle, 1958, 41. Finas observaciones generales en el bello ensayo de HILAIRE BELLOC *On Translation* (en *A Conversation with an Angel and Other Essays*, Londres, 1929, y reelaborado luego en *On Translation*, Oxford, 1931).

²⁴ WILAMOWITZ *Was ist Uebersetzen?*, en *Reden und Vorträge I*, Berlín, 1925⁴, 1-36; REINERS *Deutsche Stilkunst*, Berlín, 1955⁶, 586.

mento no se ejecuta con éxito con otro instrumento de otro género". Jean Paul: "Una obra maestra que puede traducirse no vale nada". Cervantes: "Tapices vueltos al revés que, si bien se notan las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz". Y Azorín —deliciosa manera de pintor puntillista—: "¡Ser traducido! ¡Comer —los extranjeros— un manjar insípido! ¿Y el idioma? ¿Y las particularidades del idioma?... Mis libros son demasiado españoles, si es que son algo. El ser demasiado español, en este caso, es recoger lo íntimo de lo español, el matiz sutil, imponderable; y eso se evapora al pasar a otra lengua".

En razón de todas las dichas razones la traducción resulta ser *a limine* algo imposible, operación de trampantojo, un bello fantasma, un ideal inalcanzable, dama duende e idea fugitiva que en ninguna parte se encuentra. La traducción perfecta, la Traducción, pertenece al reino de los buenos deseos, es una utopía. Lo que en sí es imposible, quiere hacerlo posible. Este juicio es verdadero de toda verdad. Aunque, si decimos todo esto, que no huelga, no es para decretar el final de la traducción, sino para evocar su principio²⁵. El reino de los buenos deseos no está en este mundo; mas no es menos real que este mundo. Pero, sin adelantar nuestros pensamientos, que luego vendrán por su propio pie, conscientes ya de las limitaciones de toda traducción, ¿cómo aproximarnos, sin perder del todo nuestro norte y guía, al ser del original? Por lo pronto yendo lealmente a él, y precisamente por el camino de su propia forma. No hay otro. Todo lo demás es traición. ¡Extraña misión de humildad, de negación de sí misma, la adscrita a la traducción! Como buenos socráticos, ¿acaso no sabemos que sólo del reconocimiento de la ignorancia nace la sabiduría?

²⁵ "Recuerdo que, al decirle a Anatolio France que la traducción era una cosa imposible... me replicó: 'Precisamente, amigo mío, el reconocimiento de esa verdad es un preliminar necesario para tener éxito en el arte'" (MAY *Concerning Translation*, en *The Edinburgh Review*, enero de 1927, 117).

Intermedio a cargo de poetas y gramáticos

Aunque parezca digresión impertinente, paréntesis divagatorio, es muy de notar que, por una singular anomalía, en ese ejercicio de humildad son muy más duchos los grandes creadores que algunos gramáticos y eruditos por extremo ocasionados a caer en el vicio contrario cuando se echan a traductores. No lo sé explicar; pero ello es que es efectivo. Las pocas, las contadas traducciones ejemplares de que hoy disponemos son, en globo —hay sus excepciones—, obradas por la mano de poetas de rara selección, de pensadores y teólogos de primerísima clase: son, señaladamente, el *Cantar* de Fray Luis, el *Platón* de Schleiermacher, las traducciones griegas de Hölderlin, el *Agamenón* de Humboldt y el de Browning, las versiones latinas de Pascoli y Pound, la Biblia de Buber —hebreo con sonidos alemanes—, las *Bucólicas*, correspondencia línea por línea de Virgilio según Virgilio y de Virgilio según Valéry... Estas traducciones se levantan diez varas de medir sobre el vulgo de las traducciones. Si, con fría cabeza de gramáticos, analizan alguna de estas traducciones y ponen por cuenta en un papel sus faltas y lunares, tal vez alguno de ustedes proteste de mi aserto y me moteje de inexacto en mis apreciaciones. A ése digo que se equivoca de medio a medio y que los errores de detalle —en Hölderlin, a porrillo²⁶— son triquiñuelas, cosucas insignificantes, no tienen significación para cualificar el acierto del conjunto. Goethe tradujo la oda de Manzoni *Il cinque maggio* con un error —declarado, patente— que se ha hecho famoso²⁷; pero su traducción, la de un poeta genial, es un modelo de fidelidad al estilo, a la palabra del modelo, es decir, una traducción modelo.

Estos poetas creadores —¡benditos sean!— saben bien que las palabras y sus ritmos predominantes —y no el sentido— son lo específico del lenguaje; y, por eso, si metidos a traductores, son fieles a la forma y, de ese modo, ventean nuevos rastros hacia el sentido más profundo del original. La situación estrambótica es que pecan contra esa fidelidad —quienes parafraseando, quienes en una traduc-

²⁶ Cf. una lista puntual en el prólogo que ha puesto SCHADEWALDT a las dos traducciones sofocleas de Hölderlin (Francfort, 1957, 14-24).

²⁷ Cf. RUEDIGER en *Studi in onore di L. Bianchi*, Florencia, 1960.

ción diminuta y encogida— muchos eruditos entremetidos a traductores. Tales veces el gramático lee no sólo las líneas, sino también entre líneas, y apesanta el texto, lo dobla y parafrasea: exegetas que acumulan argucias para hacer decir al texto no lo que dice, sino lo que ellos quieren que diga. Cuales veces lo adornan con floreos de su exclusiva invención, cuyo resultado es que le plantan al original más sobrio esos caireles y flecos, pendejos, cintajos, colgajos. Es la corriente manera de las traducciones archifloridas, alhajadas, auriflamadas, sobre las que se ha ironizado²⁸ de esta guisa: “Basta examinar las más célebres para admirar con cuánta celosa atención algunos universitarios se aplican a corregir el original. Con ellos, más epítetos atrevidos, más metáforas de doble imagen. Extienden sobre los autores a los que se dignan embellecer una elegancia que les es personal y sobre todo un ‘gusto’ que suprime o que añade, al azar, frases, lo que conviene tachar o introducir aquí o allá. Es una colaboración de la que Grecia obtiene todo el honor y el sabio todo el trabajo. Tal es su desinterés. Yo le admiro”. Cunden rebañegos otros traslados de faz amojamada, plomizos o enmagrecidos, de los que ha escrito²⁹ Valéry: “¡Qué sé yo! A veces el absurdo en estado libre pulula sobre estos cadáveres deplorables que la Enseñanza multiplica y con los cuales pretende nutrir lo que llama Estudios”. Pero, con ser esto grave, no es lo más grave.

“Mi traducción —la soflama, la frase vanagloriosa que citamos es un lugar solemne y confiado gesto de triunfo cierto— quiere por lo menos ser tan comprensible como lo era para los atenienses el original; cuando sea posible, aún más comprensible”. Es estúpida la modestia de nuestro hombre, fiero y tonitruante, que no se nos despinta jamás. Habla, poseído de su importante papel, como hijo o sobrino al menos de la Verdad. Se nota, de una vez sola, que el traductor cuyas son las palabras señales debe de pensar, como Lope, que el vulgo es necio y que hay que hablarle en necio para darle gusto. Pero, hombre de Dios, los atenienses sentían que la lengua de Esquilo era oscura, elevada y abrupta.

²⁸ PIERRE LOUYS, prefacio a *Lectures antiques*.

²⁹ VALÉRY *Variations sur les Bucoliques* (prefacio a *Traduction en vers des Bucoliques de Virgile*), París, 1956³, 23.

También lo es la del Dante y, por ello, nuestro sabio delata igualmente “algo de bárbaro” en el formidable florentino. Cuando el trágico habla el estilo de la más alta poesía, el traductor trivializa y anda muy baratero³⁰. Su trasunto se aparta y desconviene de la forma del original, y no por falta de conocimientos: es cosa de método y es cuestión de temperamento. A Edipo, por ejemplo, se le llama otra y otra vez, exagerando un tantico, “el gran culpable”, “el pecador golpeado por los dioses” y por ahí adelante, traducciones que no se dan un mínimo aire de familia con la letra del texto griego. Válgame el cielo y cómo se retrata, en estas y otras cosillas, el filólogo de esclarecido ingenio que profesaba sorda tirria y ojeriza a los presocráticos, veredictando que “el pensamiento de la ciencia debe ser frío”. Es el mismo crítico, doctísimo, sapientísimo, que hizo, mentidamente y por pudibundez, de Safo una otoñal ama de llaves de un pensionado para señoritas de la mejor sociedad y de Platón —*horresco referens*— un pensador aburguesado. También marra cuando se pone frente a la tragedia griega, se va muy mucho del seguro y no vacila en dispararnos moralizada una tragedia que nunca jamás tuvo nada de “morality play”. Embutiendo en la misma su miajita de Cristianismo, maquillándola de luteranismo, hace pesar sobre ella una desapacible atmósfera de pecado.

Perdonen ustedes el modo de señalar; pero ya ven que no me refiero a un pelafustán, a un Perico de los Palotes cualquiera, sino a nuestro más grande filólogo, Wilamowitz. Lo sublime de su inteligencia y su muchísima doctrina nadie lo regatea ni afora por lo bajo. No podemos decir tanto bien de sus traducciones. Aquí vemos a las claras que no está ya en su cuerda, y no creo yo que porque ande escaso de condiciones literarias. Cuando el traductor calla, oír al historiador es un verdadero gozo y hasta, cuando quiere tomarse el trabajo de hacerlo, su prosa científica se acredita de ágil y está pero que muy bien escrita. ¿Fue concesión de aquel infatigable obrero intelectual, coqueteando con un cierto apetito de popularidad y reventón de vanidad social? Pocas cosas conozco más deplo-

³⁰ Aquí podría aducir, en prueba de ello, muchos más detalles. Remito a HILDEBRANDT en *Jahrbuch für die geistige Bewegung* I 1910, 64-117.

rables que cuando un hombre de cultura se pone popular: lo que se pone es ramplón, trivial y ridículo. ¿Valía la presa la caza? ¿Y eres tú el sabio distanciador, el historicista? ¿Eres tú el que pretendía dejar a los griegos donde los griegos están y mismamente como son? Acaso fue venganza del destino que le hizo recaer “à son insu” en el error de presentárnoslos descaradamente al trasluz de su mente luterana y de su corazón decimonónico. En todo caso, lo patente es que en sus traducciones, de cuyos rasgos más ponderosos ya os he dicho, erró el camino: pretende verter la forma desde el fondo, un fondo adulterado, y no, como es debido, aproximarse al fondo desde la estricta fidelidad a la forma. Deploable, insufrible, embustera confusión. Curiosa lección al revés. Figura de escarmiento.

El ejemplo comentado nos sirve de caso demostrativo, pero la enfermedad es más amplia. La cosa es triste; pero es así. Erudición ministrada por conspicuos gramáticos, especialistas desamorado que se ostentan traductores infieles. Poetas con no sobrados griegos y latines cuyas traducciones infilológicas resultan un testimonio glorioso de fidelidad y, si yerran en algo, aciertan en mucho. Curiosa paradoja: fidelidad de los poetas humanistas e infidelidad de los sabios historicistas cuando una y otra de ambas greyes se echan a traducir. Es ésta una de las cosas que a peor traer me traen y pienso algún día dedicar el debido comentario —acaso no destituido de valor— a tan curiosa paradoja. Por ahora, la dejaremos de costado.

A las puertas de la Hélade están —extranjeros a todo, estremecidos, juntos en la rueda— aquellos artistas y en ellos obran Dioniso y Apolo mismos. Por eso sus errores son hoy para nosotros más sagrados que la erudición impía. En cualquier caso, lo que ésta buscaba, si es que lo buscaba, tampoco lo halló. Sus versiones despiertan en el lector actual una gran tibieza e interés evanescente. Empachan y aburren y, por regla general, dan sueño, se nos caen de las manos. Enojan lo que no es decible a los artistas y no se ganan el aplauso del vulgo ni del escolar competente. Es que —¡claro está!— así no hay quien las trague. En cambio, nos interesa el *Agamenón* de Humboldt, cuyo prólogo por cierto —página sobria y elegante, que es una mina para comentarios— cuenta entre lo que de más

precio ha sido escrito sobre la traducción fiel. Con fidelidad ejemplar a la forma intentó Hölderlin traducir a Píndaro y Sófocles, y seguramente el reconocimiento cada día más agradecido hacia el viejo libro olvidado —protuberancia orográfica por encima del promedio de su propio tiempo— responde en nosotros a un mayor compadecimiento con esta manera de traducir. Lo sentimos nuestro, nuestro, muy nuestro. Nos trillan, nos liman el corazón estas traducciones. Nos acercamos a ellas con la devoción que exige el juego religioso y profundo de un espíritu solitario que se ha sumergido a fondo en la contemplación de la forma griega y en ella se ha abismado.

Los tesoros de la forma

Pero dejemos, por el momento, de cuenta estas traducciones ejemplares y demos, para siempre, de lado a aquellas otras traducciones que no son traducciones ni tienen un tacto de codos con cosa que lo valga, y volvamos a la vereda de nuestro discurso, a lo que íbamos. Hemos concordado, o casi, en que la traducción consiste en desvelar “*sotto il velame degli versi strani*” y en trasponer luego ciertos rasgos —selección, pero máxima selección— de la forma *a* en el original a la forma *b* en la lengua de la traducción. Lo que debe seguir viene de reata, es obligado. ¿Será preciso advertir la dificultad, la delicadeza y los saberes que exige esa trasposición y convertibilidad, ese troquelar y amoldar la forma *b* a la turquesa de la forma *a*?

Sabemos, sí —¿quién no lo sabe?—, sabemos que la forma es un enredijo y entramado, una complicación sutil de un sutil tejido de detalles. Esa cierta quisicosa que llamamos forma es la distribución regular de vocales y consonantes, de sílabas tónicas y átonas dichosamente usadas, de correspondencias mutuas entre los distintos niveles fonético, léxico y sintáctico sabiamente arregladas y enchufadas unas a otras, la orquestación sinfónica del conjunto. Forma son las redundancias de todo tipo, que vuelven con terquedad de mosca, se destacan y perfilan cuando vuelven a sonar y hacen del período, construcción y organismo del estilo una sinfonía de puntos y contrapuntos. Forma es el mensaje —así acústico como

articulatorio— de los fonemas de una frase, el juego de los colores vocálicos, discreto y delicado en tal epigrama de Calímaco³¹, de tenuidad portentosa en las cuatro estrofas de un famoso óstraco sáfico³², más efectista en cual otra tirada trágica y que nos vierte su rumor incluso en la austera armonía de algún pasaje del epitafio tucidideo³³. Los objetos duros son evocados con sonidos duros, como introducidos a la fuerza. La humedad se hace sensible en el contacto untuoso, aguadinoso, de la lengua contra el paladar. El esfuerzo del luchador, la rabia del combatiente, se acompaña con la rotación de la punta de la lengua, que se opone al paso del aire cuando se articula una vibrante: *rursus in arma feror mortemque miserrimus opto*. El literato, experto en la magia del verbo, reagrupa hábilmente los fonemas para recomponer con sus pigmentos un particular espectro fónico, que no sólo ayuda a la comprensión del mensaje, sino que es él mismo mensaje. Propósito al que conspira la sinergia de la gimnasia prosódica, la aceleración o retardación del ritmo de acuerdo con el tono “alegre” o “penseroso” del pasaje. Forma es el conflicto de acentos entre las estructuras rítmica y lingüística. Son, en el verso, los desplazamientos de cesura, que indican que su locutor, al tiempo que las reglas de la métrica, transgrede las normas de la cortesía o de la moral. Desairado, pero explícito recurso es encerrar la poesía en aritmética. Pero hay estadísticas cuyas partidas nos eximen de todo comentario: la elisión y la aféresis son en los poemas satíricos de Horacio doblemente frecuentes que en las epístolas³⁴. Forma son los efectos varios del encabalgamiento, que delatan, según cuadre, la ruptura del acto destructor, indican el obstáculo franqueado u ocultan algo inquietante que pasa al verso siguiente³⁵. Forma es la descolocación aparente de las palabras en la frase, el dislocamiento que las descoyunta fuera de su orden común, su desorden concertado y

³¹ Cf. SNELL *Die Klangfiguren im 2. Epigramm des Kallimachos*, en *Glotta*, XXXVII 1958, 1-4.

³² Cf. PFEIFFER *Vier Sappho-Strophen auf einem ptolemäischen Ostrakon*, en *Philologus* XCII 1937, 117-125.

³³ Cf. KAKRIDIS *Der thukydideische Epitaphios*, Munich, 1961, 68 ss.

³⁴ Cf. NILSSON *Metrische Stildifferenzen in den Satiren des Horaz*, Upsala, 1952, 8-10.

³⁵ Cf. FÓNAGY *Le langage poétique: forme et fonction*, en el vol. col. *Problèmes du langage*, París, 1966, 82-89.

amable. Forma es el mensaje visual de las palabras y los versos, y no sólo en la repajolera gracia de los caligramas, lindos juguetes —τεχνοπαγνία— a que tan aficionados fueron, antes que Apollinaire, los alejandrinos. Forma es la contraposición entre el mensaje conceptual y el mensaje sonoro: el sentido exotérico es terminante, pero las capas subyacentes se encabritan y tienen como un gesto de protesta facciosa que, *velis nolis*, nos revela los sentimientos inconscientes. Son cosas que no constan allí gramaticalmente, en sus manifestaciones fenomenales; pero están embebidas, entrecerradas en la forma como por arte divino. Nos es difícil imaginar algo oculto y muy internado en la superficie, un mensaje oculto que sea él mismo la superficie y cosa meramente de corteza; pero ello es tan efectivo en la literatura como en la vida. Las cosas nos ofrecen su centro espiritual en su haz y periferia, y nosotros nos vamos de vuelo y nos enteramos en buscarlo por recovecos y subterráneos. Ayudándose de todos los recursos de la mímica expresiva, de la gesticulación prosódica y sintáctica, de la regularidad de las cadencias, peinándolas en ritmos y rimas, conjugando esas cosas todas, el artista se esfuerza por expresar cosas más que inteligibles, cosas que no se pueden hablar y que sólo se deben cantar: éste es el oficio de la poesía.

Así, comoquiera que dondequiera que se mire nos salen al paso más y más detalles sutiles constituyentes de la forma, resulta que nuestra fe en la traducción se encoge, se achica avergonzada y acaba por desvanecerse. Cada cosa por sí de esas y todas juntas es forma. ¿Cómo dar en querer trasvasarlas adecuadamente en la traducción? En plata, que traducir es tarea harto más difícil que la de hinchar un perro.

Donde se ponen unos cuantos ejemplos

He aquí, verbigracia, la frase más sencilla del autor de apariencia más simple, las líneas iniciales de las *Historias* de Heródoto. Por el pronto, comienzan —símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo— en ritmo épico, como los *Anales* de Tácito, que principian por un exámetro. Entre las dos palabras clave del pasaje, en sutil disposición, cuatro polisílabos y un ri-

mero sabio de monosílabos³⁶. Hay su buena dosis de retórica en la curvatura de la frase, sus trémolos y pespuntos y paronomasias. Reminiscencias épicas y trágicas —¿cómo dar la nota exacta al traducir estos cuerpos extraños?— perfilan queridamente su prosa con rasgos estudiados. Y luego la salpimenta el encanto propio del dialecto. ¿Cómo trasladar menos inadecuadamente la impresión que de estas líneas dimanaba para su oyente? La destreza de una pluma mejor tajada o la torponería del traductor cuentan, desde luego; pero, en resolución, el texto, de cariz tan simple, es indómito y elude la traducción. Nos damos contra él de calabazadas, ensayamos pacienzudos una y otra vez y siempre nuestro traslado padece de incerteza.

He aquí un exámetro homérico tomado al azar. Hay en él una fórmula, cruz y paredón de todo traductor. ¿Renunciamos al estilo formulario para conservar el movimiento? Pero Homero sin fórmulas no es Homero. ¿O conservamos el estilo formulario a expensas del movimiento? Pero un Homero sin movimiento no es Homero, mejor dicho, no es nada³⁷. Bien: conservamos la fórmula, principio intangible del estilo homérico. Pero el lector moderno la reconoce sólo por un esfuerzo de memoria, no la siente, y esa fórmula rompe el movimiento en lugar de marcar la cadencia, es fatiga y no reposo. Lo cual no es del todo lo mismo y más bien tira a ser lo contrario. Además el exámetro homérico es un instrumento delicadísimo cuyo encanto reside en la superposición de un ritmo métrico y otro del sentido, que se agremian ambos y se marcan por el juego de cesuras. Imposible conservarlo en un exámetro español, sea acentual, sea cuantitativo a lo Villegas, sea “bárbaro” a lo Darío. Las traducciones, en exámetros alemanes, de Homero por Stollberg, Bodmer y, sobre todo, Voss son el resultado de largos años de investigación y tanteos; sin embargo, la diferencia entre el verso homérico y el exámetro de sus traductores alemanes es elemental, y el parecido, ilusorio. En el exámetro español deben entrar, casi siempre, palabras de relleno, que arman una jerigonza y estruendo hueco, y así resultan ellos un tanto cuanto de hinch-

³⁶ Cf. ROS en el vol. col. c. en n. 23, págs. 24-26.

³⁷ Cf. MAZON *Madame Dacier et les traductions d'Homère en France*, Oxford, 1936, 6.

dos, verbosos y palabreros. Algunos traductores de Homero no tienen de poetas sino el haber escrito en verso. Son prosadores rípiosos. Y esos versos, puntiagudos al empezar y concluir y gordos por en medio, ¿qué tienen de común con el verso homérico? Ritmo no es tanto la estructura métrica cuanto la articulación de la lengua en miembros y pausas, unidades de sentido. El ritmo homérico es, ante todo, la cadena de asociaciones en la que lo anterior retorna para desarrollar lo siguiente, esa pintura musical contrapunteada de tonos que se anuncian y retornan. Son, luego, los efectos musicales y las modulaciones en que se funden indisolublemente sonido y alma, como en la escena del dardo de Pándaro en la que —escribe³⁸ Winckelmann— “vemos correr realmente por el aire la flecha y cómo se clava en el escudo de Menelao”.

Por exigencia de fidelidad a la palabra de Homero lo traduciremos en prosa seguida, una prosa que lo traduzca en su totalidad —en lo posible, sin dejar ni añadir nada—, que refleje las representaciones originales del poeta y, sobre todo, que reproduzca el curso de esas representaciones³⁹. No me refiero sólo a la sintaxis de coordinación en que desfilan los sucesos en hilera, con sus verbos en personal casi siempre. Me refiero a cómo, en la frase homérica, esas representaciones, frescas y fuertes, le llegan al ojo del poeta, varón ciego de prodigiosa facultad visiva. La traducción es el arte del sacrificio justo. En su impotencia de darlo todo, el traductor debe escoger, no puede verter la totalidad del original, sino sólo aspectos. El esencial en una traducción de Homero será hacer visibles —y, por tanto, audibles— las relaciones de la existencia, entre hombres, acciones y cosas, tal y como impresionan el ojo poético de Homero y, hechas imagen que ha sentido su retina mental, pasan luego a la frase. El filólogo hace quizá muchos años que anda azacanao y sostiene un comercio estudioso con

³⁸ En otra ocasión comenta: “La copia es sólo la sombra, no la verdad; y entre Homero y sus mejores traducciones hay no menos diferencia que entre las obras de los antiguos o de Rafael y sus copias. Éstas son imágenes muertas y aquéllas hablan. El verdadero y pleno conocimiento de lo bello en el arte sólo puede conseguirse mediante la contemplación del original mismo” (*Briefe* II 112).

³⁹ Cf. SCHADEWALDT en el epílogo a su traducción de la *Odisea* (Hamburgo, 1958, 321-326).

estos textos. Cree conocer su sentido. ¿Lo conoce? Ahora no debe, si se sufre decir, *repensar* a Homero, sino hacerle hablar de nuevo. Esta tarea será para él piedra de toque y fiel contraste de cómo lo sabe y conoce. Así han puesto su empeño en traducirle, a porfía, Mazon, Schadewaldt y Ruiz Bueno. Con ser tan distintas la una de la otra, en grado más prócer o más humilde, estas valientes traducciones intentan reproducir, por diversos tanteos, las particularidades fundamentales del original griego en la selección de palabras y correspondencias fonéticas —es decir, su φωνή—, mas también en la oculta lógica del compás de la frase —esto es, en su λόγος⁴⁰—. Lo hacen tan fielmente que, según aquéllas, configuran la propia lengua. Este Homero, con el que soñaba Herder⁴¹, tal vez no agrade a un maestro de escuela⁴²; pero impresiona al verdadero artista. Hacen obra de vida de lo que era, y sigue siendo para los más, letra muerta. Naturalmente estas traducciones no quieren ser leídas, sino habladas. Toman pie de la palabra. La palabra era para Homero tan importante porque era palabra hablada. Entendámosla como palabra hablada que sólo por forzosidad inevitable tiene que ser también escrita:

*Recién nacían por el aire claro
las semillas aladas,
el Sol las revestía con sus rayos,
la brisa las cunaba,
hasta que al fin cayeron en un libro.
¡Ay, tragedia del alma!*⁴³.

⁴⁰ A este respecto nada sabría recomendar más excelente que las páginas de BUBER *Zu einer neuen Verdeutschung der Schrift*, anejo a su traducción en colaboración con F. ROSENZWEIG (*Die fünf Bücher der Weisung*, Colonia, 1954, 3-44).

⁴¹ *Essays* I 178. Las ideas de Herder sobre la traducción de Homero las ha sistematizado WAGNER *Herder und die Homerübersetzung*, en *Forschungen und Fortschritte* XXXVIII 1964, 297-303 y 341-345.

⁴² Este maestro de escuela podría ser el Sr. SEYFFERT, firmante de una recensión —deplorable manojo de ineptias y de filfas— de la *Odisea* de Schadewaldt en *Gnomon* XXXII 1960, 568-569.

⁴³ Unamuno, *El armador aquel...*

Sea ahora un muy conocido dístico epigramático —exámetro y pentámetro enganchados en collera— del poeta Simónides de Ceos, quien lo compuso ⁴⁴ en honor de Leónidas y su puñado de valientes:

ὦ ξεῖν', ἀγγέλλειν Λακεδαιμονίοις ὅτι τῇδε
κείμεθα, τοῖς κείνων ῥήμασι πειθόμενοι.

Suele venir en todas las antologías escolares y parece tan sencillo como para dejarse traducir de tenazón y en un periquete. De hecho, sus dificultades de interpretación son mínimas, aunque las tiene. Lo más a menudo, en los epigramas funerarios, se interpela al caminante; pero estos espartanos, que yacen en tierra extranjera, se dirigen al forastero: la traducción usual de ξεῖνος por “viajero, caminante”, de acuerdo con las leyes del género, no corresponde a la letra ni al matiz del texto griego. ¿Qué sentido tiene ῥήμασι, el de “órdenes”, normal en un contexto de milicia, o el suyo usual de “dichos”, es decir, las sentencias que son el fundamento de la educación de un espartano? Lo difícil no es, sin embargo, la interpretación exacta, sino la traducción adecuada de este pequeño texto poético. La poesía no está ni sólo ni tanto en el metro, mas también en el colorido poético de las palabras (ξεῖνος, κείνων) y de esa construcción con infinitivo imperativo (ἀγγέλλειν), arcaísmo poético en el que un oído griego percibía además un tono más cortante y seco que el del imperativo corriente, un cierto tufillo militar y dorio. Hay además la música vocálica, y no por una futesa repite el poeta hasta cinco veces, en pieza tan breve, el sonido εἰ. Luego están los matices del orden de palabras. Adoctrinamiento puesto en boca de soldados, lo importante es la idea de servicio y obediencia, expresada por el participio πειθόμενοι, y a ella se subordina la mención de la muerte (otro inciso: ¿traduciremos el matiz durativo del presente por un “obedeciendo siempre” o resultará esta versión demasiado sentimental y moderna en labios de un es-

⁴⁴ Fr. 92 Diehl y cf. HIGHAM en *The Oxford Book of Greek Verse in Translation*, Oxford, 1938, LIX-LXV. Véase también LATTIMORE *Practical Notes on Translating Greek Poetry*, en el vol. col. *On Translation* (ed. R. A. Brower), Cambridge, Mass., 1959, 48-56 y, en general, las seis primeras colaboraciones recogidas en el volumen *Die Kunst der Uebersetzung* (Munich, 1963).

partano?). Pero el poeta que compuso este epigrama sepulcral había cumplido ya los setenta y quizá para él era más importante el sepulcro (κεῖμεθα, destacado en cabeza del verso) que el cumplimiento del deber en vida: ¿traducimos lo que el poeta debió expresar o lo que inconscientemente expresó?

Una traducción en prosa facilitaría, desde luego, el traslado de estos matices; pero a costa del verso, que es, todo a la vez, concisión y fuerza y algo memorizable. Haciendo obra de geómetra más que de poeta podemos trazar a cordel un esquema métrico, cuyos acentos reproduzcan (?) las cantidades del verso griego, aunque siempre contrastará con la variabilidad de matices del verso griego la fijeza inexorable de nuestro esquema. Ésta nos impondrá, a expensas de la fidelidad, palabras inútiles que acorchen nuestra traducción, amputada, en cambio, de otros elementos presentes en el original. En resumen, que será muy difícil apacentar en un mismo rebaño todas aquellas finezas de la forma y el rígido lecho de Procrustes de nuestro verso acentual. Necesariamente reputaremos nuestra traducción por desafortunada. Véase, por muestra, una versión⁴⁵ de ese género:

*Di a los lacedemonios, viajero: aquí reposamos
obedeciendo la ley que la ciudad nos dictó.*

Si tamañas son las dificultades para la traducción de un sencillo dístico, imagínese lo que será traducir una tragedia. Lo más dificultoso —con todo y no estar a tiro de escopeta— no será ya imitar los yambos, anapestos o troqueos o sus sincopaciones. Tampoco verter adecuadamente las diferencias entre el diálogo, κομμός, monodias y corodias de un modo más matizado que poniéndole a nuestra traducción casaca de dos colores y vistiéndola de arlequín, o dígame, mediante la gruesa contraposición entre prosa para el diálogo y verso —rimado o el que sea— para lo demás. Mucho menos, atinar a que el número de versos de nuestro traslado coincida, ni uno más ni uno menos, con los del original, cuya colometría, en los coros, es tan artificial: la unidad de nuestra traducción

⁴⁵ HELLER *Fundamentos técnicos de la reproducción métrica de versos griegos*, Montevideo, 1961, 7.

no es la línea impresa de nuestros textos, dispuestos y puntuados por los filólogos, sino el período, lo cual es cosa harto diferente. Más importante es otra cosa. La palabra trágica quiere ser representada y no sólo leída y ni siquiera recitada, y en la tragedia griega esto acontece de modo eminente. Los acentos, la sintaxis plástica, la secuencia de las representaciones son, ante todo, el órgano vivo del poeta visionario del mundo, es decir, expresan gráficamente cómo el ojo del poeta se representa la situación trágica. Son, también, apoyatura que subraya y facilita la gesticulación, la acción y representación dramática, cosas societarias una de otra: ¿cuántos traductores se plantean seriamente la posibilidad de que sus traducciones sean recitadas y representadas por los actores precisamente en la línea y trayectoria del original?

También aquí, como en Homero y siempre, traduciremos todo y nada más de lo que en el original haya, las representaciones originales, las ideas e imágenes en su helenía peculiar. Hay omnipresente en la tragedia griega —en Esquilo, por modo sobresaliente— una especialísima magia del verbo, y no sólo en las metáforas atrevidas, ni sólo en el ceremonial hierático de los coros. Palabra y cosa no son funciones distintas, sino que se unimisman en una sola sustancia. La palabra trágica no expresa, sino que contiene y es la cosa. ¿Cuántos traductores se dan cuenta de que traducir ὦ φίλτατον γυναικὸς Ἰοκάστης κάρα por “Yocasta, mi querida mujer” no es lo mismo que traducir, con Hölderlin, “O liebstes, du, des Weibs Jokastas Haupt!”, y que traducir ὦ κράτιστον πᾶσιν Οἰδίπου κάρα —en Hölderlin “O Haupt des Oedipus, / Stark über alle”— por “¡Oh, caro Edipo, a quien todos aclaman el poderoso!” quita y pone cosas esenciales en el texto original? ¿Cuántos se aperciben de que esos gritos e interjecciones φεῦ, οἶ, οἴμοι, αἰαῖ, τοῦ, ὄτοτοτοῖ no son comodines que le están al poeta de perlas para rellenar su verso, sino manifestaciones diferentes de la existencia trágica, que no pueden ser trasladadas invariablemente con un “¡ay!” desangelado, monocorde? Claro está que con este ideal de traducción nada tienen que ver las adaptaciones al uso, ni los arreglos según las convenciones teatrales contemporáneas, que reducen la tragedia a la “historia” y omiten aquí y allá los mitologemas, no precisamente antiguallas en una tragedia griega. La lás-

tima es que tampoco se le acercan mucho, ni nos dan ocasión para recibir gusto y contento, las traducciones del común, a base de mucha jerga retórica y de mucha *fabla antigua* que sospechamos que nunca *se fabló*. Y, entre tantas mandangas, se olvidan de entrar en el corazón del asunto y de plantearse a fondo lo que puede y debe ser el a y la zeda de una traducción de la tragedia helénica⁴⁶.

Algo sobre forma y norma

A no dudarlo, cuanto más lúcidamente sentimos la exigencia de fidelidad, más problemática, por lo desesperada y desesperante, se nos hace la traducción. Parécenos una de esas cosas de que hablamos para los menesteres del conocimiento, pero que no son en la realidad, cosa que no hay, de la cual sólo hay su falta, su deplorable hueco.

Forma y contenido constituyen una unidad indivisible que brota del concurso y choque de aquel continente corporal y de este contenido espiritual. Diversos son los matices con que la crítica de muy docta vanguardia —estética crociana, “Formgeschichte”, formalismo ruso o “nueva crítica” americana— entiende uno y otro concepto⁴⁷. Mas, sea lo que quiera de esta profunda distinción, todo el mundo está de acuerdo en que no puede darse conflicto alguno entre forma y contenido, pues uno no tiene consistencia sin el otro y la abstracción del uno los mata a ambos. Son accidentes, recíprocamente consignados, de la misma sustancia. Se confunden en estrecho consorcio, se pliegan el uno al otro y se unimisman. Más aún: para la poesía al menos, Mallarmé nos ha enseñado que “la materia no es condición de la forma, sino uno de sus

⁴⁶ Cf. SCHADEWALDT en el epílogo a su *Griechisches Theater*, Francfort, 1964, 494-500 y *Antike Tragödie auf der modernen Bühne*, en *Hellas und Hesperien*, Zurich, 1960, 543-570. Puntos de vista diferentes sustenta STAIGER en el epílogo a su traducción de *Edipo rey* (Berlín, 1936) y en el de su libro *Die Tragödien des Sophokles* (Zurich, 1944). Ambas opiniones están claramente confrontadas en sus respectivas intervenciones en el “Artemis-Symposion” de 1963 sobre *Das Problem der Uebersetzung antiker Dichtung* (edición fuera del mercado).

⁴⁷ Cf. WELLEK *Die Begriffe 'Form' und 'Struktur' in der Literaturkritik des 20. Jahrhunderts*, en *Grundbegriffe der Literaturkritik*, Stuttgart, 1965, 46-56.

efectos". El influjo de su lección es, en el día, ampliamente sentido. La poesía expresionista, paralelo literario de cierta pintura abstracta, se autodefine como experimento constructivo del lírico, cuyo resultado es "el poema sin fe, el poema sin esperanza, el poema dirigido a nadie, el poema de palabras", una obra que, tan luego en construcción, camina derecha a su puerto sin necesidad de timonel, como dice Homero que solían los barcos de los feacios. Gottfried Benn, cuyas son estas expresiones, arriesgará con última sobriedad⁴⁸ su definición esencial de poesía: "poesía es lo intraducible".

Esa unidad puede entrar toda ella en un fragmento, mínima fracción de la obra, tira o pella de su cuerpo; pero jamás será posible que la forma se disocie y descomponga de su materia para recomponerse luego con una materia extraña. No es un χωριστόν. El reconocimiento de esa imposibilidad parece justificar la renuncia del teórico hacia la traducción, su desprecio soberano por la industria traductoria. Pero justamente aquí —antinomía y ambivalencia de la idea de traducción— donde el teórico contrista y desmaya se despierta en el traductor el impulso que le instiga y afana, sin cansamiento, a hacer posible lo imposible. El original es rigurosamente irrepetible; pero su idealidad inaccesible, la misma que predispone en el teórico la renuncia, estimula tan sin tregua la actividad del traductor. Ante la irrepetibilidad del modelo, aquél se resigna; éste se acerca a él, a pesar de ello, o más bien que a pesar, a causa de ello: porque le atrae singular e inabordable. La diversidad de opiniones proviene de una mismísima opinión. Coinciden y creen estar contrapuestos. La reproducción de una obra, que sabemos valiosa, sólo puede llamarse traducción cuando aspira a igualarse con su modelo. Éste es, sin embargo, unigénito y la igualación deseada es siempre desigualación en más o para menos. Esta tensión es, para el teórico, ficción, tristeza y desgana, repulsa; redarguye en el traductor pasión, impaciencia y tormento, norma reguladora de su actividad. Lo inaccesible se nos puso de meta.

Norma sin paliativos, en sentido muy propio. Cualesquiera sean las cualidades y disposiciones que se exijan del traductor, serán

⁴⁸ BENN *Probleme der Lyrik*, Marburgo, 1951 (recogido en *Gesammelte Werke* I, ed. Wellershoff, Wiesbaden, 1964).

zarandajas insuficientes, perendengues inesenciales, si no las informa, conforma y transforma un principio configurador de especie puramente espiritual. Ello es, desde luego y sin más, indisputable, inopinable, certísimo. En tanto el original se hunde en una vivencia subjetiva, la del traductor, producirá copias de naturaleza necesariamente subjetiva; pero, bajo la agencia de la dignidad del original, esas disposiciones subjetivas, oriundas de un *ethos* específico, se ajustan y ciñen a la pauta del modelo. La habilidad, su primor y facilidad de expresión y hasta la genialidad de ciertas traducciones paródicas no nos engañan. Estudiada a la luz segura de su propia ley, cualquier traducción es nada, se contradice con esa ley cuando el traductor no subordina sus fuerzas propias a una norma, su medida y su fin, que es la *idea* del original. La Estética de Croce —idealismo monista— llama *forma* de la obra de arte a los sentimientos, actitudes y tendencias que en ella toman cuerpo, es decir, a su idea y norma. Forma —sea dicho al pasar— es el traslado latino del εἶδος griego. Cuando esta *idea* se convierte en principio formal de la traducción, traducción y original son, en verdad, como el símbolo y el ser. El símbolo representa algo que no nos es presente; pero, a su través, experimentamos la presencia de lo ausente. La idea, la norma del modelo es el correlato objetivo de ese *ethos* interno y temperatura espiritual, voluntad de propia configuración, de que os tengo dicho⁴⁹.

El traductor no es el poeta, sino, como dice Novalis, y lo dice casi bien, “el poeta del poeta”. Hace hablar al poeta según su propia idea y la del poeta, de suerte que la traducción es posesión en común y legítima tanto de su autor como del autor del original. En este último es el símbolo del ser de la obra; en el traductor, el reconocimiento entero y verdadero de la idea del modelo. Y sólo cuando una traducción del griego pertenece, desde su hora de par-turición, tan plenamente a la lengua y literatura helénicas como a las propias, sólo entonces tiene derecho a existir.

Esto es así y tiene que ser así, y tal derecho permanece a pesar y aun gracias al hecho de la imposibilidad de toda traducción. Lo importante es la lucha, no la victoria. Aunque estemos convencidos

⁴⁹ Cf. SCHADEWALDT *Das Problem des Uebersetzens*, en *Die Antike* III 1927, 287-303 (recogido en *Hellas und Hesperien* 523-537).

de que nunca llegaremos a traducir óptimamente a Homero o a Esquilo, ello en nada achicará el valor de nuestros intentos por acercarnos al espíritu griego con la conciencia de la norma y la voluntad de autoconfiguración. No podemos llegar y por eso se nos da como enseña de llegada. Decidir los medios y esmerar los métodos de la traducción es más bien cosa de cada traductor, de la forma de su experiencia más aguda. Si se ajustan, de uno u otro modo, a la norma del original, entonces se hace en ellos manifiesta esa magia secreta, esa cosa exquisita e indefinible que se siente y que no se explica. Cuando la traducción se atiene a esta liturgia, del traductor, ensoñador de imposibles, decimos con el filósofo "yo amo a aquel que desea lo imposible".

Reproducen las traducciones otras tantas imágenes o vistas del mismo espíritu, aquello que en el original cada uno ha vislumbrado y querido expresar. En resolución, y como más de una vez se ha dicho, el creador de la traducción valiosa de una obra griega no es el traductor: es el Espíritu griego mismo, su acción en nosotros. Conjurar el destino, el momento fecundo que madurece la traducción, no es cosa concedida a todos. A nadie es negada la capacidad de disponer su espíritu en disposición abierta a la acción de aquel Espíritu, de vivir en su disponibilidad.

De nuevo, la tradición

Esta idea de la traducción sólo hasta cierto punto se aviene y consueña y nos resulta concepto corresponsal y rebote de lo que hoy entendemos por tradición clásica. Nuestra comprensión de los griegos es hoy, ella misma, problema. Nuestro humanismo no pone hoy su ideal en una visión estática de los griegos como dogma y paradigma y en una imitación borreguil de su norma. Nuestra relación, en todos los ámbitos, frente a los modelos griegos es mucho más complicada que en la bicenturia pasada. Nuestra comprensión del fenómeno griego se alza de lo histórico —escalón en que se detenía la filología positivista— a lo suprahistórico —escalón del que no descendía el humanismo idealista— y, a la vuelta de este último, intenta comprender lo histórico.

Para el crítico literario es una comprensión cuyo mejor fundamento le viene de la esencia misma del género literario griego. El γένος griego se nos revela, con efecto, en su originalidad unicísima y, todo a la vez, como conclusión y cifra de elementos tradicionales. En él descubrimos, con sus más y sus menos, la relación, muy griega, entre individuo y tradición, el canje, toma y daca entre lo histórico y lo suprahistórico. Esta relación abarca los elementos formales (palabra, sonido, ritmo y tono) y enlaza y conlleva los del pensamiento y contenido.

Bajo especie de paralelidad, nuestro humanismo, fiel a la esencia entrañable de la cultura griega, no nos aconseja dormitar cómodamente sobre la almohada de los griegos. Antes al contrario, en los griegos vemos, al tiempo mismo, a nuestros amigos y a nuestros enemigos que nos retan siempre, con humor pugnaz y temple polémico, a nuevas lides y a entrar en su emulación. Son hoy, más que nunca, nuestros hermanos, nuestros verdaderos hermanos, los muertos, que son los que nos hacen sombra a los vivos. La norma se convierte en un concepto orgánico de forma. La forma se nos hace semilla y trampolín. La recepción, el ingerimiento y aporte de savia extraña, tórnasenos renacimiento. Del recuerdo germina la esperanza y la fidelidad genera originalidad.

Bien así en nuestro caso. Es la influencia feliz de ciertas traducciones, que libertan y despabilan nuestra propia originalidad. La asimilación de los escritos de Cicerón, Livio o Tácito ha sido condición esencial para el nacimiento de la prosa abstracta del XVII, que es lo que Europa ha producido, en el orden de las letras, de más raro y más consistente. Podría abonar lo que digo con múltiples ejemplos; pero ninguno encuentro hoy más a mano que la traducción francesa por Malherbe de las *Cartas a Lucilio* senecanas⁵⁰. Del estilo de Séneca no queda nada: cuando Séneca es conciso hasta la oscuridad y enhila sus pensamientos como bloques pétreos en apretada parataxis, Malherbe suaviza tránsitos, aclara y logifica, jerarquiza y subordina y trata por expansión. El romano concita por reacción al francés. No se dijera sino que Malherbe se acerca al original, tanto o más que para apropiarse su con-

⁵⁰ *Œuvres complètes* ed. Lalanne.

tenido, para enfrentarse ejemplarmente, por pique de oposición, con su estilo. La paradoja es que de la mano de esta traducción transformadora surge un tipo nuevo de prosa gala, exacta, clara y cortés, nada exuberante y pintoresca como en Rabelais y Montaigne: la prosa clásica francesa.

Bajo el destino que les unió a una cultura, la griega, desarrollada plenamente desde mucho tiempo atrás, los romanos se convirtieron en los inventores del arte de traducir. Formas muy características de la literatura latina se han desarrollado, a partir de la apropiación del arte griego, por una *interpretatio Graecorum*. Facetas interesantes —históricas, literarias, culturales— se involucran aquí; pero sobre todo el problema, agudo y perentorio, del anejamiento orgánico de valores espirituales, por virtud del cual se ponen en obra las propias fuerzas y de la semilla ajena brota una creación original. Cicerón comenzó traduciendo literalmente, lacayunamente, en su temprana juventud el *Económico*; pero ese grado no fue sino la incoación de otro más independiente. En el declivio de su edad madura pondrá todo su conato en trasladar la atmósfera del diálogo platónico al ambiente senatorial de su urbe y, dueño de sí, manumitido de tutelas próximas, traducirá *non uerba, sed uim*. De la mano de los modelos griegos la épica romana se hizo párvula, niña, adolescente y adulta. Con Virgilio se siente definitivamente libre, se sabe dueña de sus pies y su camino y elige nuevos itinerarios donde desplegar toda la abundancia de su potencial energía creadora. Otro tanto acaece con la historia, en Roma, de la fábula dramática. Bien que contraída a un caso particular, esta retrospectiva nos pone de manifiesto un proceso de validez ejemplar.

Pero tengamos cuenta no incurrir en confusiones: ¿quién llamaría a Virgilio un traductor? Entre Homero y Virgilio —su émulo y su par—, pero también entre Demófilo y Plauto, entre Séneca y Malherbe tiramos una raya, marcamos el lindero y decimos: aquí ya no hay traducción, réplica del pasado, sino una vida nueva, un producto artístico original, conjurado por el espíritu de ajenos modelos, pero insumiso a él.

Los romanos toman, de primero, la materia de su poesía épica a los griegos (Andronico); adoptan luego la forma griega, el exámetro, al servicio de una sustancia romana (Ennio); y, a través de

esa forma griega, se hacen conscientes de su propio ser (Virgilio). El progreso es, en altas dosis, sabroso, aleccionador en sus diferentes aventuras: ¿acaso no es un síntoma vehemente que, si en su inicial asomada a la vida una forma romana, el saturnio, sirve a contenidos descaradamente helenizados, en su hora de manumisión se liberen esos poetas a través de una forma griega, por y en la que comprenden la esencia de lo griego y, por ende, la peculiaridad de su ser propio?

A mi juicio se trata de un estupendo ejemplo de cómo la tradición, así entendida, es la andadura misma de la historia. Pero me urge salir al paso de un posible equívoco. Para nosotros la relación de estructura entre traducción y tradición, de la que venimos hablando, se refiere a un concepto sumamente estricto, intransigente de la traducción y de la tradición. Tocante a esta última, cuando de tradición hablamos, hablamos el lenguaje de la religión y de la teología, hipersuspicaces e intolerantes para con cualquier especie de infidelidad. Así también reiteramos —bien que se nos acuse de ejercer oficio de monosilabistas— que sólo en la fidelidad a la forma, a ese concepto de forma que venimos explicitando, advera la traducción su esencia propia y su sentido fuerte. Declaramos, aunque sea en redondo, que no hay vía media y de compromiso, μέσον en sentido aristotélico: lengua *neutra*, ficticio atractivo de ponderación ni práctica de paños calientes. A nadie es negada la pretensión de continuar o revivir el modelo como prueba de su eficacia viva en otros espíritus. Negamos, en cambio —especie que protestarán no pocos—, a la traducción el derecho de su plantar al original. Identificar la versión con el original de suerte que se la pueda tomar *no en defecto de, sino en lugar y como el original* es tan sólo un ideal y, como todo ideal, inalcanzable. Para no perder del todo la brújula no hay otro camino —escribe fray Luis⁵¹— que “ser fiel y cabal y, si fuera posible, contar las palabras, para dar otras tantas y no más”. Nada encuentro que restar a la exigencia preinserta. Amén.

Tememos que a algunos se les haga muy cuesta arriba venir a nuestra opinión, caer de su burro, y que no estén en dejarse regla-

⁵¹ Prefacio a su versión literal del *Cantar*.

mentar tan aínas sus convicciones a esta inconcusa convicción nuestra⁵². Hasta es posible que digan que son las mías ideas rancias e impopulares. Rancias no creo que lo sean, pues no es muy antiguo su abolengo. En cuanto a si tienen más o menos séquito y son más o menos consentidas, sospecho que, en el día, la que está en quiebra y franca liquidación es la figura del "traduttore traditore". Corriente y vieja de muchos siglos nos resulta, en los días que vivimos, extemporánea, manoseada, viejecita, valetudinaria. Las corrientes van por otro lado y tal vez sean esos presuntos críticos los misoneístas.

Por cuenta propia, ni que decir tiene, y dejando a cada cual su propia libertad opinante, es el caso que nosotros cumplimos nuestra obra de advertencia y quedamos en que la traducción rinde su servicio al lector que no entiende el original sólo en la medida en que es fiel a la forma del original. De toda nuestra rebusca se concluye que no hay otra aduana de ingreso.

Ahora, después de tantos rodeos y giros tortuosos, podemos volver a nuestro comienzo y cerrar el circuito para hacer balance y proceder al fondo en el tema. ¿Cuándo, cómo y por qué viven las obras literarias? ¿Es posible la traducción o es su posibilidad un cuento chino? ¿Cuál es la ley de la traducción fiel y su veraz contraste con otros productos epícenos? De actos en entre actos llegamos al final de nuestra jornada y habemos de resumir nuestras moralejas. Pero, si hasta ahora avistamos el problema perpetuamente vivo de la traducción con cierto pesimismo, pondremos punto final a estas páginas con talante más ilusionado.

En el ruedo de la traducción hay sol y sombra. Hasta ahora todo se nos ha vuelto hablar de la sombra. Digamos ya, mal que bien, en qué consiste la gracia y el esplendor de la traducción, que yo aquí predico. Los méritos de las otras, sus mil y una felicidades, vocéelas quien pueda y sepa. No pretendo podar a cada quien el albedrío para que no traduzca como le venga en gana; pero sospecho que, bajo la pompa de tanta bella infiel —y de esto

⁵² Por ejemplo, para citar a un crítico agudo, a BETTI *Probleme der Uebersetzung und der nachbildenden Auslegung*, en *Deutsche Vierteljahrsschr. Literaturwiss. Geistesgesch.* XXVII 1953, 489-508 y cap. *L'interpretazione traduzente*, en *Teoria generale della interpretazione*, II, Milán, 1955, 660-694.

sucede mucho—, late una triste mendicidad que dificultaría aplicarles a ellas lo que a continuación decimos.

Elogio de la traducción

Nos hemos abierto a la convicción de que la traducción es una *forma*. Comprenderla como tal exige inexorablemente retrotraerla al original. Su ley, pues, consiste, se encierra en la *traducibilidad* del original. En el haz de esta cuestión se demanda, lo primero, si entre la serie —procesión secular, cabalgata milenaria— de sus lectores el original llega a encontrar un traductor adecuado. Pero, en un estrato más fundamental, lo que se baraja y pregunta es si, por su esencia misma, el original se deja traducir y aun lo reclama.

Ciertas relaciones conservan su sentido, su mejor sentido, se desempeñan mejor cuando de antemano no se relacionan exclusivamente con el hombre. Aunque todos los hombres del universo mundo los hayan olvidado, se podrá hablar de una vida inolvidable o de una emoción inolvidable. Aunque su esencia exija no ser olvidados y los hombres los olviden, este olvido no puede preciar de desbaratar —¿en gracia a qué, por qué, con qué derecho?— la inolvidabilidad de aquella vida o emoción. Se tratará de una exigencia cuyo cumplimiento no corresponde al hombre, sino a un dominio más alto, allá lejos, en un lejos que no se sabe dónde es y que está aún por venir. De la misma manera, o por más alta manera, la traducibilidad de las obras literarias deberá ser averiguada aunque fueran intraducibles para los hombres. Habrá que decir, aun arrostrando la paradoja: vale, por lo tanto, como verdad inconcusa que, si la traducción es una forma, la traducibilidad ha de ser esencial a ciertas obras.

Padre es el autor de los días de su hijo; pero, viceversa, veces hay en que el hijo fue el autor de la inmortalidad de su padre. Renan ha echado su cuarto de espadas y dicho que “una obra no traducida, sólo está publicada a medias”. Un traductor pretencioso dirá que un peral que no da peras no es un peral, es un fracaso de sí mismo, aunque dé sombra y madera como otro árbol cual-

quiera. Lo cual no es cierto o, al menos, yo no lo creo. La vida del original se renueva en la traducción, como el viejo tronco rebrota. Pero nótese, para no trabucar las cosas, que el original no sirve a la traducción: es ésta la que le debe su propia existencia. En todo caso, y esto es lo que importa, la relación entre la traducción y el modelo es una conexión natural, orgánica, en relación con la vida. Así surge la traducción del original, no de su vida, pero sí de su supervivencia. El horizonte de esa vida es la historia y su hora de oriente se llama *fama*.

Vida y supervivencia las entendemos aquí en un sentido nada metafórico. Hay que ver esto con claridad o, dicho en plata, sin misticismos. No es sólo una manera de decir, decir que una obra literaria vive y sobrevive. No se sabe, o se sabe mal, cuánta verdad hay en este modo de expresarnos. Rasguea la pluma del poeta y su péñola de escribir da el último plumazo. Éste no es el golpe de gracia definitivo de la obra: no la condena a una necrosis de senescencia. Las creaciones lingüísticas y literarias son vulnerables al diente del tiempo. Viven debiles en el discurso y huidez del tiempo y de las cosas que inexorablemente se lleva el tiempo. Se vierten al tiempo y se mudan y se cambian. Nos hallaríamos a cien leguas de la verdad si viéramos en esos cambios sólo la proyección subjetiva de la posteridad, de las variaciones de modas, sentimientos y gustos. Pensar así arranca de defecto nuestro. Se llama, dicho con lisura, negar grotescamente —por flojera, decaimiento y flaca condición de nuestro magín— uno de los procesos más fecundos de la vida. Cierta cosa es que la palabra del original no es lengua muerta. Vivero y almáciga de las traducciones, el original es eternamente joven en tanto que eternamente retoñe. Su palabra madura en la palabra de la traducción, entre todos los dolores y gozos del parto, y así desde que quiebra su alba hasta la fin del mundo. La traducción, en cambio, envejece y se corrompe, traspone siempre y se esfuma con el tiempo. Se enrancia y se nos aja. Condicionada por la época, por el día, por la hora, la traducción, ayer óptima, nos parece hoy aviejada, archiavariada. Son obras de ocasión y de momento. De ahí la necesidad de volver a traducir, periódicamente, los originales valiosos.

La vida del original es siempre vida noble, no vida anónima. Vida noble es aquella que tiene un fin que cae por fuera de la vida misma. Sus fines viven en un mundo más grande que la vida, y ésta se sabe desterrada de su patria más auténtica. Esos fines dicen relación no con la vida, sino con el sentido de la vida. Bien así la traducción. No podemos dar de ella definición que se tenga en pie si la aislamos de su sentido en el curso de la historia de la lengua y la literatura. En último término, y es así como hay que definirla, su finalidad no es otra que expresar la íntima relación y parentesco suprahistórico habidos entre las lenguas. Podrá definir como imposible esa relación; pero expresarla, en tanto la realiza secreta o intensamente, eso sí que puede. Proposición ésta que ha de parecer al pronto oscura o enrevesada, estoy de ello cierto; pero que, en tomándole el gusto, nos va a ser de mucha utilidad.

Desde una perspectiva de radio corto, en el horizonte de sus relaciones históricas próximas, hemos hablado antes largo y tendido sobre las fronteras internas —interlinguales, intersemióticas— y el antagonismo que entre las lenguas se interfiere. Ellas hacen de la traducción, incluso entre lenguas hermanas, una lucha campal, un romance cabileño o fronterizo. Desde una óptica de radio más generoso, que viene del lejos de lo lejos, aquel antagonismo se hace federalismo societario, radical mutualidad, fraternidad prieta. Como así es, en efecto.

La traducción pregona, anuncia el parentesco de las lenguas. Pero este parentesco se realiza de otro modo que por el parecido —laxo, aproximativo, vago— entre copia y original. La traducción no es una copia. Si tal fuera, de poco nos serviría para entender el original. La teoría del conocimiento demuestra la imposibilidad de un conocimiento real por la copia. Cuando el conocimiento se basa en copias de lo real, ni posee objetividad alguna ni debe pretenderla. Mal juzgaríamos del parentesco entre los hombres dejándonos llevar del vago parecido. Ocurre lo propio entre las lenguas. El parentesco suprahistórico entre las lenguas es más aún que parecido; y es que se refiere a que, en cada una de ellas, se significa algo que sólo en el conjunto de ellas, en su gran sociedad, es alcanzable. “Sólo entre todos los hombres —ha escrito Goethe— es vivido por completo lo humano”. Entender esta ley y sus inten-

ciones complementarias vale entender la ley fundamental, el abecé de la filosofía del lenguaje, que es cuanto hay que decir.

Aherrojado en la cárcel de esta o esotra lengua, encerrado con seis llaves, el significado de las palabras no lo encontramos realizado nunca en su sentido absoluto. Sin embargo de esto, todas esas maneras relativas del significado se armonizan en la armonía de la lengua pura. En aquéllas se halla, como inhumada y en sombra, la sustancia original de la lengua. La traducción, por la que las obras perduran y reviven las lenguas, es una manera provisional de enfrentamiento con la extrañeza histórica que separa a las lenguas. Otro enfrentamiento que éste, temporal y provisorio, le está vedado al hombre. Pero la traducción tiene ese carácter peculiar de ser sólo etapa, período, momento que está en camino hacia otra cosa rica de más perfecta riqueza. Liberándose de su gravamen, emancipándose a sabiendas o sin saberlo, la Lengua se va patentizando, se acrisola y magnifica, se redime poco a poco. Y así la traducción es la promesa del final mesiánico, final color de rosa, en el que, como en la primera mañana del mundo —allá en las pretericiones de nuestro abolengo adamita—, la lengua pura, la única lengua volverá a ser: que, en llegando allá, todo será uno y lo mismo. Con marcha ondulante, claudicante, pero segura hacia un fin, preludia la reconciliación de las lenguas y augura su plenitud. Es la suya obra porvenirista de integración y concinación.

Otra vez más sea dicho, desde luego, que esto se refiere a aquello que, en una traducción, no es comunicación. Hase de añadir, más exactamente, a aquello que, en el original, no es traducible. “Les langues imparfaites, en cela que plusieurs, manque la suprême: penser étant écrire sans accessoires ni chuchotement, mais tacite encore l’immortelle parole, la diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de proférer les mots que, sinon, se trouveraient par une frappe unique, elle même matériellement la vérité”. Estas palabras, dichas egregiamente, de Mallarmé, traductor militante, se aplican estrictamente a la lengua de la que sienten nostalgia los filósofos, a la lengua de la Verdad. Pero vienen también a nuestra teoría del traductor como pedrada en ojo de boticario. Cuando traducimos, nuestro gran motivo, sin que lo advirtamos, es la integración en una sola lengua de la pluralidad de las lenguas. El filó-

sofo sueña con liberarse de la frontera de inefabilidad de toda lengua. El traductor sueña con madurar la semilla de la lengua pura, generador primero, λόγος σπερματικός. Una misma patética dimensión es común a ambas búsquedas: buscar omnímoda, instantemente, siempre algo que no nos ha sido dado encontrar. Aristóteles llamó a la filosofía "la buscada", ἡ ζητούμενη, y así llamaríamos nosotros a la Traducción. Por eso, como no hay ninguna Musa de la filosofía, tampoco la hay de la traducción.

Fidelidad o libertad o Fidelidad y libertad: a la vida por la letra

Vistas las cosas desde este miradero, lo que sí decididamente parece cierto es que, cuando la reproducción del sentido se erige en medida de la traducción, la traducción es irrealizable.

Fidelidad y libertad: eterno dualismo sobre cuyo gozne gira toda la discusión, los dos polos sobre los que rueda el eje de nuestro problema. Al primer pronto, fidelidad y libertad se contraponen. La libertad, en la acepción usadiza, se apoya en la instancia de reproducir el sentido, entendido y subentendido, del original. Pero esto sólo ocurrirá cuando el sentido del original se identifique con su comunicación. En toda obra literaria hay algo incomunicable, algo no mediatizable, provincia de misterio en la que lucha por venir a luz la semilla de la lengua pura y esencial. Ésta es el lugar en que toda comunicación, toda intención, toca un estrato en el que está destinada por fin a liberarse. El verdadero interés de la verdadera traducción se halla en una zona y región espiritual donde ya el sentido se olvida y va en derrota. ¿Qué dice un poema, qué comunica? Poco al que lo entiende. Su esencia no es comunicación. Las traducciones muy comunicativas no comunican más que algo inesencial. Pues lo que hay en una obra literaria aparte de comunicación —y hasta el traductor más obtuso concede que ello es lo esencial— eso es, en normalidad, inaprensible, secreto poético. Por acrobática paradoja la libertad de la traducción es liberación del sentido que encarcela y tiene cautiva a la lengua pura en la lengua ajena. Como una tangente toca al círculo en un punto

—viene a decir Walter Benjamin⁵³— y no este punto, sino la relación de la tangente para con el círculo, determina su curso en el infinito, así la traducción toca al original en un punto, su sentido, para seguir luego cursando, según las leyes de su libertad, en el movimiento libre de la lengua. Habiendo arrancado juntos, acaban por perderse de vista.

Nadie malentienda lo que digo y piense puerilmente que el traductor sólo puede traducir en tanto crea él también poéticamente. En tal caso, la traducción, en cuanto traducción, será doblemente mala: transmisión inadecuada de un contenido inesencial. No, nada de eso. El sentido de esta libertad lo ha señalado Rudolf Pannwitz en las penetradísimas palabras de una página —año de 1917— de su *Crisis de la cultura europea*: “Nuestras traducciones, incluso las mejores, parten de un principio falso. Quieren alemanizar —hispanizar— el indiano, griego o inglés en lugar de indianizar, helenizar, anglizar el alemán —el español—. Respetan mucho más la lengua propia que el espíritu de la ajena. El error fundamental de la traducción es que se aferra al estado casual de la propia lengua en lugar de dejarla moverse por y en la extraña. Cuando se traduce de una lengua muy lejana, la traducción debe retroceder hasta los últimos elementos de la lengua misma, allí donde palabra, imagen y tono se conjuntan. No tenemos idea de en qué medida es esto posible, de hasta qué grado puede modificarse una lengua. Las lenguas se distinguen unas de otras como un dialecto de otro: esta aseveración hay que tomarla no en sus zonas superficiales, sino con gravedad bastante”. No sabríamos enunciar, con menos palabras, la fórmula de la traducción mediante el *extrañamiento* del lector ni justificarla más sobriamente, limpia de todas las gangas románticas de que aparecía revestida en Schleiermacher: el ideal del alemán como lengua literaria universal, la fantasía que acariciaba de “un público de amantes y conocedores en el mejor sentido de la palabra”.

⁵³ BENJAMIN *Die Aufgabe des Uebersetzers*, recogido en *Schriften I* 40-54. Juzgar ligeramente estudio tan estimable revela algo más que ceguera filosófica: ésta no es, desde luego, floja en GUETTINGER *Zielsprache. Theorie und Technik des Uebersetzens*, Zurich, 1965 (la crítica a que aludo se halla en las páginas 35 ss.; por lo demás, hay mucho de apreciable en este librito).

Repito la cantata, el sermón que hay que predicar a diario —y por mí no quedará— y vuelvo a sostener, con machacante insistencia y no por mero querer, que el más alto elogio de una traducción no es poder decir de ella que se la lee en nuestra lengua como un original. ¡Valiente idea de la traducción tienen los que así dicen! La traducción verdadera es transparente, con esa honrada transparencia de cristal coloreado de que antes os dije, y no esconde el original. A través de ella, éste nos aparece con la frescura intacta que sus gracias tuvieron a la hora de estremecerse, a la hora de sus santas natividades. Esta transparencia no la da la frase o el sentido, antemural opaco, triple cota de bronce que lo encierca; la otorga la palabra, la fidelidad a la palabra, medio cristalino donde da sus refracciones y afirma su casta el yo mejor del original. Cada palabra es una sugestión y poder anagógico, una llave de oro que abre el reino de misterio ante nuestros ojos pasmados.

A veces esa fidelidad solícita puede llevar a lo ininteligible. Si el sentido se erige en metro y contraste crítico de la traducción, juzgará como mala traducción aquella que, por ser ella tan fiel, se desdeña de esa común esclavitud de las malas traducciones. Las traducciones de Píndaro y Sófocles por Hölderlin —el amoroso aquél, alma congojosa de griego nuevo— parecían, tan fuera de lo que se usaba en la pasada centuria, *exempla in terrorem*, una barbaridad, una enormidad. Hoy son para nosotros la norma, que nos ofrece no poca enseñanza. En ellas bebemos boca al chorro. No plugieron en el siglo ése y hoy, por muy diverso estilo del estilo de entonces, somos muy sus amigos. Se han fraguado su prestigio, golpe a golpazo, contra la indiferencia, contra la hostilidad. Nos feriamos en ellas y las consideramos, especialmente las sofocleas, como traducciones ejemplares hasta la superlación. Descubrieron, rumbearon un continente al cual nadie las seguiría hasta bastante más tarde; pero ahora, una vez puestos a tono, entendemos bien su audaz intención artística, nos rendimos sumisos a ellas y las ponemos devotamente sobre nuestra cabeza. El tesoro de esas obras griegas, a fuerza de traducciones paródicas convertido en algo casero y consuetudinario, lo teníamos desterrado, como muebles viejos, en el desván. No habitábamos en ellas y resultaba

que no nos eran o que nos eran cachivaches. Por estas traducciones, de una intensidad de extrañamiento a la que han llegado pocos, el lector que no sabe griego edifica su vivienda en aquellos autores venerables, vuelve a habitar el ser griego del único modo posible, en la "casa del ser", en su lengua recidiva. Unge de ellas y nos trasciende la armonía de la lengua griega con sonidos alemanes. Esa armonía es tan profunda que el sentido es tocado sólo tangencialmente.

Estas traducciones no son copias; más bien son el "arquetipo" del original. En ellas se nos hace perlúcida la frase, aparentemente revesada, de Nietzsche, "revivir lo grande para previvirlo", "das Grosse nachleben, um es vorzuleben". Han incorporado, creemos, el sueño de Novalis, quien en una página de 1798, muy poco conocida⁵⁴, escribía: "Una traducción es o gramatical o transformadora o mítica. Las traducciones míticas son traducciones en el estilo más elevado. Representan el carácter puro, plenario, de la obra de arte individual. No nos dan la obra de arte real, sino el ideal de la misma. Aún no existe, a lo que creo, ninguna muestra de ellas". El trabajo, metódico y casto, de traducir, llevado con hieratizado formalismo, sin cansancio, tiempo y tiempo, nos encamina de alguna manera a poner nuestros pasos sobre las huellas de los del autor. No se trata sólo de plasmar, de troquelar un texto desde otro, sino de remontar, desde éste, al momento virtual de su eflorescencia. Vemos algo de su detrás. Asistimos a ese estado de espíritu que semeja las vísperas inmediatas de un concierto: los instrumentos se llaman, se invitan uno al otro, se saludan y despiertan y se dan el tono y acorde antes de iniciar la ejecución. A través de la puerta ancha de la más estrecha fidelidad a la palabra, el poeta, Hölderlin, ha tenido acceso a aquel instante y dominio en que el sentido se desencerca de trabas, se libera en una anchurosidad sin confines, en una hondura sin suelo. Con un temple no muy remoto del místico ha mecido su espíritu; ha gozado, a fauces anchas, del secreto. Estas traducciones transpiran una gran experiencia y una vicisitud casi sacra. La ha revelado febricitante y luego ha callado para siempre. Fueron su obra pos-

⁵⁴ "Blüthenstaub" en *Athenaeum* 1798 (repr. fotomec. Stuttgart, 1960), 88.

trera, su canto de cisne. La revelación, consuntiva, le ha muerto la lengua.

Hay, sin embargo, un punto de apoyo. El texto sagrado —directo, las partes de por medio ausentes, palabra que es de la verdadera lengua, de la lengua de la Verdad—, el texto sagrado es traducible. Lengua y Revelación están en él unidas. Fidelidad y libertad se unen igualmente en la versión yuxtalineal. Pero, en un grado u otro, toda escritura —aunque, sobre todo, más arriba que todo, la Escritura— tiene en sus líneas, al pie de su letra, su traducción virtual, una sola y propia suya. Leamos —digamos— las líneas y no las entrelíneas. La versión yuxtalineal de las sagradas letras es el prototipo o ideal de toda traducción.

“Las lenguas, como las religiones, viven de las herejías”, escribió Unamuno⁵⁵. Desde que el mundo es mundo las lenguas, como las religiones, viven de la fidelidad, de la continuidad, de la tradición. La vida es siempre secuencia, aun para aquellos que quieren romper con todo. “El verdadero artista —comentaba Goethe⁵⁶— debe ser considerado como un hombre que quiere conservar algo que se reconoce como sagrado y perpetuarlo con seriedad y reflexión. Pero cada siglo, a su manera, tiende hacia lo profano y pretende hacer vulgar lo que es sagrado, fácil lo que es difícil, divertido lo que es serio. Esto no sería mayormente de reprobar si el resultado no fuera la destrucción tanto de la seriedad como de la alegría”.

La unidad del género humano tiene sus raíces últimas en la unidad de la tradición en sentido estricto, es decir, en la participación común de la tradición sagrada que remonta a la palabra de Dios. En nivel temporal y más próximo, la unidad de nuestra tradición cultural nos viene de nuestra participación en la heredad común de nuestros *πάλαιοι*, *ἀρχαῖοι*, de nuestros mayores griegos, sus filósofos y sus poetas. Aristóteles llamaba a los poetas “los antiguos más antiguos”, οἱ παμπάλαιοι. Más románticamente Hegel diría que son los “nobles espíritus” que, por la audacia de su razón, penetraron en la naturaleza de las cosas y del hombre y nos la dieron a conocer con su palabra. Son, por derecho de

⁵⁵ *Ensayos* I 395.

⁵⁶ Carta a Zelter del 18-V-1811.

primogenitura, los primeros depositarios de una simiente germinal, en cierto modo de un θεῖος λόγος, de una palabra divina. Sólo que, en este caso, Dios mismo no es el que habla, sino la realidad llevada al lenguaje. Seamos fieles a esa palabra.

Me despido de la traducción como la saludaba al comienzo, con una caricia, etimologizando: ¿qué otra cosa es la etimología sino una caricia a la palabra en su arcana raíz? En unas páginas de Heidegger⁵⁷ sobre la traducción, es decir, en unas páginas profundas, el egregio pensador ha emparejado el concepto de traducción con el de transmisión. Transmisión dicese en alemán *Ueberlieferung*. Pues bien, cuando una traducción es propiamente transmisión, tradición, lo es en su sentido más auténtico: *liefern*, *liberare*, liberación.

⁵⁷ *Der Satz vom Grund*, Pfullingen, 1957, 173.

**ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS DE MITOLOGÍA:
ANÁLISIS MITOGRÁFICO Y SÍNTESIS MITOLÓGICA**

Ponente: D. Antonio Ruiz de Elvira

**Presidentes: D. Manuel C. Díaz y Díaz
R. P. Eleuterio Elorduy, S. I.
Prof. Jacques Fontaine**

29 de marzo de 1966.

Entre los diferentes campos que abarca la Filología clásica, es el estudio de la Mitología uno de los que ha experimentado, quizá en todas las épocas, mayores deformaciones coactivas, procedentes de criterios utilitarios que generalmente se han concretado en la pretensión de poner los estudios mitológicos "a la altura de los tiempos". Tal fue la pretensión que ya en la Antigüedad dio origen a toda la amplia gama de pueriles racionalizaciones, pseudocríticas históricas, evemerismos, simbologías, alegorizaciones, psicologismos más o menos onirocríticos y especulaciones místicas, teúrgicas o bien puramente teológicas acerca de los mitos. Y esa misma pretensión, sin alteración alguna apreciable, es la que desde el Renacimiento hasta nuestros días ha producido la reviviscencia de muchas de aquellas antiguas puerilidades exegeticas, con tan absoluta carencia de originalidad en la mayoría de los casos como exorbitantes eran sus pretensiones de ella, y sin aportar en realidad, también en la inmensa mayoría de los casos, ninguna otra cosa nueva más que una terminología pomposa y encubridora. Pero, dichosamente, tales vaciedades interpretativas han solido producirse al mismo tiempo que los estudios serios sobre Mitología, en un paralelismo tan estrecho, que a veces han sido los mismos grandes investigadores de los mitos los que se han permitido formular las interpretaciones de los mismos. De todo ello resulta que la primera tarea del estudioso de los mitos es establecer un deslinde lo más neto y tajante

posible entre datos e interpretaciones; entre lo verdaderamente científico o sólido y lo meramente ensayístico o especioso; entre los trabajos de valor permanente y los últimos gritos, siempre efímeros y defraudadores, de cada una de las épocas de la historia de la Filología.

No sería posible presentar en esta ponencia un panorama histórico completo del desarrollo de los estudios de Mitología desde el Renacimiento hasta nuestros días, ni aun siquiera, por ejemplo, en los siglos XIX y XX, puesto que tal panorama se extendería ineludiblemente hasta formar por sí solo un grueso volumen, mucho más grueso, en todo caso, que el que Gruppe presentó hace cuarenta y cinco años como suplemento al diccionario de Roscher, y mucho más, igualmente, que el que hace cinco años ha presentado de Vries. Me propongo, por el contrario, y conforme indica el título de la ponencia, ofrecer el estado actual de estos estudios, estado que naturalmente es resultado, sí, en buena parte de su historia anterior, pero para el que mis referencias históricas se limitarán a los antecedentes estrictamente necesarios.

Empezaré así por decir que esa pretensión, a que antes me he referido, de poner los estudios mitológicos, como la Filología en general, "a la altura de los tiempos", afecta en nuestros días la forma concreta de exigir que la Mitología esté de acuerdo con la Arqueología. Tal exigencia es resultado complejo de múltiples causas, y en particular de la hipercrítica histórica que, a partir de Bochart y Perizonius en el siglo XVII y nutrida por el espíritu de la Ilustración, brotó tumultuosamente por obra de Wolf y de Niebuhr, se desarrolló ampliamente a lo largo de todo el siglo XIX y se ha convertido en el nuestro en una especie de hábito inconsciente de los cultivadores de la historia antigua en la parte que suele denominarse historia primitiva, es decir, precisamente, en aquella región de la prehistoria para la que no hay más fuentes escritas que los relatos míticos, cuya redacción es siempre varios siglos posterior a los acontecimientos que narran, ya que es evidente que resultaría completamente inadecuado llamar relatos, por ejemplo, a las escasísimas noticias que sobre tal época proporcionan las tablillas micénicas, que son los únicos documentos escritos precisamente en la época mítica que poseemos.

Ahora bien, esa exigencia de que la Mitología esté de acuerdo con la Arqueología, o, dicho con palabras de uno de los más brillantes investigadores actuales de la Mitología, Francis Vian, a quien voy a mencionar muchas veces a lo largo de la ponencia, esa exigencia¹ de que la historia tenga que “servir de soporte al estudio de los mitos” por una parte es una pura petición de principio: de la época mítica no hay más historia que los mitos, puesto que lo demás es prehistoria arqueológica o adivinación sobre testimonios mudos; pero, por otra parte, en la práctica ha producido, en muchos filólogos de nuestros días, un descuido grande, casi una auténtica ignorancia, de la Mitología y, por ende, la incompreensión general de la poesía clásica, cuyo nervio, esqueleto y motor universal es la Mitología.

Por fortuna, también ahora, y del mismo modo que otras pretensiones similares de épocas anteriores según dije antes, esta concreta pretensión de que el canon de la verdad histórica lo den los testimonios mudos, esta sistemática desconfianza hacia las fuentes literarias, esta verdadera sumisión de la Filología hacia técnicas que le son ajenas, se produce también al mismo tiempo que un espléndido florecimiento de los estudios puramente filológicos sobre Mitología, es decir, de los estudios mitográficos, y también ahora, como al principio decía, nuestra tarea principal es deslindar, de las conclusiones adivinatorias acerca de lo que aconteció en una época en que se usaban tales o cuales utensilios, los estudios mitográficos acerca de los relatos legendarios que tratan de la misma época. Y repárese en que nada de esto significa menosprecio alguno de la Arqueología, sino la necesidad de que permanezcan bien visibles los límites entre ella y la Filología, y la advertencia a los filólogos de que no es renunciando a sus propias técnicas y tratando de obtener de las ajenas lo que éstas no pueden dar como se podría hacer progresar a la Filología. Para el filólogo es una auténtica satisfacción comprobar que sus conclusiones no sólo no están en contradicción con las de la Arqueología, sino que incluso son corroboradas por ésta; pero esa comprobación debe ser a lo sumo el remate y nunca la condición previa de sus investigaciones, y

¹ VIAN *Les origines de Thèbes: Cadmos et les Spartes*, París, 1963, 16.

sólo manteniendo bien deslindados los respectivos campos de trabajo es como pueden una y otra disciplinas aunar eficazmente sus actividades para el progreso del conocimiento histórico. A lo largo de esta ponencia tendremos ocasión de ver varios ejemplos concretos de esa fecunda armonía.

La exactitud y precisión constantemente crecientes en todas las disciplinas, pero de modo especial en la Filología clásica (que dispone en la actualidad de más perfectos instrumentos bibliográficos que ninguna otra, como, pongamos por caso, la Física, Química, Matemáticas, Tecnología, etc., y ello según la Srta. Malclès, a quien bien podemos atribuir la más alta autoridad en la materia en cuestión), se aplican sobre todo, en los estudios de Mitología, al análisis mitográfico, es decir, al estudio exhaustivo de los textos que contienen los relatos legendarios, que son: ante todo los manuales valiosísimos y fundamentales de Apolodoro, Higino y Eratóstenes; en segundo lugar, los compendios, mitográficos unos y paradoxográficos otros, de Conón, Ptolomeo Queno, Antígono de Caristo, Paléfato, Partenio, Cornuto, Antonino Liberal, Heráclito, Pedíasimo, Nicetas, Salustio, Fulgencio de Ruspe, Proclo, Nono el Abad, Dictis, Dares y los anónimos; en tercer lugar, los historiadores cuyas obras comprenden períodos míticos, como Heródoto y Diodoro de Sicilia, y los fragmentos de tantos y tantos otros contenidos en su mayoría en el grupo siguiente; en cuarto lugar, las grandes masas de escolios, de la más diversa procedencia, a los principales poetas griegos y latinos; y en quinto y último lugar, la gran mayoría de las obras de la poesía clásica y una buena parte de la prosa, que, aun en las obras que no están especialmente consagradas a temas míticos, ofrecen con frecuencia datos mitográficos de interés. El estudio analítico y comparativo de todo ese ingente material en todos sus aspectos dista mucho de estar terminado, y es hoy la gran tarea de las investigaciones mitológicas. Llamo análisis mitográfico, pues, al estudio pormenorizado de las fuentes mitográficas que quedan descritas, con referencia a cada uno de los mitos y agotando la crítica de aquéllas en todos sus aspectos, textual, genético-cronológico, comparativo, documental y literario; y llamo síntesis mitológica al relato coherente que, acerca de cada mito en particular y de los conjuntos que con ellos pueden for-

marse hasta abarcar en último término la totalidad de las leyendas griegas y romanas, se hace y obtiene por yuxtaposición, combinación y enlace racional de los resultados más importantes del previo análisis mitográfico. Tanto el análisis mitográfico como la síntesis mitológica se empezaron a cultivar de un modo rudimentario a partir del Renacimiento, y han ido perfeccionándose, así en métodos como en resultados, en los siglos sucesivos, sobre todo desde el XVIII hasta hoy; pero en general el análisis ha sido siempre, y lo es hoy todavía, mucho más desordenado e incompleto que la síntesis, y por eso es por lo que, insisto, es hoy la tarea más ingente y urgente de los estudios de Mitología. Y al llegar aquí sí que es preciso, para poder establecer la situación actual y las perspectivas de trabajo —y sobre todo porque varias de las ediciones y otros estudios no sólo del siglo XIX, sino también del XVIII y alguno incluso del XVII siguen siendo hoy instrumentos imprescindibles para el investigador de la Mitografía—, hacer una de esas breves reseñas históricas, a que antes me refería, del desarrollo de las investigaciones mitográficas, en las cuales no siempre es posible distinguir bien, precisamente por esa frecuente falta de método que he dicho, entre el análisis y la síntesis. En general pueden considerarse como trabajos de análisis mitográfico las ediciones comentadas de los mitógrafos y los trabajos monográficos más serios, sobre todo los artículos mitológicos de las enciclopedias de Filología; y como trabajos de síntesis mitológica los tratados, manuales y compendios, sin que, por otra parte, falten estudios en que se aúnan de algún modo, ya sea en forma equilibrada y armónica, ya con predominio de una u otra, las dos fases de la labor de investigación sobre los mitos.

Comienzan, pues, estos trabajos, en el Occidente prerrenacentista, con el primer italiano que aprendió griego con intenciones filológicas (a diferencia, por ejemplo, de la finalidad estrictamente filosófica del gigantesco esfuerzo de Guillermo de Moerbeke medio siglo antes), que no es otro que Boccaccio. De Boccaccio existe, aparte del *Filóstrato* y alguna otra creación literaria de carácter mitológico, una obra en que por primera vez, y de un modo muy sumario y elemental, se intenta sistematizar la Mitología reuniendo en un solo cuerpo los diferentes materiales mitográficos: es el libro

titulado *De genealogia deorum* o *Iohannis Bocatii περὶ γενεαλογίας deorum* (según las ediciones) *libri XV* (seguida generalmente del *eiusdem de montium, sylvarum etc. nominibus*), obra que fue utilizadísima como fuente en los dos siglos siguientes, sobre todo por los autores de manuales mitológicos del siglo xvi, y aun del xvii, que luego mencionamos. Medio siglo después de Boccaccio, pero todavía dentro del xiv, escribe Coluccio Salutati el *De laboribus Herculis*, estudio mitográfico en el que el gran peso muerto de las interpretaciones simbólicas no debe ocultarnos la riqueza del material manejado y la relativa destreza con que se le maneja.

Después de Coluccio Salutati y a lo largo del siglo xv apenas hay otra cosa que algunas recopilaciones de escaso valor científico como el *Ovide moralisé* de Pierre Bersuire, del siglo xiv pero impreso por vez primera en 1484; la *Mer des histoyres*, de 1488, o el abigarrado mosaico de la *Hypnerotomachia Poliphili* de Francesco Colonna, de 1499, semejante a la cual, en ese carácter, ya que no en el tema ni en el lenguaje, y ya en el siglo xvi, es el tratado *De inventoribus rerum* de Polidoro Virgilio, de 1519. Pero desde las primeras décadas del siglo xvi proliferan, en ese siglo y en el siguiente, los manuales mitológicos más o menos completos, en todos los cuales, incluso en los de carácter meramente iconográfico o emblemático, y ya sea por labor personal del autor, ya por mero traslado de unos a otros, se aprecia un cierto esfuerzo de sistematización y concordancia mitográficas: así, por orden cronológico, en los de Agostino de Montefalco (1525), Andrea Alciati (1531), Georg Pictor (1532, 1558, 1568), Lilio Gregorio Giraldi (1548), Natale Conti (1551), Johann Basil Herold (1554), Vincenzo Cartari (1556), Antonio Tritonio (1560), Baccio Baldini (1565), Georgette de Montenay (1571), Juan Pérez de Moya (1585), Antonio Possevino (1593), Eilhardus Lubinus (1598), Jacopo Zucchi (1602), Baltasar de Vitoria (1620), Jean Baudoin (1627), Pierre Gaultruche (1671⁶), François Antoine Pomey (1675³), Claude François Menestrier (1682, 1684), todos ellos autores que o no son mencionados en absoluto en las historias de la Filología o lo son de un modo meramente marginal y cursorio; pero también hay alguno de estos manuales debido a grandes filólogos, como el *De theologia gentili sive de origine ac progressu idololatriae* (1641) del formi-

dable erudito holandés Gerardus Johannes Vossius y, ya en el primer año del XVIII, dos trataditos de Burckhard Gotthelf Struve.

Más importante que toda esa proliferación de manuales, cuya proyección fue sobre todo divulgadora y determinante de los temas de la literatura y de la pintura², es la aparición, en los mismos siglos XVI y XVII, y aun antes, en el XV, de las ediciones *principes* y sucesivas de Apolodoro, Higino y Eratóstenes. La primera de todas, todavía en el siglo XV, es la *princeps* del *Poeticon astronomicum* de Higino, aparecida en 1475 en Ferrara y el mismo año en Venecia. Las *Fabulae* tardan más en ser impresas, pero aun así lo son algo antes que Apolodoro y muchísimo antes que Eratóstenes, en 1535 y en Basilea, por obra de Jacob Molsheym o Micyllus, un argentoratense discípulo del gran Eobano Hesso y establecido en varias universidades alemanas, con utilización de un único manuscrito, el Freisingensis, cuya pérdida ulterior confirió a esta edición el valor definitivo, que hoy sigue teniendo, de único apógrafo completo extante del único manuscrito completo que de la obra se ha conocido. Esta edición miciliana fue repetida tres veces más en el mismo siglo y otra aun en 1608. Entre tanto, veinte años después que la primera miciliana de las *Fabulae* de Higino, se había publicado en Roma la *princeps* de Apolodoro con traducción latina y algunas notas. En 1599 aparecen en Heidelberg dos ediciones nuevas, respectivamente de Apolodoro y de Higino, por obra de Jerónimo Commelin. Higino, aparte de la nueva miciliana de 1608, no vuelve a ser editado hasta 1674, en que sale a la luz la edición hamburguesa de Ioannes Schaeffer con las excelentes notas de Thomas Muncker. Este último edita a su vez a Higino, juntamente con Fulgencio, Alberico y los sumarios ovidianos de Lactancio Plácido, en Amsterdam (1681), en un volumen dotado de un comentario espléndido que preludia la gran edición de van Staveren sesenta años posterior, única que la ha superado hasta el momento presente. Apolodoro no recibe tampoco nuevos cuidados, después de la commeliniana de 1599, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVII, en 1661, por obra de Tanaquil Faber. Y en 1675, en París, aparece la edición de Thomas Gale titulada *Historiae poeticae*.

² Como puede verse en SEZNEC *The Survival of the Pagan Gods*, Nueva York, 1961 (trad. del original francés publicado en 1940), 220-256 y 279-323.

scriptores antiqui, en que Apolodoro va seguido de Ptolomeo Queno, Partenio, Antonino Liberal y Conón, y que es la última edición publicada antes de la de Heyne, más de un siglo posterior.

En cuanto a los *Catasterismos*, la *princeps* es obra del oxoniense Ioannes Fell y aparece en Oxford en la tardía fecha de 1672, en un volumen que contiene también a Arato con los escolios al margen. Una segunda edición publica el mismo Thomas Gale, a quien antes hemos visto como editor de Apolodoro, en otro volumen también misceláneo titulado *Opuscula Mythologica, Physica et Ethica* (Amsterdam, 1688) y que es la segunda edición de otro igualmente titulado, publicado por el mismo Gale en Cambridge (1671) y que, claro está, no contiene todavía los *Catasterismos*. En la mencionada segunda edición, Gale añade no solamente éstos, sino también las *Alegorías Homéricas* de Heráclito, aunque llamándole Heraclides Póntico, y la *Homeri Vita*, a los trataditos que contenía la primera, que son los *Prodigios* de Paléfato; el *Sobre los dioses y el mundo* de Salustio; Cornuto, a quien llama Furnuto; las sentencias de Segundo, Ocelo Lucano y varios otros. Y después de Gale ya no vuelve a aparecer Eratóstenes hasta más de un siglo después, en la edición gotingense de 1795 por obra de Schaubach.

Con esto llegamos al siglo XVIII, en el que el estudio científico de la Mitografía encuentra un cultivador brillantísimo en la figura que también en otras secciones de la Filología clásica desarrolló una actividad verdaderamente presidencial y señera: Christian Gottlob Heyne, justamente reputado como el fundador del método científico en los estudios mitológicos por su comentario a Apolodoro, publicado en Gotinga en 1782 y 1783 en primera edición y en 1803 en segunda. Del comentario de Heyne parte en realidad, y de un modo inmediato, todo el impulso de estos estudios en el siglo XIX.

Y por otra parte, también el siglo XVIII resulta benemérito para la Mitografía por la edición ya mencionada de Higino y demás mitógrafos latinos (a excepción de los dos anónimos vaticanos, que no fueron descubiertos hasta noventa años después) que debemos a van Staveren (Leiden, 1741-1742) y que contiene un comentario *variorum* tan rico, extenso y exquisitamente erudito, que toda-

vía hoy no ha sido superado en absoluto ni en las *Fabulae* ni en el *Poeticon*.

También es digno de mención en el siglo XVIII el *Gründliches mythologisches Lexikon* de Benjamin Hederich, publicado por vez primera en 1741 y después en 1770.

El siglo XIX comienza para la Mitografía, partiendo del impulso de Heyne, con dos grandes figuras, Georg Friedrich Creuzer y Friedrich Gottlieb Welcker, frente a los cuales se sitúan, aproximadamente a lo largo de la primera mitad del siglo, otras muy inferiores en realidad por grande que fuera y aun siga siendo su prestigio, que son Johann Heinrich Voss (el glorioso traductor de Homero, pero muy inferior en el terreno mitológico a su antagonista Creuzer), Karl Ottfried Müller con sus insignificantes *Prolegómenos a una mitología científica*, el gran gramático regimontano Christian August Lobeck y aun el mismo astro de primera magnitud de aquellas décadas, Godofredo Hermann, que tampoco en la Mitología brilló a la misma altura que en la crítica textual, Métrica o Gramática.

Por el contrario, la gran *Simbólica* de Creuzer y las dos magnas obras de Welcker sobre el ciclo épico son trabajos que alcanzan gran envergadura y profundidad en el análisis mitográfico, pudiendo todavía considerarse ejemplares y aun fundamentales en ese terreno; pero muy inferiores son sus resultados en el terreno de la síntesis, sobre todo los de Creuzer, porque están invadidos de esfuerzos interpretativos sobre el significado de los mitos, lo cual, como al principio decía, es muy difícil que no resulte pueril.

Todavía antes de terminar el primer tercio del siglo XIX³ aparecía el magnífico libro de divulgación de Schwab, obra insuperable e insuperada en su género: perfecta y armónica exposición sintética, pero con magnífica base analítica; el más acabado dechado de lo que sin aparato erudito puede hacerse cuando se aúnan el conocimiento profundo y la sensibilidad poética.

En la segunda mitad del siglo XIX se producen las sucesivas ediciones del gran tratado de Mitología griega de Preller, la última de las cuales, terminada ya bien entrado nuestro siglo y obra de

³ SCHWAB *Die schönsten Sagen des klassischen Altertums*, Stuttgart, 1830-1840, reeditada con frecuencia.

Carl Robert⁴, sigue constituyendo el libro fundamental de la materia. Obra de síntesis mitológica la más perfecta que jamás se ha hecho en el campo erudito, carece, en cambio, casi por completo de análisis de las fuentes mitográficas, que con frecuencia son citadas sin verdadero discernimiento de lo que exactamente dicen acerca del pormenor en cuyo apoyo se citan.

Todavía en la primera mitad del siglo XIX, en 1839, aparece la primera edición de la enciclopedia general de la ciencia de la Antigüedad de Pauly, pequeño germen de lo que habría de ser nuestro gran instrumento básico actual de trabajo en la edición comenzada en 1893 y todavía no enteramente terminada. Efectivamente, la mayoría de los artículos mitológicos del Pauly-Wissowa, pero sobre todo los publicados en los últimos treinta años, que son varias docenas, constituyen hoy por hoy el mejor conjunto de estudios de iniciación en el análisis mitográfico exhaustivo, el punto de partida de todo ulterior trabajo analítico sobre los respectivos mitos y la medida mínima, en creciente perfección ellos mismos de año en año, del *desideratum* en recopilación de materiales previos.

Antes de que empezase a publicarse la actual edición del Pauly-Wissowa empezó a aparecer, en 1877, el *Dictionnaire des Antiquités* de Daremberg-Saglio, terminado en 1919, que contiene relativamente pocos artículos mitológicos, pero muy bien hechos por cierto, y predominantemente analíticos, los que contiene; y antes también de 1893, exactamente en 1884, comenzó a publicarse el *Lexikon* de Roscher, terminado en 1937 y en el que colaboraron algunos de los mejores colaboradores del Pauly-Wissowa, con artículos también analíticos, pero que, aparte de las ilustraciones, de que el Pauly-Wissowa carece, han sido, en su mayoría, superados por los de este último, sobre todo porque, también en su mayoría, son posteriores y más extensos.

Uno de esos excelentes autores de artículos mitológicos del Roscher y del Pauly-Wissowa es Otto Gruppe, autor de un tratado sintético, la *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*⁵, publicada como sección del *Handbuch* de Müller en los primeros

⁴ PRELLER-ROBERT *Griechische Mythologie*, Berlín, 1887-1926⁴.

⁵ GRUPPE *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, I-II, Munich, 1906.

años de este siglo y que impresiona por el volumen gigantesco de material manejado e incluso por la destreza con que es utilizado, si bien el conjunto de la obra desmerece un poco por el tratamiento simultáneo de la Mitología y de la historia arqueológica de la religión.

Y todavía en las dos mitades del siglo XIX, pero con predominio de producción en la segunda, cabe citar, aunque muy de segundo orden, los trabajos más bien sintéticos del homerista Karl Lehrs y los de Peter Wilhelm Forchhammer.

En cuanto a ediciones, hay que señalar en primer lugar, en las décadas iniciales del siglo XIX, la *princeps* de los tres *Mythographi Vaticani*, encontrados y editados por el infatigable Angelo Mai en 1831 (si bien el tercero se identifica en parte con Alberico, muy conocido y editado en los siglos anteriores), edición seguida por la de Bode en 1834; desde entonces nadie ha vuelto a pensar en reeditar esta utilísima fuente mitográfica.

Muy de segunda fila son las ediciones de las *Fabulae* y el *Poeticon* de Higino preparadas por Bunte, respectivamente, en 1857 y 1875, y la de las *Fabulae* que publicó en 1872 M. Schmidt, así como los Apolodoros editados por E. Clavier (1805), Chr. L. Sommer (1822), Immanuel Bekker (1854) y Rudolph Hercher (1874), y ello a pesar de lo muy ilustre de estos dos últimos nombres.

Pero si las mencionadas ediciones de Higino y de Apolodoro son de segundo orden, como he dicho, y si, como antes dije también, en Higino nada se ha hecho todavía que sobrepase a van Staveren, de primerísima categoría son, en cambio, otras ediciones, tanto de Apolodoro como de los *Catasterismos*, que de intento no he mencionado hasta este momento para darles aquí el debido realce. En primer lugar la del formidable trabajador que fue Carl Müller, el más ilustre, con mucho, de todos los Müller de la historia de la Filología, en el primer tomo (1841) de su asombrosa colección *Fragmenta Historicorum Graecorum*, que mucho dudaría yo en posponer, como no sea en un número muy reducido de casos, a los actuales *Fragmente der griechischen Historiker*. Dos años después aparece Apolodoro en un volumen que no vacilo en calificar como el más preciado tesoro del investigador de la Mitografía: los

Scriptores Poeticae Historiae Graeci de Anton Westermann, en que, junto a Apolodoro, se alinean Conón, Partenio, Ptolomeo Queno, Antonino Liberal, los *Catasterismos*, Paléfato, Heráclito el paradoxógrafo, Pedíasimo, Nicetas, cuatro trataditos mitográficos anónimos y, sobre todo, porque es lo más difícil de encontrar en otro sitio, una *Appendix Narrationum* donde Westermann reunió una colección de 84 pasajes de rétores como Libanio, Aftonio, Nicolás de Mira y Jorge Paquímeres, del *Violario* de Eudocia y de Nono el Abad, escoliasta de San Gregorio de Nacianzo, la mayoría de los cuales contienen datos mitográficos de interés primordialísimo y con alguna frecuencia no encontrables en ninguna otra fuente.

Y ya en las postrimerías del siglo, en 1891, aparece la *princeps* del suplemento a Apolodoro titulado *Epitome Vaticana*, publicada por Richard Wagner (el mismo año se editan, por Papadopoulos-Kerameus, los *Fragmenta Sabbaitica* del mismo suplemento); tres años más tarde, la edición Teubner del mismo Wagner, que recientemente ha sido reimpresa y que fue seguida, en los últimos años del siglo y los dos primeros del actual, por la mayoría de los mitógrafos contenidos en el volumen de Westermann (pero omitiendo, desde luego, la utilísima *Appendix Narrationum*, así como los *Nombres de los dioses* de Nicetas y los cuatro trataditos anónimos, que todavía no es posible encontrar juntos en ningún otro sitio, y sí sólo, y desparramados, en ediciones anteriores como las mencionadas de Gale y otras de Leone Allacci, nuestro Iriarte, Creuzer, Heeren y otros).

En cuanto a Eratóstenes, la primera edición del siglo XIX es la ya mencionada que se contiene en la edición Westermann de los mitógrafos (1843). Le sigue, en 1878, la hoy todavía tan celebrada de Carl Robert, el refundidor del Preller, que entonces tenía sólo veintiocho años, y que sigue siendo útil, sobre todo por la presentación sinóptica, junto a Eratóstenes, del *Poeticon* de Higino (únicamente en extracto); de los dos grupos principales de escolios de Germánico (uno de ellos es el que luego llamaría Maass "recensión interpolada del *Aratus latinus*"); de los escolios de Arato e incluso, en el aparato, de los *loci similes* de Avieno. Diecinueve años después (1897), aparece la edición de Olivieri en la colección mitográfica de Teubner iniciada en 1894 con el Apolodoro de Wagner antes

citado. Y un año después es publicado el gran volumen de Ernst Maass⁶, que contiene una gran masa de textos y entre ellos, en el grupo que Jean Martin llama "edición ϕ de la introducción a Arato" y junto al *Aratus latinus*, los *Catasterismos* en lo que es todavía la más reciente edición completa, pues ninguna se ha hecho en nuestro siglo y en los dos años que quedaban del XIX aparecieron únicamente los fragmentos vaticanos editados por Albert Rehm en 1899.

Con esto llegamos a nuestro siglo XX, cuya historia no tiene ya solución alguna de continuidad, ni siquiera convencional o de periodización, con las tareas actuales en el campo de la Mitografía.

En el terreno de la síntesis es pequeño el número de obras nuevas que se han producido en nuestro siglo, pero algunas de ellas son muy valiosas. Lo es en primer lugar el diccionario de Grimal⁷, que en realidad pertenece, como tal diccionario, a los trabajos de análisis mitográfico, pero que, por su orientación y finalidad, presenta en efecto, sobre cada personaje, un sumario de los datos más importantes de las diferentes versiones ofrecidas por las fuentes mitográficas. Digna de mención es también la obra de Ranke-Graves⁸, relato coherente y bien cuidado, con la particularidad de utilizar, además de los más importantes autores de la Antigüedad, algunas fuentes medievales tan importantes como el *Excidium Troiae* publicado por Atwood y Whitaker, que no he visto citado por nadie más, a pesar de que han pasado ya más de treinta años desde que Atwood dio las primeras noticias de su existencia, y más de veinte desde que lo editó. Y en tercer lugar, anterior al Ranke-Graves en su primera edición (1928) y más compendioso también que éste, pero más crítico, fino y matizado, como obra que es de un gran filólogo, hay que citar el manualito tan conocido de H. J. Rose⁹, muchas veces reeditado.

Pero donde más se ha trabajado es en análisis. Empezando por las ediciones, lo primero de todo, en orden de importancia, es la de Apolodoro preparada por J. G. Frazer en 1921, varias veces

⁶ MAASS *Commentariorum in Aratum reliquiae*, Berlín, 1898.

⁷ GRIMAL *Diccionario de la Mitología griega y romana*, tr. esp. Barcelona, 1965.

⁸ VON RANKE-GRAVES *Griechische Mythologie*, Hamburgo, 1960.

⁹ ROSE *A Handbook of Greek Mythology*, última reimpr. Londres, 1964.

reeditada y unánimemente considerada hoy como la edición óptima de Apolodoro tanto por su texto sano y juicioso como, sobre todo, por la riqueza y precisión de su comentario, el único que ha sido capaz de superar al de Heyne. De Apolodoro, por otra parte, no se ha hecho después ninguna nueva edición, y sí sólo algunas traducciones, señaladamente la española de Sara Isabel de Mundo (publicada en Buenos Aires, 1950) y la alemana de la "Artemis Verlag" (con otros mitógrafos, 1963).

De Higino, pero sólo de las *Fabulae*, realizó hace algo más de treinta años H. J. Rose, el autor del manual antes citado, su celebrada edición, recientemente reimpresa¹⁰, notable desde el punto de vista críticotextual, a pesar de sus múltiples erratas, y acompañada de breves notas mitográficas tan finas, exactas y agradables como todas las cosas de Rose, pero que por su brevedad en modo alguno pueden competir ni menos aún sustituir a las magníficas de van Staveren.

De Higino no hay tampoco ninguna otra edición posterior. Hace seis años apareció en los Estados Unidos¹¹ la traducción, por Mary Grant, de las *Fabulae* y del libro II (el que contiene los catasterismos) del *Poeticon*, con notas bastante útiles y cuidadas, aunque en escala también mucho más reducida que las de van Staveren.

De Eratóstenes ya dijimos que en nuestro siglo no se ha publicado edición alguna (me refiero, claro está, sólo a los *Catasterismos*, pues los fragmentos de la *Erígone* y demás obras poéticas están en los *Collectanea Alexandrina* publicados por Powell¹²), ni tampoco ninguna traducción.

En ediciones puede mencionarse la reciente de Antonino Liberal por I. Cazzaniga (1962), que, sin embargo, es una pura reproducción del texto del famoso códice Palatino 398 sin comentario alguno, aunque sí con útiles *indices verborum* y *nominum* y con doble aparato crítico en que se recogen las particularidades ortográficas del *Palatinus* y las múltiples enmiendas de los sucesivos editores, desde Xilandro hasta Martini.

¹⁰ ROSE *Hygini fabulae. Recensuit, prolegomenis, commentario, appendice instruxit H. J. R.*, Leiden, 1933.

¹¹ MARY GRANT *The Myths of Hyginus transl. by M. Gr.*, Lawrence, Kan., 1960.

¹² POWELL *Collectanea Alexandrina*, Oxford, 1925.

Y pasando ya a los estudios monográficos de análisis mitográfico, merecen situarse en primer lugar, ya en parte dentro del siglo xx, los antes indicados artículos del Roscher y sobre todo del Pauly-Wissowa. A continuación, y ya en estos últimos años, mis propios trabajos ya publicados y los de mi escuela de Murcia, en curso de publicación unos y de elaboración otros. Fuera de España, es en Francia donde más y mejor se trabaja en análisis mitográfico. Lo mejor de todo son¹³ los tres libros de Francis Vian sobre la gigantomaquia, mitografía de Quinto de Esmirna (en los capítulos consagrados a fuentes del estudio general sobre dicho autor) y Cadmo¹⁴, y a ellos se referirán principalmente las observaciones de la segunda parte de esta ponencia.

Pero también alguna obra no propiamente mitográfica, como el estudio de la tradición textual de Arato por Jean Martin¹⁵, puede considerarse como contribución accesoria de importancia a la Mitografía, por cuanto ha servido, entre otras cosas, para acabar de una vez con el "pseudo-" que solía ponerse delante del nombre de Eratóstenes en relación con los *Catasterismos*. Martin, sin embargo, no ha llegado a afirmar, con evidente inconsecuencia, sino que nuestros *Catasterismos* son una reliquia de los auténticos de Eratóstenes, pero sin atreverse a sostener que sean los auténticos; ahora bien, del mismo modo que no hay ninguna razón para negar que Eratóstenes sea autor de unos *Catasterismos*, tampoco la hay para negar que sean precisamente los de Eratóstenes los que nosotros poseemos.

Repasando los tomos de *L'année philologique* correspondientes a los últimos ocho o diez años se puede experimentar una cierta sensación de vacío al ver que hay volúmenes en que alguno de los

¹³ Menos valioso es el artículo del mismo autor *Le mythe de Typhée et le problème de ses origines orientales*, publicado (págs. 17-37) en el volumen colectivo *Éléments orientaux dans la religion grecque ancienne* (París, 1960), obra toda ella de escaso valor para la Mitología por su orientación evidentemente cultural y arqueológica.

¹⁴ VIAN *La guerre des Géants. Le mythe avant l'époque hellénistique*, París, 1952 (cf. también *Répertoire des Gigantomachies figurées dans l'art grec et romain*, París, 1951); *Recherches sur les Posthomericas de Quintus de Smyrne*, París, 1959 (cf. *Histoire de la tradition manuscrite de Quintus de Smyrne*, París, 1959); o. c. (en n. 1).

¹⁵ MARTIN *Histoire du texte des "Phénomènes" d'Aratos*, París, 1956.

tres mitógrafos principales, Apolodoro, Higino y Eratóstenes, ni siquiera figura en el índice de autores, y cuando aparecen lo hacen con trabajos casi siempre de restringidísimo alcance. Y desde luego que, en comparación, por ejemplo, con los años 1890 a 1900, en que el problema de los *Catasterismos* encontró un interés vivísimo y apasionado (nacido de la edición robertiana y que produjo resultados tan espléndidos como las ediciones antes indicadas, sobre todo la de Maass) y en que la actividad en estudios de análisis mitográfico producía igualmente los artículos del Pauly-Wissowa y del Roscher y la *Griechische Mythologie* de Gruppe, los años en que vivimos son mucho menos fecundos en estos estudios. Pero es más bien la cantidad lo que está por debajo; en calidad, por el contrario, los trabajos que van apareciendo, sobre todo los de Vian, muestran con frecuencia una perfección metódica y una precisión tan auténticamente filológica, que no sólo no desmerecen de aquéllos, sino que, precisamente por su carácter cumulativo y de inteligente utilización de todo lo antes hecho, constituyen un importante progreso en análisis mitográfico, sin que les estorbe en realidad la carga muerta que algunos de ellos llevan por sumisión a las exigencias a que al principio de esta ponencia me he referido.

Pero ya va siendo hora de suprimir incluso esas cargas muertas que anacrónica y rutinariamente siguen adicionándose a los estudios mitográficos por el hábito de mostrarse sumisos a las técnicas ajenas. Ese hábito es el que, a partir de los excesos de la hipercrítica histórica y en particular de la hipercrítica sobre la autenticidad de nuestros dos máximos manuales mitográficos griegos, los de Apolodoro y Eratóstenes, han hecho que durante mucho tiempo se les menospreciase teóricamente (para no declararse tributarios de un pseudo-Apolodoro o de un pseudo-Eratóstenes) al mismo tiempo que se les exprimía hasta la saciedad porque no había posibilidad alguna de dar un solo paso sin ellos. Todavía en los grandes tratados de literatura griega y latina se aprecia ese desdén hacia Apolodoro, Higino y los *Catasterismos*, y todavía los tratados de Mitología, y esto sí que es ya increíble, los citan con una especie de amable condescendencia, como si fuera siquiera concebible un manual moderno de Mitología que no base en ellos un noventa por ciento de su contenido. Y todavía ha sido por lo visto necesario

que Francis Vian¹⁶ manifieste que Apolodoro es un “documento de primer orden para la Mitología griega” y se crea en el caso de justificar a continuación este, por lo visto, escandaloso aserto sobre una cosa clara como la luz del día aduciendo las afirmaciones de uno de sus maestros y su propia experiencia. Y todavía ha habido reseñistas de otra de las obras de Vian que le han censurado hacer uso y aprecio de Apolodoro. Hasta ese extremo de absurda y destructora obcecación ha llevado la falsa crítica y el falso progreso que a lo largo del siglo XIX y del nuestro se ha alineado junto a la verdadera crítica y el verdadero progreso alumbrado por estos siglos: hasta el extremo de ignorar lo que antes todo el mundo sabía, hasta el extremo de que tengamos ahora que afirmar las cosas que saltan a la vista pidiendo por ello mil perdones.

Y algo parecido ocurre, en la Mitografía latina, no ya sólo con Higino, sino incluso con el conjunto de la poesía latina en su contenido mitográfico: que, siendo en realidad absolutamente imprescindible para el conocimiento de los mitos griegos (entre los que hay incluso alguno, como el de Perseo, de que constituye la fuente máxima), los tratadistas y los estudiosos del análisis mitográfico tienen cierto miedo de utilizarlos mucho, como si se tratase de fuentes de segunda mano. Pero no lo son para nosotros. Ya es hora de decir un no rotundo al pseudoprincipio historicista *recentiores ergo deteriores*, y no sólo en la crítica textual; no es la fecha de un documento lo que le da o le quita valor, sino su contenido, que nunca es posible calificar de modo tan simplista, y en la pureza de la transmisión de datos mitográficos, no ya sólo la poesía romana; no ya sólo la masa inmensa de los escolios anónimos y no datados griegos y latinos; no ya sólo Servio, Lactancio Plácido, los *Mythographi Vaticani*, Dares y Dictis; sino también el *Excidium Troiae*, y también la *Troiumann Saga* y el resto de las elaboraciones medievales sobre la guerra de Troya, así como el igualmente medieval Alberico (igual en parte, según dijimos, al *Mythographus Vaticanus Tertius*) editado por Muncker y por van Staveren tienen valor mitográfico a veces único e imprescindible.

¹⁶ VIAN o. c. (en n. 1) 11.

Pero, a pesar de todo, el buen sentido se impone: los métodos que *realmente* utilizan Vian y todos los buenos investigadores de la Mitología son precisamente los que yo preconizo y, más que preconizar, simplemente describo aquí, no los que ellos dicen utilizar por pura herencia, muchas veces, de su formación historicista e hipercrítica: es decir, lo que de hecho presentan es análisis mitográfico y síntesis mitológica, con adventicias adiciones, procedentes de la plástica y de la Arqueología, pero que *en realidad* añaden *poquísimo* al análisis mitográfico como no sea la pintoresca terminología, más o menos griega o latina, pero con significaciones que jamás tuvo en la Antigüedad, a que pertenecen “talasocracia”, “invasiones dorias”, “licántropo”, “duplicaciones”, “mitología solar”, “ciclos vegetativos”, “anactotanasia”, “repartición trifuncional”, “degradación de párhedros”, “heládico” y tantos y tantos otros términos o etiquetas de sospechosas pretensiones.

Y así, la genealogía y cronología míticas, en inteligente combinación, y del mismo modo que en mis trabajos, se encuentra, por ejemplo, en Vian¹⁷.

En mi nota¹⁸ al verso X 243 de las *Metamorfosis* de Ovidio he precisado cómo, en el mito de Pigmalión, además de la adición del absurdo nombre de Galatea, del que ya Rose señaló que no es antiguo, hay otro descomunal error que se repite por doquier, invadiendo no ya sólo las traducciones más populares y descuidadas, sino hasta el reciente artículo *Pygmalion* del Pauly-Wissowa, en el que se dice¹⁹ que Pigmalión pidió a Venus que su estatua se convirtiera en su esposa (“Möge doch das Bild meine Gemahlin werden”). Nada de eso. Lo que explicitísimamente dice Ovidio, y es la única fuente importante sobre Pigmalión porque las otras no dicen nada de esto, es que Pigmalión no se atrevió a tanto, no se atrevió a pedir que la estatua se convirtiera en su esposa, sino sólo a rogar a Venus²⁰ que le proporcionara una esposa semejante a su estatua:

¹⁷ VIAN O. C. (en n. 1) 199 ss.

¹⁸ RUIZ DE ELVIRA P. *Ovidio Nasón. Metamorfosis II*, Barcelona, en prensa.

¹⁹ WUEST *Real-Enc.* XXIII, Stuttgart, 1959, 2075-2076.

²⁰ Ov. *Met.* X 275-276.

*"sit coniunx, opto," non ausus "eburnea uirgo"
dicere, Pygmalion "similis mea" dixit "eburnae".*

"'Pido que mi esposa sea', y no atreviéndose Pigmalión a decir 'la joven de marfil', dijo 'semejante a la joven de marfil'".

De manera que, aun cuando la finalidad principal del análisis mitográfico no es destruir errores, sino ampliar, profundizar y precisar nuestro conocimiento de los mitos, también secundariamente sirve para esto otro, y casi a diario los investigadores de la Mitografía nos encontramos con errores que han pululado por doquier, por descuido, por desprecio, por hacer las cosas a la buena de Dios o, en fin, por otros motivos. El análisis mitográfico, en su conjunto, es algo que, lejos de estar agotado, está absolutamente en mantillas y ofrece hoy un campo ilimitado de trabajo y de investigación, cosa que aparece tanto más clara cuanto más se profundiza en él y más se aprecian la insuficiencia y defectuosidad con que hasta ahora ha venido siendo realizado, sin que esto esté en contradicción con los grandes elogios que antes he tributado a los grandes editores, comentaristas y demás investigadores notables de la Mitografía en el pasado, pues se trata de valor relativo, como siempre sucede en la marcha histórica, y, aun cuando sus obras nos sigan siendo utilísimas, ello no quiere decir que sean perfectas y que no quede muchísimo por hacer y por mejorar.

Aunque en general Francis Vian está en el buen camino y tanto sus métodos efectivos como sus ideas²¹ muestran un saludable equilibrio entre los diferentes factores que pueden servir para la penetración de los mitos (así como una reducción al mínimo de los pesos muertos a que antes me he referido), aun así creo que es excesivamente optimista cuando piensa que lo que el análisis mitográfico no puede dar, y es eso que él llama la "significación" del mito, pueda proporcionarlo en cambio el método comparativo ayudado de la historia arqueológica de la religión y de la reconstrucción, igualmente arqueológica, del medio geográfico, social y económico en el que el mito ha *vivido*. Si, como muy bien dice Vian²², hay que empezar por eliminar decididamente tanto el

²¹ Cf. especialmente o. c. (en n. 1) 12-16.

²² VIAN *ibid.* 12 s.

moderno evemerismo como el evemerismo inverso o degradación de dioses a héroes, y, más aún si cabe, esa plaga de las "duplicaciones" que pretende reducir todos los mitos a unos pocos tipos más o menos fijados, no deja de haber una evidente inconsecuencia en pretender alcanzar, por otros medios, pero que en realidad son tan conjeturales y caprichosos como aquéllos, el "sentido original del mito" y su "evolución real". Es decir, que, aunque sólo en cuanto a principios metódicos se refiere, esa aspiración²³ a "ir más allá de los resultados del análisis para encontrar la unidad profunda del mito y sus estructuras fundamentales" no sería esencialmente diferente de los métodos de evemerismo inverso y reducción a esquemas ya empleados por Gruppe en sus trabajos de fin de siglo y de nuevo utilizados en los últimos ocho años por Kerényi, Fontenrose y Fauth²⁴, entre otros. Pero lo que en realidad ha hecho Vian es un análisis mitográfico modelo, seguido de una síntesis mitológica en la que, partiendo de su convicción, que es también la mía, de que es precisamente el mito "el que proporciona al historiador luces sobre las formas de pensamiento y sobre las estructuras sociales del pueblo en el que ha nacido"²⁵, es decir, que no es la historia arqueológico-epigráfica la que ilumina el sentido del mito, sino al revés, y como al principio decía yo, es el mito el único documento histórico de las épocas a que se refiere, ha presentado, sobre el tema concreto de Cadmo y los orígenes de Tebas, conclusiones brillantísimas en las que, combinando los datos mitográficos tradicionales de carácter genealógico con los de carácter cronológico, obtiene un conocimiento puramente filológico con el que luego, adicionalmente, comprueba que están de acuerdo los resultados de la Arqueología.

En el terreno de los instrumentos manuales de trabajo contamos en la actualidad con dos léxicos mitológicos producidos en los últimos quince años, excelentes ambos cada uno en su género. Es el primero el ya mencionado de Grimal, cuya primera edición data

²³ VIAN *ibid.* 16.

²⁴ Cf. FAUTH *Hippolytos und Phaidra. Bemerkungen zum religiösen Hintergrund eines tragischen Konflikts I* (Wiesbaden, 1959) y RUIZ DE ELVIRA *Erictonio (Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina, Murcia, 1961-1962, 753-768)*, especialmente pág. 764.

²⁵ VIAN *ibid.* 13.

de 1951 y que, lejos de ser “elemental” como algunos lo han definido, ni de servir sólo para “conocer y no para estudiar los mitos”, como el propio autor declara con excesiva modestia, constituye, por su acierto extraordinario en la selección y yuxtaposición de versiones, por la riqueza del material recogido y por la lucidez y orden en su exposición, un compañero inseparable siempre útil y querido de todo investigador de la Mitología. Quizá lo que en él se echa de menos es la ausencia casi absoluta de mención de los catasterismos, pues los catasterismos son tan esenciales en toda poesía clásica (desde Hesíodo con toda seguridad y es probable que desde el mismo Homero y no sólo en la poesía helenística, como parecen dar a entender los que siguen diciendo “pseudo-Eratóstenes”, aun cuando es sobre todo en la poesía romana donde más abundan), que ningún diccionario mitológico debería carecer de los datos fundamentales al menos para comprender toda clase de alusiones catasterísticas en la poesía. Para ello puede servir de modelo mi edición de las *Metamorfosis*, y en ella, sobre todo, aquellas de las notas que tienen carácter astronómico y catasterístico, notas que he tenido que elaborar de primera mano a partir de Eratóstenes, Higino y demás mitografía de catasterismos por ser sumamente insuficientes las notas de todas las ediciones, de entre las cuales la mejor a este respecto es la de Chamonard²⁶.

El segundo léxico mitológico a que me refería es completamente diferente: es el de Hunger²⁷, valiosísimo, no por las noticias sobre cada mito o personaje en sí, que, a diferencia del Grimal, son aquí muy sumarias, sino por la referencia a las obras literarias, musicales, pictóricas, escultóricas y cinematográficas en que aparece dicho personaje o mito desde la Antigüedad hasta nuestros días, permitiendo así seguir el rastro de la Mitología en la tradición clásica de manera más cómoda que en el magnífico *Dizionario letterario* Bompiani, al que por otra parte sirve como de guía, en cuanto a tradición literaria y musical, completando a éste en lo que más se echaba de menos en él, es decir, en cuadros y esculturas, y añadiendo aún las películas sobre cada tema. Contiene además biblio-

²⁶ CHAMONARD Ovide. *Les Métamorphoses* (trad.), París, 1953.

²⁷ HUNGER *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Viena, 1959⁵.

grafía sobre cada artículo y, cosa utilísima y que hasta ahora sólo habíamos visto en las obras de H. J. Rose, la acentuación griega y latina de cada nombre.

Abundando en lo que decíamos al principio de la ponencia, es oportuno insistir ahora en las fuertes y fundadas reservas que al investigador de la Mitología que sea a la vez filólogo y filósofo han de inspirarle hoy las múltiples interpretaciones de los mitos que a lo largo de la historia se han intentado, por parte, sí, en muchos casos de magníficos filólogos y de magníficos filósofos, pero cuyo conjunto mismo, con sus enormes discrepancias, con sus ingenuas y arbitrarias pretensiones de revelación trismegística de arcanos antes no comprendidos, produce necesariamente la más intensa desconfianza en el atento contemplador, desconfianza que es tanto mayor cuanto más recientes sean dichas interpretaciones. Y, en efecto, quizá nunca haya sido tan necesario como ahora, y por eso llevo tantos años insistiendo en esto machaconamente, recordar que el escepticismo metódico es el más elemental de los principios de toda investigación y de todo estudio, tanto en Filosofía como en cualquiera otra disciplina o actividad intelectual; que hay que investigar aquello que racionalmente puede esperarse que se llegará a descubrir, y no pretender penetrar en aquello que ni sabemos ni sabremos jamás, y, sobre todo, no pretender hacer pasar por conocimiento lo que son meras hipótesis más o menos imaginativas; o, lo que es lo mismo, que es muy urgente volver a valorar el conocimiento exacto de los hechos como sólo lo dan el comentario filológico y la crítica filosófica, únicas formas científicas de hermenéutica o exégesis, y poner por lo menos en cuarentena toda clase de interpretaciones de los mismos²⁸. Las cuales, en cuanto a Mitología se refiere, las tenemos desde hace cinco años cómodamente reunidas en el libro de J. de Vries²⁹, quien, con un criterio también interpretativo por su parte, ha prescindido, probablemente porque ni siquiera se le ha ocurrido, de toda la labor secular de análisis mitográfico, hasta el punto de que al hablar de Heyne, Welcker, Frazer y Gruppe omite por completo sus trabajos fundamentales para mencionar

²⁸ Cf. RUIZ DE ELVIRA *Introducción a la poesía clásica*, Murcia, 1964, 8.

²⁹ DE VRIES *Forschungsgeschichte der Mythologie*, Friburgo, 1961.

sólo sus teorías: en vez de aludir a las ediciones apolodoreas de Heyne y Frazer, cita sólo la insignificante *Quaestio de causis fabularum seu mythorum veterum physicis* (1785) de Heyne y el gris *Golden Bough* de Frazer, y en vez de hablar de los artículos de Gruppe en el Pauly-Wissowa o de su monumental *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, no menciona más que su también anodino trabajo titulado *Die griechischen Culte und Mythen in ihrer Beziehungen zu den orientalischen Religionen* (1887); así como de Welcker cita sólo la *Götterlehre* y no, en cambio, las dos obras sobre el ciclo épico que son de lo más luminoso en estudio temático y figuran entre los más puros *specimina* de análisis mitográfico.

Quizá la obra que ha alcanzado mayores vuelos en el intento multisecular de interpretar los mitos haya sido la *Philosophie der Mythologie* de Schelling, publicada póstumamente en 1857, y su idea fundamental, que es la de que la Mitología no es alegoría, sino tautegoría, es también la idea que ha predominado en nuestro siglo, más o menos matizada, y precisamente en figuras que en este intento son máximas y cuyas obras ejercen en el momento presente notable influencia: Cassirer, Walter F. Otto, Jung, Kerényi y aun los mismos Mircea Eliade y Raffaele Pettazzoni en sus historias de las religiones y en sus restantes trabajos sobre los mitos. Ahora bien, tanto Schelling como todos estos otros pertenecen en realidad a la vieja escuela alegórica de Teágenes, y tanto el concepto de tautegoría de Schelling, como el de pensamiento mítico de Cassirer, como las enérgicas afirmaciones de Pettazzoni sobre la veridicidad funcional de los mitos o de Mircea Eliade sobre la equiparación del contenido de la Mitología con el de la Metafísica y Teología, de los que sólo en la forma se diferenciaría, vienen en realidad a ser puras matizaciones de la alegoría. En efecto, cuando Pettazzoni afirma que “los mitos son historias verdaderas y jamás pueden ser falsas” y que “su verdad no es lógica ni histórica, sino de naturaleza ante todo religiosa y en especial mágica”³⁰, es evidente que no emplea

³⁰ PETTAZZONI *Die Wahrheit des Mythos*, en el vol. colectivo (ed. A. E. JENSEN) *Mythe, Mensch und Umwelt. Beiträge zur Religion, Mythologie und Kulturgeschichte*, Bamberg, 1950, 1-10; ibidem: “das menschliche Denken ist nämlich beides: logisch und mythisch”.

las palabras “verdad” y “verdadero” en su sentido ordinario ni tampoco en ninguno de sus sentidos filosóficos, sino sólo en el sentido de que el mito desempeña realmente una *función*; y cuando Mircea Eliade dice que “el mito expresa plástica y dramáticamente lo que la Metafísica y la Teología definen dialécticamente”³¹, expresa igualmente una función del mito como correlato del conocimiento racional; y una función simbólica indica Cassirer para el mito cuando asegura que “las representaciones míticas expresan para la conciencia primitiva la totalidad del ser”³² y cuando habla de “la dinámica de la conciencia mítica”, “la fuerza incomparable que ella muestra en la historia del espíritu humano”, “la significación del contenido de la mitología”, “la intensidad con que este contenido es vivido y creído”³³; y una función es lo que también entiende Schelling cuando reclama, mediante el concepto de tautología, que los mitos sean entendidos, captados y pensados en su propia y autónoma sustancia, en su peculiar y distinta realidad, y no como cifra de ninguna otra, para acabar afirmando³⁴ que la Mitología es una creación necesaria de la conciencia humana; los términos “tautología”, “tautológico”, que de Vries³⁵ atribuye a Schelling en esta obra, yo no los he encontrado en ella (sí, en cambio, casi coetáneamente, en 1825, en libros de Coleridge), pero los respectivos conceptos subyacen a estas lecciones de Schelling a partir de su crítica de la alegoría. La misma exigencia tautológica formula Agustín García³⁶; pero esa sustancia propia del mito quedaría irremisiblemente vaciada de su carga de realidad, de su “esencial verdad” si, una vez eliminada la creencia en lo que el mito cuenta, elimináramos también su función significativa, que no es otra que la relación signo / significado que en último término se identifica con la alegoría. Por eso “tautología” y “alegoría” son términos

³¹ ELIADE *Traité d'histoire des religions* I, París, 1949, 358.

³² CASSIRER *Sprache und Mythos = Wesen und Wirkung des Symbolsbegriffs*, 80.

³³ CASSIRER *Philosophie der symbolischen Formen*, II *Das mythische Denken*, Berlín, 1925, 8.

³⁴ SCHELLING *Philosophie der Mythologie*, Augsburgo, 1857, 139.

³⁵ DE VRIES o. c. 172.

³⁶ GARCÍA CALVO en *Dialéctica y mito*, en *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964, 300-317, pero especialmente en pág. 307 n. 33.

sólo aparentemente contradictorios. Si la simbólica de Creuzer no es sino un refinamiento de la vieja alegoría de Teófanés³⁷, tampoco son otra cosa que nuevos refinamientos de la alegoría tanto la tautología de Schelling como la "divina verdad del mito" de Walter F. Otto, la "verdad primaria y necesaria del mito" de Kerényi, las expresiones antes transcritas de Pettazzoni y Eliade y, por supuesto, la anticipación también tautológica (1825) de Carl Ottfried Müller, para quien, en su ingenua *Mitología científica*, ya los mitos expresan imaginativamente las experiencias populares sobre el mundo y la naturaleza, y del mismo modo las interpretaciones naturalistas de Max Müller y las etnológicas de Tylor, Lang y aun el mismo Frazer, que admiten ciertos tipos únicos de reacción primitiva ante la naturaleza y el acontecer empírico.

El concepto de *función* viene así a ser común a todas las interpretaciones no estrictamente racionalísticas de la Mitología, a todas las interpretaciones que rechazan en principio la historicidad de lo que ella cuenta y que, no admitiendo en ella verdad pura y simple ni siquiera en su núcleo primitivo, tratan de sustituirla, paradójicamente, por otros extraños tipos de "verdad", alegóricos todos ellos.

Si alegoría es expresión de una cosa mediante otra, y símbolo la imagen mediante la que se expresa un concepto, no se ve que entre símbolo y alegoría pueda haber ninguna diferencia genérica; a lo sumo podría decirse que en el símbolo la distancia entre los dos términos (significado y significante) es menor que en la alegoría, por ser habitual que en la imagen haya una semejanza inmediatamente perceptible, que puede faltar en la alegoría, y así el símbolo puede ser, a lo sumo, una especie del género alegoría.

Pero aún hay otro elemento que es común, no sólo a todas las interpretaciones alegóricas, sino también, con ellas, a las racionalísticas, es decir, también a todas las interpretaciones más o menos evemerísticas: es el elemento "primitivo". Así como los evemeristas reconocen un elemento *primitivo* de verdad, que es la actuación relevante de unos hombres antiguos que *luego* habrían empezado a recibir honores divinos, así todos los alegoristas, desde Creuzer a Agustín García, admiten, con pequeñas variantes, que el mito repre-

³⁷ Como bien dice ROSE o. c. 3 s.

senta la manera de pensar de una época *primitiva*, que es la época mítica, y que habría sido sucedida por una edad "racional", que es la que, según ellos, no admitiendo ya aquella primitiva manera de pensar y de expresarse, habría tratado de trasladarla o verterla a la suya propia, para lo cual surgieron las sucesivas interpretaciones del mito, interpretaciones que los tauteoristas intentan rechazar cayendo en realidad en otras similares. Pues, ante todo, es difícil admitir que verdaderamente haya existido nunca una edad mítica seguida de una edad racional. La edad mítica de Grecia empieza aproximadamente en el siglo XVIII con Ínaco en Argos, y culmina en los siglos XIII y XII, que son los que tienen mayor acumulación de sucesos y personas. En las postrimerías del siglo XII o principios del XI se produce el retorno de los Heraclidas o "invasión doria", suceso que produce una interrupción casi absoluta en la Mitología, que a partir de entonces, y a excepción de los Enéadas, de ciertos Heraclidas y de algún otro personaje como Codro, es sumamente anodina. Transcurren, pues, cuatro siglos hasta que surge Homero, que es ya plenamente "racional". Ahora bien, todavía, por lo visto, es necesario declarar, también aquí como en lo que antes vimos, cosa tan obvia y elemental como que Homero no es el inventor de los mitos³⁸, lo que demuestra que para quien concibe una "edad mítica" seguida de una "edad racional" no está nada claro cuándo puede empezar esta última. La realidad es que la "edad mítica" no lo es más que *para* la "edad racional", y que el desarrollo de unos ideales y doctrinas racionales, éticos, metafísicos, teológicos y científicos es casual y no sigue una línea recta ni racional él mismo ni, por otra parte, pasa todo eso de ser una especulación pura sin proyección alguna en la conducta práctica, y tan inútil y tan inmoral, en la medida en que carece de esa proyección, como el propio mito. Por tanto, el hecho de que de la edad mítica conservemos sólo relatos en que se mezcla lo racional con lo prodigioso, sobrenatural y monstruoso, no nos autoriza en modo alguno a ad-

³⁸ Cf. KULLMANN *Die Quellen der Ilias*, Wiesbaden, 1960, 358, especialmente n. 2: "Ferner zeigt sich, dass das literarhistorische Schema, dass Homer, wenn er schon nicht den Ursprung der griechischen Sagenentwicklung überhaupt darstellt, so doch immer die *Urformen* der griechischen Sagen bietet, völlig falsch ist".

mitir que en esa edad no se diera de hecho lo racional puro, del mismo modo que después, y si la exclusión de este elemento no es legítima, tampoco lo es la exigencia tautegórica, puesto que es perfectamente posible que ya en la edad mítica se diese esa traducción o traslado al lenguaje racional de los relatos prodigiosos, es decir, ese intento de explicación, al menos incipiente, en que se tratara de alcanzar un conocimiento más exacto de los sucesos narrados por el mito. Nada seguro sabemos sobre esto; pero de los datos de la Mitografía, la coexistencia, en suma, de una mentalidad racional con la mentalidad legendaria en la época mítica resulta por lo menos *tan* posible como la exclusividad de la mentalidad legendaria. Así como en una edad a la que nadie rehusaría el calificativo de racional, como puede ser la de los sofistas, se seguía creyendo, al menos en parte, en los prodigios, así Hércules, que se apesadumbró por haber dado muerte involuntaria a Éunomo, pudo también tener sus dudas acerca de las petrificaciones operadas por su bisabuelo Perseo. Todas las edades son míticas y racionales a la vez.

Para hacer ahora una recapitulación de las tareas que en el futuro más inmediato se nos presentan en el campo de la Mitología, empezaremos por señalar que la distinción entre mito, saga y cuento, en la que tanto han insistido hombres tan beneméritos como Frazer y Rose, presenta en la práctica graves dificultades y en realidad no se ha hecho nunca, para ningún relato legendario concreto, sin una considerable dosis de capricho, no llegando a sobrepasar jamás el rango de hipótesis. Más fácil o, en todo caso, menos insegura en general, y fundamentalísima desde luego, es la distinción entre dioses y héroes, con su segunda parte, ésta sí que ya también considerablemente hipotética, que es la distinción, en las sagas heroicas, de la parte que puede estimarse histórica y la parte legendaria, es decir, de historicidad esencialmente indeterminable. Y, sobre todo, la tarea máxima será siempre el análisis mitográfico para lograr el conocimiento exacto de los datos de la tradición mitográfica (sin atribuir excesiva importancia a su fecha, pues de la cronología de la primera aparición no puede deducirse nada sobre la fecha real del origen), y a continuación síntesis mitológica o resumen de lo más plausible y coherente.

Probablemente no habrá habido jamás alegorista o simbolista más perfecto de los mitos griegos que Platón. Y Platón, como es bien sabido, no hace uso de los mitos sino para expresar aquello que resulta inaccesible al razonamiento estricto; el alcance mitográfico de sus relatos está, pues, bien circunscrito y calificado por esa deliberada finalidad, y así debe calibrarse. Un excelente modelo de análisis mitográfico en un mito de Platón, hecho de esa manera, es el que ha presentado Dodds³⁹, también ejemplar por la lucidez y decidido arranque con que ha echado por tierra el pretendido "orfismo" de la escatología del juicio de los muertos, liberando así este mito concreto de inoportunas adherencias histórico-religiosas con que había sido gravado desde hacía varias décadas.

La distinción entre Mitología y religión, clara en sus elementos extremos, resulta en cambio muy difícil en aquellas secciones de los mitos, extensísimas desde luego, en que hay una referencia expresa a cultos y a creencias cuyo contenido es una relación entre el hombre y la divinidad; pero se debe tratar de establecerla siempre con la máxima precisión posible, y quizá nada ha hecho más daño al conocimiento de la Mitología que esa constante invasión en ella del estudio de la religión.

Es hermoso el estudio de Stinton⁴⁰ recién aparecido sobre uno de los más bonitos temas mitográficos, pero en él pululan todavía, junto a una marcada insuficiencia del análisis mitográfico, algunos de los errores que a lo largo de la ponencia he ido señalando, y especialmente la arbitrariedad en el trazado de fronteras entre mito, saga y cuento y, más aún, la insostenible sumisión a la Arqueología para datar los mitos. ¿Puede haber algo más deplorable que el que nuestro juicio acerca de la atetización por Aristarco de los versos 29-30 del libro XXIV de la *Iliada* dependa de que en 1929 apareciera en Esparta un peine de marfil con la escena del juicio de Paris y de que Dawkins lo datara en la primera mitad del siglo VII? En primer lugar, Stinton no parece conocer ni siquiera los testimonios mitográficos, sobre el juicio de Paris en general y sobre la manzana en particular, que ya utilizó Solalinde⁴¹, y

³⁹ DODDS *Plato. Gorgias*, Oxford, 1959, 372 ss.

⁴⁰ STINTON *Euripides and the Judgement of Paris*, Londres, 1965.

⁴¹ SOLALINDE *El juicio de Paris en el "Alexandre"* y en la "General Estoria", en *Rev. Filol. Esp.* XV 1928, 1-51, especialmente 7 s.

menos aún los mucho más completos que he reunido yo⁴². Y en segundo lugar, la crítica que hace ocho siglos hizo Eustacio de esa atetización de Aristarco y su defensa del pasaje homérico son tan suficientemente convincentes, que huelgan no ya sólo los argumentos de los modernos desinterpoladores a favor de Aristarco y en contra del pasaje, sino hasta la nueva defensa de éste por Reinhardt en 1937, que no podía ser muy pura puesto que estaba inspirada por el peine de Esparta. Si no fuera por este vicioso hábito, por esta permanente petición de principio que supone datar los mitos por su primera aparición documental, ¿cómo podría nadie tomar en serio a Aristarco cuando dice que Homero no conocía el juicio de Paris puesto que, de conocerlo, lo habría mencionado más de una vez? Y sobre todo, y repárese bien, porque esto es fundamental para el recto enjuiciamiento de las tradiciones míticas, aun en el caso de que no tuviéramos esos versos de la *Ilíada*, ¿en qué podríamos fundarnos para asegurar que el juicio de Paris no era conocido antes de la época del peine de Esparta, o, si éste no se hubiera descubierto, para seguir asegurando, con los que así lo hacían antes de 1929, que el juicio de Paris no fue conocido de nadie antes de los *Cantos Ciprios* y que fue el autor de ese poema cíclico el que lo inventó? ¿Es que el sofisma *post hoc ergo propter hoc* se ha empleado nunca más a conciencia que en esta pseudocrítica que consiste en aplicar el infamante calificativo de *interpolado* a todo lo que estorba a una teoría, y en este super-historicismo que niega existencia a todo aquello que por azar no esté atestiguado? Es verdad que, mientras Paris probablemente no ha sido inventado por nadie, el juicio de Paris necesariamente tuvo que serlo por alguien, ya fuera un individuo, ya un grupo, de igual modo que el lenguaje mismo, misteriosamente transmitido desde remotas edades, según la feliz comparación de Agustín García⁴³; pero de esta verdad, es decir, de que en el juicio de Paris haya que distinguir un elemento probablemente histórico, la existencia de Paris, y otro elemento absolutamente ficcional, el juicio de las diosas, no se sigue que nosotros seamos capaces ahora, ni

⁴² RUIZ DE ELVIRA en págs. F-103-105 de *Mitografía*, en *An. Univ. Murcia* XXII 1963-1964, F-91-115.

⁴³ GARCÍA CALVO o. c. 302 n. 10.

aun se vislumbre que lo vayamos a ser jamás, de saber quién introdujo ese elemento ficcional, sea cual sea su preciso carácter, ni cuál es este carácter, ni, menos aún, el momento en que fue introducido, ni, por supuesto, qué es lo que pudo dar pie a que tal elemento se introdujera. Bien dice el propio Stinton⁴⁴ que "porque el tema del juicio de Paris sea ajeno al clima heroico de la *Iliada* y la *Iliada* sea nuestro más antiguo poema griego, no se sigue que los motivos heroicos hayan sido las únicas matrices de la imaginación poética en la Grecia primitiva". Luego ni tiene nada de extraño que la *Iliada* presuponga el juicio de Paris, ni que Homero lo mencione en ese único pasaje, ni, por otra parte, toda la investigación, que sigue en el trabajo de Stinton a la afirmación transcrita, acerca de las implicaciones ideales y sociales de este mito puede dar ningún resultado importante para el conocimiento del mismo, como insignificante es también, desde el punto de vista mitográfico, el excelente análisis literario que acerca del tema en Eurípides, seguido todavía por un estudio de la figura de Enone, nos ofrece a continuación Stinton. Excelente es, en cambio, para esta cuestión del juicio de Paris, el punto de vista de Kullmann⁴⁵.

Un buen espécimen de análisis mitográfico ofrece el primer capítulo del libro de K. J. McKay sobre Erisictón, publicado hace cuatro años⁴⁶. Casi enteramente negativo, por el contrario, es el análisis mitográfico, prolijo y cuidadoso, sí, pero viciado por el pernicioso empeño de remontarse hipotéticamente al original allí donde sólo tenemos lejanos descendientes, que encontramos en el libro de J. Schwartz publicado hace seis años⁴⁷. En efecto, hay en este libro como una obsesión por negar autenticidad no solamente hesiódica, sino incluso pseudohesiódica, a las múltiples atribuciones a Hesíodo que se encuentran en nuestros mitógrafos y que constituyen un documento capital para precisar la antigüedad mínima de muchos mitos; pero tales negaciones, que son correctas en cuanto a la posibilidad de reconstruir tanto las *Eeas* como las

⁴⁴ STINTON o. c. 4.

⁴⁵ KULLMANN o. c. 29 s.

⁴⁶ MCKAY *Erysichthon. A Callimachean Comedy*, Leiden, 1962.

⁴⁷ SCHWARTZ *Pseudo-Hesiodica. Recherches sur la composition, la diffusion et la disparition ancienne d'œuvres attribuées à Hésiode*, Leiden, 1960.

demás obras de atribución hesiódica, puesto que tal reconstrucción sólo puede ser conjetural, no son, en cambio, admisibles cuando se refieren a las atribuciones mismas a Hesíodo, es decir, al propio nombre de Hesíodo como autor de tales o cuales afirmaciones mitográficas, puesto que tampoco puede dejar de ser arbitrariamente conjetural cualquier juicio nuestro acerca del valor de tales atribuciones, y los prolijos análisis comparativos que para establecer ese juicio formula Schwartz acaban siempre en conclusiones meramente hipotéticas. Ni que decir tiene, para no repetir lo que afirmábamos a propósito del juicio de Paris, que aunque Schwartz nos hubiera convencido de que Hesíodo no habló nunca de tales cosas, no por eso íbamos a creernos que tales cosas fueron inventadas después de él; pero es que, además, como he dicho, Schwartz no ha podido convencernos tampoco no ya sólo de que Hesíodo no hablara, sino ni siquiera de que no conste que hablara.

Terminaré aplicando a los estudios de Mitología lo que dije hace año y medio⁴⁸. Así como la comprensión de la poesía clásica es patrimonio absolutamente privado de la Filología; así como los filólogos explicamos las palabras, y esta tarea no la compartimos con nadie, ni siquiera con los artistas mismos que las crearon, también en la Mitología hay cuando menos una sección en la que los filólogos no reconocemos proindivisión de trabajo, aun cuando en otras secciones pueda haber una fructífera colaboración con otras disciplinas, con la Historia de las religiones, con la Arqueología, con la Etnología. Y aquella sección propia y privativa es precisamente el análisis mitográfico de las fuentes literarias y la síntesis mitológica que sobre ese análisis luego elaboramos.

⁴⁸ RUIZ DE ELVIRA o. c. en n. 28, 27 s.



El único responsable de los conceptos u opiniones expresados en artículos o reseñas de ESTUDIOS CLÁSICOS será el autor del respectivo trabajo.

ESTUDIOS CLÁSICOS publica tres números anuales (febrero, mayo y noviembre) que forman, sin contar los suplementos, un volumen de cuatrocientas páginas aproximadamente.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN:

España:

Suscripción anual 150 ptas.

Número suelto 70 "

Extranjero:

Suscripción anual 240 ptas.

Número suelto 90 "

REDACCIÓN: DUQUE DE MEDINACELI, 4. — MADRID (14)

DISTRIBUCIÓN: LIBRERÍA CIENTÍFICA MEDINACELI
DUQUE DE MEDINACELI, 4 :-: MADRID (14)

